

J. M. Flint,



BAS
CARBONELL
4731

400.

CONFERENCIAS COMPLETAS

Dadas en Buenos Aires
por el eminente escritor
y novelista español

— DON —
VICENTE BLASCO IBAÑEZ



IMP. Y CASA EDITORA A. GRAU

960, MORENO, 960

2

PRIMERA CONFERENCIA

América vista desde España

Ante todo, deseo cumplir con un deber de afecto y de conciencia. Hace pocos días, en esta misma sala, experimenté una de las mayores y de las más grandes—tal vez la más grande—satisfacción de mi vida. Me refiero al saludo que Anatole France me dirigiera, saludo que interpreto como dirigido, más que á mí, á la literatura española. Devuelvo ese saludo con la efusión del discípulo, y lamento que el que me lo dirigió no se encuentre en esta sala, como acaba de hacerme saber por medio de una afectuosa carta en la que, por razones de salud, se excusa de concurrir á esta conferencia. No estoy en mi país, pero me considero como en él por razones de raza é idioma; pero me permito desear que en él reciba las mayores satisfacciones el heredero de Voltaire, á quien saludo como al hombre de la tolerancia y de la sonrisa amable. Anatole France es apóstol de la tolerancia, y esta virtud es condición única é indispensable de la vida en común. Como los pasajeros que van en un barco y accidentalmente viven en él, los hombres deben aprender á perdonarse y sufrirse los unos á los otros, tributándose mutuamente el mayor de los respetos.

Me arrepiento—dijo—haberle dado título á esta primera conferencia, desde que, propiamente, ella no es una conferencia, sino un prólogo ó un preámbulo previo á las que han de venir después. Como en el drama lírico wagneriano, en la sinfonía del preámbulo se diseñan los motivos que

han de aparecer en los actos sucesivos. Confusos en un principio, se perfilan después, cuando el conjunto total de la obra puede explicarlos. Así también esta conferencia puede aparecer algo desordenada, como es prólogo de las otras. Expondré ante vosotros, nietos de España, ya que no hijos, sangre de sangre, carne de carne, nervio de nervio de España, lo que fué y será la madre patria. Quiero hablaros de la leyenda negra de España, surgida como una consecuencia de opiniones falsas vertidas en varios siglos de propaganda antipatriótica de la magnífica epopeya desarrollado durante los siete siglos de la reconquista que hizo de nuestra patria un hervidero de razas y preparó el advenimiento de la otra epopeya: la del descubrimiento del nuevo mundo.

Hablaré igualmente del período de nuestra historia, en el que á dos mujeres sublimes, doña Isabel la Católica y doña Juana la Loca, se asocia la figura de color el visionario. Hablaré de Cervantes el ingenioso padre del ingenioso Hidalgo de la Mancha, del teatro español, Tirso de Molina, Lope de Vega y Calderón; de los místicos y Santa Teresa de Jesús, de Quevedo, de Goya, de Velázquez y Castelar.

Nada más que por darle un título he llamado á esta conferencia «La República Argentina, vista desde España». Pero después de darle el título, me siento arrepentido, porque hace pocos días que en este país me encuentro y podía correr peligro al emitir mis juicios. Recuerdo el caso ocurrido á un periodista de Centro América que en viaje á Europa, ancló su barco frente á la bahía de Vigo, casi á mediodía. Como el capitán no le permitiese desembarcar, instalado en la toldilla, sin ver otra cosa que las dos ó tres personas que á esa hora de sol y de calor se paseaban por los muelles, escribió en las cuartillas para su diario las siguientes frases: «Vista España. Sus habitantes parecen ser gente pacífica y de escasa instrucción, se nota en ellos, la influencia preponderante de la religión». Ciertamente, no estoy en las condiciones ni en la situación de aquel periodista, pero de este país no conozco sino lo que en estos días de estadía he visto y lo que á su respecto he leído en los libros. Si me dejara llevar sólo de mis entusiasmos, podría caer en algo que para algunos fuera adulación, Pero no hay peligro de

tal cosa. Mi vida ha sido ejemplo de lo contrario, y de ser adulator de los hombres y de sus instituciones, otra muy diversa sería mi posición de hoy. Si no soy adulator, tampoco soy pesimista, porque el pesimismo, que es índice de inferioridad, busca lo malo antes que lo bueno, los delitos antes que las virtudes. En la República Argentina, ciertamente, hay mucho malo; ¿y cómo no ha de haberlo si tiene apenas cien años de vida independiente y medio siglo sólo de constitución política? En Europa, á pesar del transcurso de siglos y más siglos, las viejas naciones de largo tiempo atrás constituídas se encuentran cargadas de defectos. Hoy no veo sino el exterior de este país, la parte externa, y todo lo que veo es grande y me enorgullece como español que considero vuestras glorias, glorias de España.

He venido á este país, por el interés que él ha despertado siempre en mí y porque—¿por qué no decirlo?—español de antigua cepa, seis meses de estadía en el mismo punto, me producen la imperiosa necesidad de la aventura. En España, los escritores somos ó soldados ó místicos, hombres de espada ó hombres de comunión espiritual. En el fondo de cada espíritu español vive un batallador; y no creáis, que aquellos sublimes aventureros de los otros tiempos, venían sólo buscando un puñado de oro. Ansiaban nuevas tierras para sus nuevas hazañas, para dar nuevas páginas de gloria á las páginas de la historia patria.

Habitual á los viajes, he experimentado en éste mis mayores emociones. En medio de las brumas del mar, he evocado las débiles barquillas de aquellos navegantes audaces que, sin brújula, se lanzaban al misterio, y en medio del misterio, descubrían un nuevo mundo que es hoy la esperanza de la civilización mundial; y he evocado muchas veces, mirando las olas, á aquellos impertérritos caballeros del ideal que me han precedido.

Mi primera impresión al llegar á enfrentar las costas americanas, fué dolorosa. Supe con sorpresa, esas sorpresas que chocan y conmueven, la muerte de un argentino ilustre, la muerte de Emilio Mitre, uno de los ciudadanos que con su vida y sus virtudes honraba esta grande é inmensa nación. Si romano antiguo fuera en lugar de español, aquella noticia

dada así, inesperada, hubiera sido de mal augurio y me hubiera incitado á retroceder. Había muerto uno de mis mejores amigos, á quien mucho amara al través de la distancia y que algunos meses antes, en una de sus cartas, me escribía cariñosamente incitándome á cumplir mis propósitos manifestados de visitar estas tierras. Y ya que lo he nombrado, experimento también la necesidad de recordar á su ilustre padre, el patricio eminente, que al igual de aquellos españoles á la vez soldados y pensadores, fué historiador cariñoso de las hazañas de los héroes argentinos, poeta que sintió la vida como un ritmo, ciudadano que amó su patria como uno de sus mejores hijos, político que luchó por la organización institucional de su país y guerrero que defendió con honor lo que con honor á su salvaguarda se confiara; en una palabra, que revivió la existencia de aquellos españoles ilustres que siembran de gloria las páginas más altivas de nuestro pasado. Y no me limito á traer mi saludo á los Mitre, familia ennoblecida por el talento y el mérito propio, lo traigo también para los caudillos que han cooperado con sus luchas á elevar este pueblo; y no los nombro porque me vería obligado á citar algunos de los presentes y no quisiera que mis palabras fueran torpemente interpretadas, creyendo que escondería trás el elogio el interés.

Debo á fuer de sincero, señoras y señores, declarar que venía á Buenos Aires prevenido. Con cuantos viajeros he hablado, muchos de ellos argentinos, al contarme admirativamente, las riquezas, los progresos, el sorprendente camino recorrido por este país, me negaban existiera aquí lo artístico, lo pintoresco, lo que se impone y deja profunda y delicada huella en las almas. Pero yo después de haber recorrido esta ciudad, haberme impresionado de sus inmensas fuerzas de colmena, reconozco que aquellos argentinos que así me hablaban eran más españoles que un español, pues sabido es que parece primera obligación de todo español hablar mal de su país.

La impresión que me produjo Buenos Aires, la comparo tan sólo á la que me produjera Constantinopla y Río Janeiro. Recuerdo á Constantinopla como entre nubes de ensueños; la veo bajo un cielo azul claro, son sus minaretes

blancos, con sus cúpulas donde juguetea la luz mirándose en colores y rematadas con sus medias lunas de oro, adornada sobre el Bósforo, calle por donde pasaron todas las razas, cruzaron todas las civilizaciones; la veo con la pesadez de su fatalismo mulsumán, con su impresionante grandeza dormida. A Río Janeiro, que lo vi envuelto en las últimas horas de la tarde, cuando la luna parece detenerse recreándose en la contemplación de las montañas y reflejarse sobre la ciudad, en las primeras horas de la aurora cuando el sol, ese mismo sol americano que sale como un gigantesco proyectil de la boca de un cañón surgiendo como empujado, como impaciente para prodigar oro y enriquecer todo el horizonte, como deseoso de brillar en la bahía llenándola de peces coloreados, de detallar las montañas... Y ante su visión sorberbia comprendí cuanta razón le asistía al gran Humboldt, cuando la consideró una de las ciudades más hermosas del mundo. Y al acercarme á Buenos Aires, afanoso de que pasaran las horas, subí á cubierta del transatlántico que me conducía, anhelando gustar del placer de verla aparecer entre las primeras brumas, levantarse entre las primeras caricias del astro rey. Pasaban las horas y Buenos Aires no se me aparecía. Pero de pronto, como rasgándose el telón de neblina que lo ocultaba, se me ofreció en toda su inmensidad. Francamente, no fué la impresión que me produjo, una impresión grata: aquello era gigantesco, imponente, suntuoso si se quiere; aquella ciudad que no parecía tener límites, que no finalizaba nunca, que se perdía sin terminarse á la distancia, debía pesar sobre la historia y el porvenir. Y mientras la contemplaba, á mi memoria acudió una de las poesías de ese hondo genio de mi patria que se llamó Quevedo. Habla éste en una de sus composiciones de un gigante de tan exageradas líneas, que su cabellera estaba formada por bosques y sus barbas por cañaverales. Y para daros más exacta idea de lo que quería expresar al darle magnitud á su personaje, os diré que Quevedo nos lo presenta como queriendo librarse de los parásitos que lo molestaban, y los parásitos eran del tamaño de tigres y leones. Semejante á aquel gigante se me ocurrió Buenos Aires, al ver penetrar en sus diques los trasatlánticos—ciudades flotantes—como si fueran ovejas que encerraba en

sus corrales poniéndolas al servicio de la civilización, al adinarla con sus millares de edificios donde vivía el alma tan dilatada que rompe con el molde, con lo circunscripto de la palabra y que es preciso verla y sentirla palpar, moviendo, impulsando, conduciendo un pueblo.

Y he comprendido también señoras y señores, ante esa ciudad que se descorría como un mundo ante mi vista, que los argentinos no sois grandes por solo esfuerzos propios; lo sois también, porque el mundo trabaja para vosotros. Me recordáis al envolverme, al sentir á mi alrededor esa vida tumultuosa, desbordante de progresos, uno de esos cuentos feéricos en que se habla de seres nacidos al amparo de una buena estrella. Vienen hacia ellos las hadas bondadosas y cada una de ellas otorga un don, regala, adorna con una virtud, con una gracia nueva. Sois como los niños de esas fábulas «charmantes»; sois de un pueblo privilegiado, al cual la naturaleza, á manos llenas, ha derramado sus dones. Con sólo poner viguetas y rieles llenáis vuestro inmenso territorio de ferrocarriles que aquí y allá van llevando la civilización y la vida nueva, llamando á los brazos para que se fortalezcan y hasta se agoten en el trabajo fecundador; á los cerebros para que vayan á traducir en hechos las ideas que los agitan. Vienen á vosotros el italiano trayéndoos sus energías y su inteligencia nerviosa, delicadamente creadora, el inglés aportando sus capitales, el alemán ofreciéndoos parte de su industria... y los españoles os damos nuestro cariño sin medida, nuestra labor; y si nada os diéramos, ya os lo dimos todo, todo, hasta quedarnos exhaustos. Os dimos un territorio que regáramos con sangre, que llenáramos con heroísmos; en ese territorio os construimos la casa solariega, altiva, nobiliaria, donde es señor por derecho propio ese espíritu que jamás se inclina y que siempre asciende buscando culminarse en perfecciones; os dimos también el sentimiento del honor, del honor castellano, el más fiero y el más puro de todos los pueblos, el que enorgullece á nuestras mujeres, que no reconocen ni más vías ni admiten más sendero que el que le señala esa línea, que el que impone la virtud...

Sí, señoras y señores, la gloria de España es América. Podemos hojear la historia: en ella brillan grandes sucesos

nuestros. Son cuarteles del escudo ibérico Pavía, San Quintín y Lepanto. Pero Pavía no nos dió, ni había razón alguna nos diera, la dominación de Italia; San Quintín no nos abrió ni nos entregó—tampoco era motivada—á Francia, y Lepanto no impidió continuaran los musulmanes amenazando con su semibarbarie á la Europa. Esos hechos nada valen si se los compara con el descubrimiento y la conquista del nuevo continente. La gloria de España la inmortalizaron aquellos oscuros marinos que partían de las costas ibéricas para engrandecer el mundo. Nada recuerdan los tiempos que pueda tener el significado ni la grandiosidad de ese poema de tres siglos. Un nuevo mundo que, lleno de impaciencias, semejaba adelantarse para recibir en su seno á aquellos esforzados campeones que, con una cruz y una espada, iban á incorporar á la humanidad la mitad de la tierra...

Hay dos historias, señoras y señores, en todos los pueblos: una que se ha enseñado hasta hace poco tiempo, y que nos relata hazañas y se ha hecho para repetir minuciosamente: la vida de los reyes y de los señores; otra que recién empieza á estudiarse y ha ensanchado el campo, ampliando el escenario, y como sabia maestra nos educa en el respeto de la acción modesta, humilde, nos invita á penetrar en las corrientes ocultas de las colectividades. Con ella, que es la verdadera, aprendemos á encariñarnos, á sentir la grandeza de aquellos «aventureros del ideal», á asombrarnos ante aquel manantial de energías que se derramó por todos los rincones de América y que han eternizado á España. Si mañana uno de esos horribles cataclismos que convulsionan el globo, que sobrepujan la imaginación más atrevida, sacudiera al continente europeo y la península ibérica desapareciera bajo las aguas, por mérito de aquellos hombres, al otro lado del mar diez y ocho Españas continuarían cantando el poema épico, inmenso, que la madre las enseñara un día á escribir y admirara al verlo completar con nuevos impulsos, con nuevas formas y nuevas fuerzas...

Y aquellos hombres, al ensanchar á su patria, la fijaron límites que ningún poder es capaz de empequeñecer. Patria no quiere decir, como algunos pretenden, estrechando el significado de la idea, un territorio bordeado con líneas fronteri-

zas. Las fronteras se ensanchan ó se acortan en virtud de circunstancias las más diversas. Patria no es una bandera —las banderas pueden cambiar, reemplazarse; no es la raza— España es un hervidero de razas, vosotros también lo sois.— ¿Qué es entonces lo que constituye la patria? Es algo ideal, algo alado, algo que siempre flota en el ambiente y nunca se condensa de un modo definitivo. Y para vosotros y nosotros, aquellos hombres nos dieron una patria común, nos dieron ese algo alado con la lengua, el idioma más rico, más prodigiosamente rico de cuantos se conocen, nos dieron con ese algo que no se rompe jamás, que hermana á americanos y españoles y que hasta el fin de los siglos nos recordará un hogar común y nos ata á un mismo y grande destino.

Y esa patria del idioma que es de americanos y españoles, á España le agotó parte de su vida de grandeza ascendente. Al decir esto, quiero ocuparme de lo que se ha dado en llamar decadencia y que no ha sido sino momento falto de fuerzas, anemia, decaimiento, final de grandezas, porque no se puede ser eternamente grande y porque la historia demuestra que no se puede por siempre detentar el cetro del poderío. Muchas veces he querido explicarme las razones ó causas que tal período de la vida de España produjeron y he recogido las razones que otros dieran. ¿Fué por exceso de guerras y por intolerancia de religión? Tal vez por eso. Posiblemente estas causas militaron, y yo mismo, en diversas ocasiones, he indicado la intolerancia religiosa como una de las principales. Hoy no pienso así. Es cómodo, muy cómodo atribuir á España el monopolio del sentimiento de la intolerancia y del fanatismo; pero menester es recordar que en ese mismo tiempo se llevaba en Francia aquel hecho que ha quedado escrito con el título de la de San Bartolomé; en Inglaterra, María Tudor instituía la inquisición y en cada uno de los Estados de Alemania se hacia lo propio. Es que la causa de aquella postración de España no era esa: provenía del fenómeno de haber dado á luz á diez y ocho hijos en corto espacio de tiempo.

Estas naciones del nuevo mundo se poblaban con lo mejor de la raza. Ya en otra ocasión he recordado la frase de

Bismarck cuando decía que eran preferibles tres guerras á una inmigración, porque en la guerra muere por igual el fuerte y el débil, el bueno y el malo, el sabio y el ignorante, mientras que la inmigración arrastra á la gente de energía, á la gente de esfuerzos y empuje. A América vino lo mejor en materia de vigor. A los pocos miles de hombres que quedaban después de un sinnúmero de guerras, en vez de darles descanso, se los dirigía á estas tierras. Y aquella continua sangría á la raza, produjo lo que sólo es ó fué final de grandeza. Los pueblos no pueden ser eternamente dominados. Si así fuera, si en manos de sólo uno de ellos residiera siempre el poder supremo, morirían las energías de los otros, desaparecería la emulación y la historia sería monótonamente igual. La vida es cambio, acción, movimiento. De los pueblos grandes de otros tiempos nada queda. Ejemplo de ello, Grecia, Roma el pueblo judío. Afortunadamente, de España queda su pueblo, su espíritu y su idioma, elementos suficientes par perpetuarla á través del infinito del tiempo.

España ama por igual á América, por igual á sus diez y ocho nacionalidades, é iguales son ante el cariño la República Argentina, Honduras ó Nicaragua. Pero así como entre los miembros que componen una misma familia hay preferencias por aquél que por su inteligencia ó saber más se destaca, así también hay una preferencia por este país, que marcha á vanguardia de los restantes y es el que más aprisa ha recorrido el camino del progreso y de la civilización.

En la Argentina, una de las cosas que más admira y llama la atención, es su especial modo de ser, la grandeza de miras que ha presidido á su constitución política, el ambiente de libertad que en ella se respira. Antes de venir aquí, leí la sabia constitución de 1853, y al recorrer con la vista el preámbulo que precede á sus disposiciones, sentí un escalofrío intenso, producto de la intensa emoción que ante lo grandioso se experimenta. Aquella invitación generosa hecha á todos los hombres del mundo, á los hombres de todos los pueblos para venir á habitar en paz esta tierra, constituye un espectáculo poco común en la historia y en los tiempos. Tal frase rompe el concepto de la negrura de la vida que hace ver en cada hombre más que un amigo un enemigo; y

realmente, se experimenta un consuelo al leer estas palabras de bondad y filantropía, como en medio del paganismo sensual del pasado se experimentó al escuchar aquella voz que partiendo de un oscuro rincón de Judea decía: «Todos sois hermanos... amaos los unos á los otros». Los constituyentes argentinos fueron verdaderos profetas y clarovidentes que alcanzaron los perfiles de la visión del futuro. Cuando este país sea más conocido en Europa y con él sus leyes y legislación de fondo, se valorará todo el mérito de esa invitación generosa que plantea uno de los primeros jalones en el camino de la fraternidad universal.

El ejemplo de las otras legislaciones pone de relieve el mérito de la Argentina. Grecia fué grande, pero fué grande para el griego, no para el meteco; Roma tuvo una sabia legislación, pero de ella no disfrutó el extranjero, el bárbaro.

Otra nota, nota simpática de este país, es su escudo. Recuerdo perfectamente, como si fuera ayer, la impresión profunda que me produjo la primera vez que lo ví en la puerta de la legación argentina en Madrid. Es el único escudo verdaderamente republicano.

En él no hay armas de destrucción ó animales de fuerza, como en la heráldica europea. Nada más que el gorro frigio de la libertad y dos manos entrelazadas, que si en un tiempo significaron la unión de las provincias, bien pueden hoy significar la mano de la Argentina entrelazada con la de Europa en estrecha unión.

Y para concluir, señoras y señores, con este preámbulo que he creído obligado como una introducción á las conferencias que he de seguir, diré, precisando el pensamiento directriz de ésta, que tres idiomas se disputan hoy el dominio del mundo: el ruso, el inglés y el español. El ruso, que se habla en una zona de Europa, en una dilatada extensión de Asia, que ha invadido alguno de los estados balcánicos y el principado de Montenegro; el inglés, bien lo saben ustedes, cuán extendido se halla en el mundo; el español, que es lengua materna en mi país, en casi todo el centro y Sud de América, y que estuvo con cariño conservado por esos judíos que expulsados en otrora de la península, errantes por Bosnia, Tesalónica, Hertzegovina y Marruecos, hablan con nostalgia

de tierras que abandonaron y donde queda el sello de su raza, el poderío de su inteligencia. El ruso no es de temer. Sus fracasos en el Extremo Oriente le han cerrado sus expansiones. Las revoluciones internas del gran imperio lo obligan á concentrarse. Quedan el inglés y el español. Ellos se disputarán, hablados por los ingleses no nacidos en Inglaterra, y los españoles no nacidos en España, la hegemonía del porvenir. Yo no dudo sobre el triunfo. Será nuestro. El mundo latino alcanzará la victoria, porque vosotros, y con vosotros América hispana, pueblos fundentes al abrir los brazos á todas las banderas, y á los hombres de todos los climas, moldeáis las generaciones que en vuestro enorme crisol se vierten, y en cada hijo que nace en estos suelos de democracia, de libertad, ponéis el alma soñadora y atrevida de América. Yo no dudo que nos corresponderán los laureles, porque tenéis el empuje, la virilidad de los dominadores....

SEGUNDA CONFERENCIA

La leyenda negra de España

Permitidme, señoras y señores, que antes de entrar al desarrollo del tema de esta conferencia, haga un breve exordio. En la conferencia anterior, en el deseo manifiesto y deliberado de no herir una modestia que considero tan grande como los propios méritos de la persona á que me refiero, dejé de saludar al doctor Joaquín V. González, brillante representación de la intelectualidad argentina. Lo hago hoy no sólo en nombre mío, sino de la España intelectual, literaria y universitaria, que ve en él una de las más altas exteriorizaciones del pueblo argentino, un gigante de su pensamiento.

Saludo y agradezco, igualmente, las atenciones de la culta prensa argentina que no ha tenido sino bondades para mí y atenciones para el colega y compañero, desde que yo también soy y pertenezco á la familia de los periodistas.

Dicho esto, no quiero pasar adelante sin hacerme cargo de ciertas ideas vertidas con ocasión de mi primera conferencia. Soy y he sido siempre hombre de lucha y de batalla, pero en mi país, no en este. Desde España contestaré las objeciones que mis ideas levantan ó pueden levantar. Aunque me considero hermano de los argentinos por espíritu y por raza, no puedo olvidar que soy un huésped. Los huéspedes no discuten. Guardan las reglas de la cortesía y esperan que los otros han de saber igualmente guardarlas.

Con grande é inesperada extrañeza he visto la impre-

sión provocada por mis palabras. Diríase que por el solo hecho de ser español, se considerase á una persona en pugna con el pasado y con el alma del pueblo argentino; y me ha dolido que en este hermoso país que generosamente invita á todos los demás al banquete de la vida, se considere al español en último plano. No sé, realmente, si tan largos siglos de incruentos sacrificios deben ser pagados con tan negra ingratitud. Sé que las expresiones surgidas no son la exteriorización de la opinión general, pero antes que se tergiversen las ideas por mí vertidas, deseo hacer una explicación. España, como todos los países, tiene en su historia páginas de gloria y páginas negras, hechos grandes y hechos mezquinos. Pero dió todo lo que tenía, todo lo que podía dar. No dió más porque no podía y es de advertir que en aquella época de la vida del mundo ninguna otra nación hubiese podido dar más porque ninguna tenía un nivel intelectual ó de civilización más elevado.

Uno de los absurdos es echarnos en cara lo que llaman nuestro fanatismo.

Yo, aquí, en la Argentina, vuelvo la vista á mi alrededor y encuéntrame, en este país que tiene libertad de conciencia y de cultos, con que la gran mayoría de su población y casi todas sus mujeres siguen profesando la religión católica, que es la del Estado. ¿Qué crimen, pues, cometió España trayendo el catolicismo á esta nación?

Acerca de la inmigración, yo sé bien que su corriente se derramaría amorfa como el caudal de un río sin cauce ó como un metal falto de troquel. Pero aunque muchos lo duden, esa inmigración tiene su cauce y su troquel, que es la nacionalidad argentina, y por consiguiente, tiene también sus caracteres propios. De lo contrario, resultaría este pueblo un simple protoplasma, que no habría sufrido las naturales evoluciones de la vida y del desarrollo orgánico.

La Argentina es como el mar, como el mar inmenso. La inmigración es como la lluvia, que cayendo en las aguas marinas, toma el sabor de esas aguas en que ha caído. ¿Qué culpa tenemos de que este pueblo, por su tradición y por su historia sea de origen español?

Otro error es decir que los españoles apenas poblaron este país, y que en este sentido apenas pueden considerarse

durante los tres siglos de dominación española, dos expediciones de alguna importancia numérica: la de don Pedro de Mendoza y la de don Pedro de Ceballos, pues los medios de comunicación de aquellos tiempos no permitían el transporte de masas humanas numerosas. Decir esto, es desconocer en absoluto el camino que seguía la repoblación española en América, pues el que siguen los actuales trasatlánticos no es el que seguían las antiguas carabelas. La ruta era otra: desde España al golfo de Méjico, por el istmo de Panamá, y así desde el Perú se infiltró por el norte de la República Argentina la inmigración en este país. Para comprobarlo basta observar el carácter tradicional de las provincias argentinas del norte. La entrada por el Brasil no era posible por los continuos temporales de sus costas oceánicas.

Aun hay otro error. Se habla de decadencia española haciendo ver como que yo, al referirme á eso, insinúo que España viene á pedir amparo á la nación Argentina, y conviene denotar que cuando se habla de decadencia española es de una que ha pasado ya, que creo y espero que no volverá. No hubo en España decadencia sino desde el siglo XVII al XIX. En el siglo en que estamos, España es una nación que á lo menos marcha por el camino del progreso. No tiene, es verdad, el poderío de otrora, ni lo necesita, porque lo que engrandece á los pueblos no es el fuego de la guerra, sino la paz. España, que en 1810, tenía 11.000.000 de habitantes, cuenta en 1909 con 20.000.000.

Los españoles somos un pueblo dividido allí, en España, por divergencias de ideas, monárquicas y republicanas; pero dentro de esta división del pensamiento, nos encontramos en una situación económica buena. Somos de los países en que los ingresos importan más que los gastos. Tenemos nuestra industria, nuestros adelantos agrícolas, y representamos y valemos algo en Europa. Los escritores españoles no seremos ahora como en tiempos de Cervantes y de Lope, épocas en que culminó la literatura española. Pero nuestros escritores actuales son traducidos á todos los idiomas, y hay un centro de gran prestigio intelectual en el antiguo continente y en el mundo entero que en tres años ha acordado dos veces el premio Nobel á dos eminencias españolas: á don José Echegaray y á Ramón y Cajal.

Entremos ahora en el terreno de la conferencia, que como antes lo he dicho, lleva por título «La leyenda negra de España», título un poco vago, que parece pudiese referirse á todo aquello que en nuestro pasado se refiere á la intolerancia habida en materia religiosa. No es así, sin embargo. Sobre España hay dos leyendas: la leyenda dorada y la leyenda negra. La primera hace que, por tendencia simpática, á través del prisma del afecto, se nos vea como héroes, como dioses, como superhombres. Tiene esta leyenda una parte de verdad; pero no es exacta en su fondo, pues fuera falso decir que España fué siempre cuna de hombres extraordinarios. Hubo allí muchos Quijotes, cierto es, mas no menos cierto es que no escasearon los Sanchos Panzas. Dejemos, pues, de lado la grata leyenda dorada, y pasemos á ocuparnos de la negra, llena de mentiras, que poco á poco la ciencia histórica ha ido desvaneciendo. Sin embargo, justo es consignar que si el error no persiste ya en las alturas del pensamiento, ni entre los hombres que á esta clase de estudios se dedican, queda aún en los elementos populares y vive todavía en los países donde se hace historia barata y fácil, en parte porque los odios de raza hacen que el maestro repita errores al alumno.

Hemos sido los españoles objeto de odios concitados, y no han faltado pueblos que durante tres siglos se han dedicado con empeño á hablar mal de España y á mentir acerca de ella. En parte, puede explicarse la razón de ser de estas cosas, teniendo presente que España ha sido un pueblo dominador, y los pueblos dominados no siempre olvidan la venganza que de la servidumbre nace. Las afirmaciones antojadizas hechas contra España, pueden referirse á dos: á su incapacidad intelectual para cooperar ó participar del movimiento intelectual ó científico, y á la crueldad ó ferocidad puesta en práctica en su manera de colonizar. Y es de advertir—para hacer resaltar toda la injusticia de esta última frase—que los pueblos que más han mortificado á sus pueblos son los que con más tesón nos tildan de crueles. Inglaterra ha exterminado razas al extremo de que, poco tiempo hace, moría el último tasmán. Las razas de los pueblos subyugados por España subsisten aún, porque dejó en sus dominios lo que en ellos encontró.

No quiero insistir en esto, porque se trata de sucesos que se leen constantemente en periódicos y libros. No hablaré de la civilización del Congo, que produce escándalo y protesta en los sentimientos de las gentes humanitarias; ni de la colonización francesa, porque en Francia hay hombres eminentes que protestan de los procedimientos en práctica. Y dejando todo esto de lado, me referiré á un testimonio de mayor excepción para probar que España no ha sido cruel. El más grande de los geógrafos modernos, Eliseo Reclus, que es anarquista, no de los que arrojan bombas, sino de doctrinas anárquicas, no hace á la monarquía española cargos injustos, y confiesa que más de la mitad de la población en casi todas las repúblicas americanas, tiene sangre indígena; y deduce de ahí, lógicamente, que no fué tan grande la crueldad ni el exterminio ejercido por los españoles en América.

Otro de los cargos que se hacen á España, consiste en decir que no ha influído en la marcha científica de la humanidad.

Tengo á este respecto que citar tal número de nombres y de obras, que me permitiré leerlos para no incurrir en error.

Durante todo el siglo XV, XVI y parte del XVII, hemos sido uno de los pueblos más cultos de Europa y uno de los que por la civilización más hemos trabajado. Tal vez éste que á primera vista parece mérito inmenso no sea tal, si se tiene en cuenta lo que en aquellas épocas era España: hervidero de razas en cuya mentalidad tanto influyeron los árabes y los judíos que proyectaron rayos científicos en la obscuridad de la Edad Media. Ha tenido España, ya en aquellos tiempos, grandes instituciones científicas que no han tenido imitación hasta el presente. Lo que hoy realizan los grandes millonarios norteamericanos que dejan sus fortunas á los institutos de enseñanza, existía ya en España en los siglos á que me refiero. Allí estaba la Universidad de Salamanca y la gran Universidad de Humanidades de Alcalá. No fueron ellas fundadas por los monarcas ni vivían de los renglones del presupuesto oficial. Fundáronlas los ricos, los simples particulares, los nobles, los comerciantes de recursos y vivían una vida independiente, con organización y jurisdicción especial, con tribunales propios, al extremo de que ni para el nombramiento

de los profesores intervenía la autoridad real. Los elegían los alumnos, sin tener presente otra consideración que la del saber de las personas.

Como recuerdo histórico puede traerse el del Cardenal Cisneros, uno de los que con más ahinco se dedicó al progreso de aquellos colegios trilingües, así llamados porque en ellos se estudiaba el griego, el latín y el hebreo, quien cuando vió que primaba demasiado el estudio de la teología iniciaba los estudios sobre la literatura. Todo lo que él tenía en materia de riquezas, fué para su querida Universidad de Alcalá, pues en medio de su grandeza, siguió siempre ocupando su modesta celda de fraile. Y es del caso, señores, recordar como un ejemplo típico, que cuando regresó de la conquista de Orán, trayendo sobre sus camellos adornados con ricas guadrалpas los tesoros enormes que constituían el botín de guerra, antes que acudir á un llamado que los reyes le hicieran desde Valladolid, dirigió sus pasos á la Universidad, y en ella depositó todas sus riquezas en pro de la cultura de España y los de la humanidad entera. Este hecho hermoso ha sido cantado, hace poco, en estrofas llenas de admiración, por un escritor francés.

La campaña contra la intelectualidad española empezó en Francia en tiempos de Luis XIV, monarca que deseaba extender el poderío de su patria.

Deliniers fué el primero que en su Historia del reinado de Luis XIV tacha de ineptitud intelectual á los españoles. Lo siguieron Escalígero y Cassano en Italia, pretendiendo fundar la ineptitud de los españoles en las condiciones del clima peninsular. Decían que en España no podía haber hombres de Estado y de ciencia, y sí, solamente, ascetas y soldados, santos y conquistadores. Con esto glosaban, á dos siglos de retardo, las teorías de un sabio respetable, aunque apasionado, el inglés Buckle, que dice así, textualmente refiriéndose á los españoles: «Es esta una raza perturbada en su mentalidad por los volcanes y los temblores de tierra».

Muchos argentinos han estado en España, y todos mis compatriotas de la Argentina la conocen. No insistiré, pues, en demostrar que no ha habido volcanes en España, sino en los más remotos tiempos prehistóricos. Durante los siglos

de nuestra historia escrita, no hay noticias de que haya habido volcán alguno. Temblores de tierra, claro que ocurren, de poca importancia. Pero si los volcanes y los temblores de tierra pudiesen perturbar la mentalidad de los pueblos, figuraos lo que hubiera sido de Sicilia, Nápoles, Grecia, y de una civilización tan grande como la de Atenas y la de Italia, nación sin duda culta y progresista, una de las más brillantes y civilizadas de Europa.

La campaña hispanófoba á que me refiero arreció con Reynal—que escribía en la Enciclopedia Metódica un artículo cuyo texto era éste: «¿Qué ha hecho y qué progresos ha producido España durante cuatro siglos?»—con Fieramoschi, Betinelli y Bazano, y tan insultantes eran los escritos contra España, de tal índole esas obras, que un moderno escritor francés, Moreau Facio las ha calificado de libelos calumniosos é indecentes. Ya fueron respondidos en oportunidad por el Conde de Aranda, Cabanillas y otros publicistas del siglo XVIII.

Hay en todas las naciones hispanófilos, es decir, que defienden á España y demuestran su cultura intelectual en todas las manifestaciones del pensamiento humano.

Pero hay también hispanófobos, que en su manía de negar toda gloria á España, cuando se trata, por ejemplo de Luis Vives, dicen, muy sueltos de cuerpo: nació en Valencia, pero á los 20 años viajó por Europa, y como no se es del país en donde se nace, sino del país en que se habita, ese sabio no es español. Así por negárselo todo á España, se dice también cuando se trata de Colón, por ejemplo; es verdad que por España y por los Reyes Católicos pudo Colón descubrir y descubrió América; pero nació en Génova. Luego, Colón no es español.

¡Sí! Ha habido una ciencia española; no hay sino que estudiar la historia y recoger sus datos para evidenciar cuánto fué y cuánto influyó en la Península y en todas las universidades de Europa. La ciencia española, cuando dominaba España al mundo, fué eminentemente católica, porque el catolicismo era idea dominante, vida práctica y estado genuino de los españoles. Pero aún así, y al lado de racionalistas como Luis Vives, hay sabios y filósofos como Miguel Servet, que, saliéndose por completo del dogma, proclamaron el libre pensamiento.

Bastarían los nombres de Luis Vives y de Miguel Servet para demostrar que España fué una nación de ciencia. En cuanto á Vives, que desde 1511 vivió fuera de España, irradiando sus ideas por Flandes, Francia é Inglaterra, su fama se ha mantenido intacta. Servet fué un hombre de esos que sólo podría producir España en aquellas épocas, templadas como al calor de una fragua, un batallador nacido tres siglos antes de cuando debió nacer, venido al mundo cuando se disputaban el predominio dos escuelas: el catolicismo y el protestantismo. Representaba una tendencia enemiga para ambas escuelas: era un librepensador y no podía poner tranquilo los pies en ninguna parte; iba vagando por Europa, sin encontrar un punto de reposo.

Fué éste un hombre de genio tan grande como Colón y Magallanes. Aquellos ampliaron los límites y la visión del mundo; Servet fué el primero que descubrió el gran secreto del organismo del hombre, que explicó cuales eran las funciones del corazón; fué quien descubrió la circulación de la sangre. Y este bienhechor de la humanidad, un asceta que no conoció los placeres de la vida, este hombre no tuvo espacio ni sitio para él en la tierra. En Francia, la inquisición francesa lo encerró en la cárcel; logró escapar, y refugiándose en Ginebra, creyó que allí respetaríase la libertad humana; cayó allí en manos de la inquisición protestante, en manos de Calvino, que lo odiaba con el mayor de los odios: ¡el odio literario!

El protestantismo pasó la vergüenza de ver que un grande hombre, cubierto de harapos, marchaba hacia la cumbre de un monte, y perecía entre las llamas, víctima ¿de qué? De la ciencia. Desconocido durante algunos siglos, hoy está rehabilitado como un mártir de la ciencia y quizá como el espíritu más grande que ha producido la intelectualidad de nuestra patria.

Y ella ha producido hombres como Herrera, Gómez, Pereyra, Sánchez, Morcillo, Pereyro, Sepúlveda, Núñez, Monzón, Quevedo, Rubio, Pérez de Oliva, Lulio, Alvarez, Guerrero, Vázquez, Menchaca, Cobarrubias, Baltasar Ayala, Arias, López, Vitoria, el padre Mariana, Montano, Rivadeneira, Gracián, Fajardo, Saavedra, Blancas, Montel, Antonio Pérez, Castro, Gó-

mez, del Río, Tallada, Martínez, de la Mota, Osorio, Castrillo, Hurtado de Mendoza, Melo, Oviedo, López de Guevara, Hernán Cortés, el P. Las Casas, Soto, Elcano, Escobar, Salas, Pinzón, Villalobos, Martín Cortés, Muñoz, Santa Cruz, Serra, Seco, Meneses, Ibero, García, Céspedes, Núñez, Nebrija, Andrés del Río, Chaves, Rocamora, Zamorano, Pérez de Moya, Rocha Porras, Enciso Hernández, el P. Acosta, Castañeda, Trillo, Blanca, Mármol, Ayala, Molina, Gracial, Pérez de Oliva y muchísimos otros más

Creo haber convencido de que ha habido ciencia española y que ésta ha influído en Europa.

La literatura española y su influencia, ha de ser tema de otra de mis disertaciones, y no creo oportuno tratar de esto ahora.

Pero sí diré, que el pasionamiento de los hispanóforos, ha sido tal, especialmente ante hombres como Colón y Cervantes, que no pudiendo desconocerlos les colocan enfrente cualesquiera otro que encuentran á mano, como término de comparación. Durante el siglo XVIII, los hispanóforos declaraban que Cervantes era un literato de segundo orden, y el Quijote, un libro aburrido y de escaso mérito, y que había algo mejor: que la segunda parte fraguada por Avellaneda, hoy casi desconocida, era superior á la primera parte, de Cervantes orgullo y gloria de España. Lope de Vega y Calderón fueron entonces calificados de dramaturgos primitivos, bárbaros, en tanto que influían en las letras de Francia, Inglaterra y otras naciones. Durante todo un siglo, los dos Corneille, Molière, Scarrón y muchos más, Cyrano de Bergerac y hasta Shakespeare, en su drama «Los dos caballeros de Verona» Lesage en su «Gil Blas de Santillana», y otros, imitan, cuando no los toman, el argumento, las obras de Lope, Calderón, Moreto, Alarcón, Rojas, Cervantes, etc.

Queda, pues, establecido que una gran parte de la cultura intelectual española influyó en la cultura intelectual de toda Europa.

Hay un pueblo, el pueblo alemán, que en el siglo XIX fué quien primero reconoció lo que valía España, y uno de sus escritores dice que en el siglo XVI la cultura española sirvió de modelo á toda Europa, así como su infantería, así como su política económica.

Un historiador añade que no sólo fué obra exclusiva suya la reorganización de la iglesia, sino también la reorganización política y la filosófica.

Ahora diré como siendo España tan importante durante siglos, no siguió siéndolo. Es que ha habido como un ancho foso entre la España anterior y la moderna.

Detrás de su esplendor vino la decadencia del siglo XVII al XIX, que no podía ser casual, sino de causas profundas.

Era una nación que, como producto de diversas razas, nació con la complexión de un gigante. Llevaba en su seno una suma de energías dinámicas que pudo llevarla á ocupar la prominencia que hoy ocupa Inglaterra en el concierto de las naciones. Pero ocurrió, como dije en mi primera conferencia, para bien ulterior de España, el hecho inmenso del descubrimiento de América, y los demás descubrimientos realizados por España. Y ello nuestra fuerza, con la difusión copiosísima consumió toda nuestra vida interna, toda de la vida y las fuerzas españolas. Así, cuando descubrió América, España contaba 20.000,000 de habitantes. ¡Siglo y medio después, no más de 7.000,000.

En aquellos momentos en que las malezas cubrían los caminos ¿cómo podía continuar floreciendo la ciencia, que no puede prosperar sino cuando las necesidades materiales están plenamente satisfechas y dejan un margen para el pensamiento puramente especulativo? En aquella época, ciertamente decayó la ciencia española. No lo niego, pero afirmo, que no decayó, como algunos han afirmado, toda la ciencia española. En medio de la decadencia existió ciencia en España y he de advertir que fué ciencia que representó dignamente su papel.

—Es tarde... pero si quiere el público, yo sigo.

—Bueno, pues, seguiré, pero debo advertir que esta segunda parte de mi conferencia es tan larga como la primera. Me referiré en ella al carácter de crueles, de feroces en grado extremo, que se nos ha atribuído como colonizadores. Es necesario, antes que nada comprender la época, y la influencia del medio ambiente en el momento en que Colón descubrió el nuevo mundo. Ni existía el respeto ó la consideración á la vida ajena ni á la propiedad de otros, y en todo el mundo es-

taba en completa boga el concepto aristotélico de la esclavitud con su rara filosofía, según la cual los seres inferiores nacían y debían ser conservados esclavos ó sujetos á la voluntad de sus dueños, y según el cual la esclavitud era un mal necesario. Si España implantó esa idea, fué porque esa y no otra era la idea dominante. Colón dispuso de los indios como trofeo de guerra y como tales los llevó á España, pero inmediatamente levantó la protesta y en primer lugar la de la reina Isabel la Católica, que le ordenó darles libertad inmediata.

Antes de venir á América, he creído oportuno trasladarme á la Biblioteca Nacional de Madrid y tener en mis manos, ver con mis ojos, el testamento de Isabel la Católica.

He sentido una emoción intensa al pasar mi vista por aquellos pergaminos en que la tinta de las letras góticas, por la acción del transcurso de los siglos se ha tornado roja. Pocas veces una sensación más grande de grandeza ha sido dada al espíritu por el contacto con las cosas materiales. He leído allí, pues, con toda atención, aquel famoso codicilo, que encierra toda la bondad del alma de aquella mujer grandiosa.

Y al verla, he recordado el cuadro de Rosales, titulado: «El testamento de Isabel la Católica,». La he visto en su lecho regio, rodeado de regias y pesadas colgaduras y cortinados, con sus ojos inmensamente dulces, como si en ellos se reflejase una luz venida quién sabe de dónde. Junto al lecho, grave é imperturbable, el escribano mayor, á quien dicta sus últimas voluntades, y al lado, Fernando el Católico, con el alma enloquecida por el dolor de su amada compañera y amiga. Aquella mujer que fué su consejera, expiraba. Pero antes de hacerlo, en medio de todos sus grandes pensamientos que ocupaban su cerebro, tuvo un recuerdo..., un recuerdo para los pobres indios de América. Hizo una seña al escribano y dictó un codicilo que dice así:

Nuestro principal interés fué procurar inducir al pueblo de las Indias y convencerlo de la Santa Fe Católica, enviando clérigos y otras personas doctas para enseñarles las buenas costumbres. «Yo no quise sojuzgar, sino enseñar lo verdadero; yo no quise siervos, jamás; sino súbditos de Castilla». Esto dice Isabel la Católica.

Para juzgar la mentalidad de las personas, hay que si-

tuarse en su ambiente y seguir las ideas dominantes en su época. En los tiempos modernos, esto de que una señora desee el bien de sus súbditos, á nadie sorprende. Hay, sin embargo, que considerar bien esto: Isabel la Católica, esa grande alma, cree que la mayor felicidad del mundo es el cielo, la religión, y quiere hacer á los indios de América felices, tan felices, como ella pudiera serlo en la vida y más allá de la muerte.

Por lo demás, puedo decir ahora que la primera vez que se han visto frente á frente la cuestión esclavista y antiesclavista, ha sido en España.

Había navegantes que iban á América por el bien de España y otros que iban para su negocio personal y que no respetaban al indio ni al cristiano. Hubo, pues, esclavistas y antesclavistas. ¿Qué importa para el prestigio de España, que existieran capitanes crueles, si en esa misma España había antiesclavistas?

Y aun los mismos antiesclavistas han servido para el descrédito injusto de España. Todos hemos oído hablar de fray Bartolomé de las Casas. Víctor Hugo llegó á decir de él que era el más grande bienhechor de la humanidad. Y en efecto, este hombre, que llegó á las Antillas con los primeros galenses españoles antes de ser sacerdote, apiadóse del maltrato que los conquistadores daban á los indios. Se dedicó á la propaganda humanitaria, y le pasó lo que á todos los que defienden ideas nuevas: ganosos de demostrar su celo por el bien, llegan más allá del límite reflejado. De las Casas recuérdame á los protectores de animales, que á fuerza de amarlos, acaban por pedir el exterminio de las personas. De las Casas era simple y bueno, andaluz, y además de andaluz, sevillano. Cuando tenía que atacar no reparaba en cifras y por esto en su célebre libro, que se apresuraron á traducir varias naciones de Europa, cuando llega el momento de anotar los indios matados durante cuatro años, nuestro buen autor dice que los españoles habían matado á 16.000,000.

Así, pues estos y parecidos datos, de alma tan grande y noble, en contra del esclavismo, han servido para atacar á España.

Los reyes católicos hicieron al padre Las Casas, obispo, y le dieron toda clase de preeminencias y facilidades; pero él no

pudo variar su libro, y así los españoles aparecen más crueles de lo que en realidad fueron.

A los antiesclavistas les sucedió como á los protectores de animales, según decía. Y para no molestar al indio, trajeron á América negros de Africa, á fin de que los indios no fueran esclavos.

Son incoherencias de los tiempos, pero demuestran que no hubo crueldad, como se dice, y principalmente en la exageración que á esa crueldad se atribuye.

Las guerras contra los indios mejicanos, por ejemplo,— en que es claro, como todas las guerras de todos los pueblos; pues no hay guerras filantrópicas, sino crueles; así tienen que ser, forzosamente, y más las guerras contra los indios, en que había tribus dedicadas á la antropofagía, y que tenían cultos—los indios mejicanos, por ejemplo, en que se sacrificaban víctimas humanas en los altares de sus dioses.

Sí; España no fué más cruel en la guerra que otras naciones. Esto es evidente si se estudia con atención é imparcialidad la historia. Como también es evidente que España se preocupó siempre de que los indios no fueran siervos, sino súbditos.

TERCERA CONFERENCIA

Las grandes figuras del descubrimiento de América

Antes de comenzar, permitidme cumplir un deber que me es muy grato: el de saludar la presencia en este recinto del señor Presidente de la República. Honor tan alto lo interpreto no como dirigido á mi persona, sino á la nación española. Cuando un huésped visita una nación de la que se es hermano por los vínculos de la raza, necesario es que salude dos símbolos: la bandera, símbolo abstracto, y el jefe de Estado, símbolo concreto. He saludado ya la primera. Hago ahora lo segundo, dirigiendo el saludo á todo el noble pueblo argentino. Sé que es escritor, periodista, compañero en las letras, y no puede realmente, ser más hermoso para el país presentar el caso de una persona que por méritos propios y no por intrigas, sube hasta el primer puesto. Le deseo muchos éxitos, especialmente en sus gestiones acerca de la Exposición del Centenario, que servirá para dar una idea de los rápidos y grandes progresos de la República Argentina, dignos, en verdad, de admiración. Dichas estas palabras penetro en el terreno de mi conferencia.

En el último tercio del siglo XV andaba por el Sur de España, por las provincias andaluzas, un vagabundo que corría de ciudad en ciudad, sin amparo, viviendo de lo que obtenía por dibujar, hacer mapas y contruir globos terráqueos para las escasas personas á quienes esto interesaba. Aquel hombre era Colón. No pretendo modificar el origen de esta gran figura histórica, desde que sabe perfectamente bien el mundo

entero que era italiano, de Génova. Pero si Colón era italiano por su nacimiento, era español por adopción. Salió de Génova como mercader y gran marino; en España fué bautizado como uno de los grandes bienhechores de la civilización. En esto de nacionalidad, preciso es confesar lo elástico del concepto. Grandes españoles ha habido fuera de España y no hemos reivindicado para España el título de sus nacimientos. Trajano, el más grande de los emperadores romanos, nació en España y en España Séneca, Lucano y Marcial; pero vivieron en Roma y romanos fueron. Así Trajano, nacido en España, fué el más grande de los romanos. Colón iba de ciudad en ciudad, mendigando, como los trovadores de la Edad Media iban de castillo en castillo pidiendo un poco de pan en cambio de sus versos.

Y Colón paseaba sus sueños por España. En las noches de Andalucía, noches serenas, esmaltadas de estrellas, en que la vida se concentra en los patios y en las azoteas, Colón muchas veces, sea en el convento de la Rábida, sea charlando con sus amigos los comerciantes, pasó veladas narrando las peripecias de sus largas expediciones por las costas de África, alrededor de las de Europa, sus viajes á la lejana Tulé, la isla que los antiguos, en sus ingenuas concepciones cosmológicas, suponían el límite de la tierra. Colón, especie de verdadero bohemio científico, que en el páramo de su vida halló un oasis de amor en su unión con doña Leonora Enríquez, iba en sus peregrinaciones acompañado por su hijo Diego, báculo filial que le ayudaba á soportar aquella cruzada en busca de quien recogiera el mundo que con sus ideas le ofrecía. Colón era en aquel entonces un hombre que llegaba á los cincuenta años, edad en la que muchos otros que engrandecen con su nombre la historia, habían dado el tributo de su genio á la humanidad. Aquel navegante es una de las figuras más difíciles de determinar. Es una personalidad complejísima que, si se la sintetiza, se ofrece en contrastes. Es una figura inmensa, pero extraña. En momentos se nos ofrece como un vulgar ambicioso, otras como un místico que llega hasta la extravagancia. Sin embargo, cuando se ahonda por el estudio su personalidad, se nos representa como un espíritu lleno de misticismo, pero práctico á la vez. Para compararlo con al-

guien, sólo hallo en este sentido otra gran personalidad de la época: ese espíritu altivo que se llamó don Ignacio de Loyola. Leyendo las cartas y los libros dejados por Colón, en un párrafo nos asombra el comerciante que ama el oro, que lo codicia, que delira con su posesión; en un otro nos admira el místico que se sublima, que olvida la tierra, que cree hablar con los cielos; con el místico, en una palabra, que raya en instantes á mayor altura que cualquier santo de la Iglesia, que cualquier creyente de dogma alguno. Y para ello inclinémonos ante los hechos y observemos su vida. El descubrimiento de América, puede afirmarse, se retardó en parte porque Colón regateaba al imponer las condiciones de su empresa. Exigía el diezmo de las riquezas que arrojaran los países á descubrirse, tributo personal que se reservaba, creo con justicia, si se tienen en cuenta los sacrificios á que se arriesgaba, los inconvenientes que iban á ofrecérsele. Pero tengamos en cuenta también, que esas riquezas mantenía el propósito sirvieran—en este punto también se semeja con don Ignacio de Loyola—para armar un ejército de diez mil caballos y diez mil infantes que debían disputar al dominio de los infieles el Santo Sepulcro. Así lo consigna en su libro «Las profecías», libro donde el genial aventurero se muestra en toda su doble faz: la de práctico y la de místico.

Es Colón un hombre que desconcierta. Hay en él dos personalidades en lucha y abierta oposición. Unas veces prima el mercader sobre el visionario. Otras el visionario sobre el mercader. En sus escritos, al lado de frases místicas hay frases que casi revelan al avaro. En una carta á la Reina Isabel, le dice: «El oro, señora, es todo. Del oro viene el tesoro y con el tesoro puede hacerse todo, hasta sacar almas del purgatorio». Sin embargo, fuera error interpretar en sentido estricto sus pensamientos. Colón deseaba oro para poder realizar las grandes empresas que bullían en su extraña mente, entre ellas el rescate del Santo Sepulcro. Cuando sueña, su alma es extraordinaria y mística. Era marino, cosmógrafo, navegante, hombre lleno de grandes conocimientos y, sin embargo, desprecia estos títulos y sólo se llama á sí mismo, marino lego y hombre mundanal. Cuando se refiere á su descubrimiento del nuevo mundo, afirma que no fué él quien lo

descubrió, sino el Espíritu Santo. Y llega más allá: dice que él no funda ni crea nuevas teorías, que se limita á cumplir las profecías de Isaías. Es de advertir, señores, que no hay nada en las profecías de Isaías que pueda tener contingencia con el hecho de Colón.

Colón siempre á sus biógrafos se brinda dentro del contraste. Poseía una gran cultura. Era un hombre de ciencia en el concepto de una época en la que el mayor estudio era la medida para juzgar á los que dedicaban sus horas á los libros y á la observación de los hechos. Aquel hombre escribía en una carta que elevaba á la Reina Isabel, que se consideraba un buen marino, un hábil geómetra y un conocedor de la aritmética, que reconocía el saber dibujar esferas y mapas «colocando en ellos ciudades, ríos, montañas y valles en su verdadero punto ó lugar», pero, agregaba, mi razón para nada me ha servido en el descubrimiento de las tierras nuevas; fué el Espíritu Santo, según él, quien lo guió para que se cumplieran las profecías de Isaías. El visionario en Colón nunca abandona al hombre de estudio. En una otra carta que envía á su reina, le anuncia el fin del mundo en un plazo de ciento cincuenta años y la encarece apesure por todos los medios á su alcance se predique por toda la tierra el Evangelio y se rescate la Tierra Santa, para así estar preparada la humanidad al cataclismo que se aproxima. Colón señalaba el fin del mundo para 1656, en fecha que se comprende entre la muerte de Descartes y de Pascal. Afortunadamente, señores, Colón no fué profeta...

Colón, de vuelta de las nuevas tierras, afirma en uno de sus escritos que la tierra no es esférica como algunos pretenden; que observa la forma de una pera y que el apéndice estaba formado por las montañas del país llamado de Parias. Cuando llega en su último viaje frente al Orinoco, ante aquella corriente de aguas dulces, asegura que era un río que bajaba del paraíso terrenal y en cuyas aguas no se podía surcar sin un permiso de Dios. Estos ejemplos ponen de relieve á Colón.

Era Colón un producto de la época, una de las grandes figuras de entremés, mezcla de razón y de fe, de entusiasmo y misticismo. Para tener una idea de lo grandioso del descubrimiento, necesario es tener en cuenta los conocimientos cientí-

ficos que en aquel entonces primaban. En aquella época Grecia, creadora del arte y de la filosofía, tenía ideas muy rudimentarias de la tierra. Era para ellos plana, un disco, que terminaba con los Campos Elíseos. Sólo en los avances de la filosofía Griega, viene la escuela pitagórica á dar la idea sostenida por Aristóteles, de que la tierra era de forma esférica. Pero no pudo esta tesis predominar, porque algo había que desconcertaba: los padres de la Iglesia, que no transigían con esta noción, San Agustín se ríe de los antípodas. Sin embargo, hubo en la Edad Media una cosmografía cristiana una noción según la cual era la tierra plana, limitada por cuatro grandes golfos en sus cuatro puntos cardinales. Sobre esta tierra había una campana de cristal, en la campana clavos brillantes (las estrellas) y más arriba un océano del que caía el agua en forma de lluvia cuando bien placía á la voluntad del Hacedor.

Sólo en las universidades la doctrina de la escuela pitagórica, recogida por el estagirita sobre la esferidad de la tierra, era creída. Colón creía en ella. Sin embargo, consideraba á la tierra mucho más pequeña de lo que es en realidad. Admitía que las aguas ocupaban una superficie muy inferior á la que hoy reconocemos, porque no sospechaba ni siquiera la existencia del Océano Pacífico. Colón murió ignorando que había descubierto un nuevo continente. La leyenda que cuenta Colón sobre la Atlántida y el coro de la tragedia «Medea», de Séneca el sabio, fueron elementos que tuvo en cuenta al concebir el proyecto de sus viajes. En el coro de la tragedia «Medea», por una de esas vislumbres que las grandes imaginaciones tienen, se habla de que más allá de Tulé aparecía un continente inmenso y rico. Las narraciones de Marco Polo, la de los sacerdotes cristianos que se aventuraron por Asia llegando hasta sus límites orientales, la de los sacerdotes budhistas que facilitaban datos precisos sobre Cipango (Japón) y el archipiélago que parecía prolongar á Katar (China) eran conocidas por Colón. Aquella visión de riquezas influyó en la realización de su gran sueño. Y de ahí que viva convencido después de 1492, de haber llegado por un camino desconocido á tierras asiáticas, las tierras codiciadas.

Se ha dicho que, antes que por Colón, fué la América

conocida por los escandinavos. No hay duda de que así fuera, pues estuvieron en el norte de la América Septentrional, y colonizaron en Terranova.

En las tradiciones consta que hasta hubo obispos escandinavos. Se ha dicho también, posiblemente con objeto de menguar la gloria de Colón, que éste, en sus viajes por Islandia, conociera aquellas tradiciones. Posible es que así fuese, y que en las charlas de las noches frías, junto á los tizones, oyese tan raras cosas. Pero es lo cierto que ni lo consigna él en sus memorias, ni pudo aquello, de ser cierto, influir para nada en el descubrimiento de América. No buscaba un Nuevo Mundo, sino que quería llegar á las Indias, ese Cipango misterioso de donde venían el oro, las sedas, los perfumes y los exóticos productos. Entonces, los entendidos recomendaban navegar hacia el sur. «Id hacia donde haya negros, donde luzca el sol con fuerza enorme, porque allí habrá oro». El oro en aquellas épocas era, según la alquimia, petrificaciones de los rayos del sol. Donde había negros—y los negros lo eran por la fuerza del sol—había oro.

Colón recorrió gran parte de Europa, ofreciendo su proyecto grandioso. En algunas naciones ni siquiera se dignaron escuchar á aquel vagabundo que ofrecía la mitad de la tierra. En su misma patria, patria de grandes navegantes, no tuvo éxito en sus gestiones. España, país de expediciones y de marinos, halló lo que deseaba. No creáis, señores, que llamo á mi patria país de marinos, por una exageración patriótica. Lo dice un sabio que cuenta con el respeto de cuantos lo han leído, y que es timbre de gloria para la ciencia alemana, Humboldt, al estudiar el final del siglo XV. Este maestro así se expresa de España: Los marinos españoles, tenían noticias exactas sobre su arte. Poseían datos precisos sobre las tierras, observaciones preciosas sobre la marcha de los vientos; sus métodos eran tan perfectos como los que más». Y si agregamos que los navegantes portugueses, Vasco de Gama y Díaz, en sus aventuras, iban descorriendo un velo y dando á los pueblos un concepto insospechado del globo, matando errores y reemplazándolos con ideas más grandes y más exactas, tendremos así preparado el descubrimiento de América.

Colón, al llegar á España, se encontraba con un escenario digno de su empresa. Latía allí entonces la idea de la existencia de nuevas tierras. El descubrimiento de América era una cosa que debía ocurrir en el siglo XV, determinado por la fatalidad de la historia; porque es de advertir, señores, que cuando un siglo comienza acariciando una ilusión, termina viendo esa ilusión convertida en realidad. Era aquella idea un fruto maduro, que Colón recogió antes de que por su propia madurez cayese al suelo. Si Colón no hubiese existido, el Nuevo Mundo se hubiese igualmente descubierto. Siete años después, Cabral, marino portugués, navegando por las costas africanas fué arrojado á estas playas por efectos de una tempestad, y sin saberlo, estuvo en América. Es que América, en verdad, salía al encuentro de los europeos, para que éstos la descubrieran. Cuando se descubrieron las Azores—avanzadas de las ignotas tierras—sus habitantes tenían ya la certeza de otras tierras. En las Azores vivió Colón, y allí recogió las leyendas. Alguna vez, en los días de grandes tempestades, el mar arrojaba á aquellas costas árboles extraños y los habitantes hablaban hasta de dos cadáveres de hombres cobrizos, llegados hasta allí, y que eran de otras razas. Lo sabía esto Colón, y con él, Pinzón. Y era bueno que lo supiesen y tuviesen fe, porque no basta que el que va á la cabeza de una expedición, tenga entusiasmo. Es necesario que los otros participen de él.

En España, Colón encontró un ambiente favorable á su empresa. Se presenta en Castilla en momentos que iba á completarse esa obra inmensa de la unidad nacional. Las coronas de Castilla y Aragón se hallaban confiadas á dos reyes, que sus compatriotas llaman grandes y que la religión los reconoce con el título de Reyes Católicos. Fernando é Isabel eran dos altas encarnaciones de la época. Se ha dicho que el rey Don Fernando, no sólo no ayudó á Colón, sino que también lo obstaculizó en sus planes. Lo primero es cierto; lo segundo es falso; se trata de una de tantas versiones lanzadas y que se recogen sin análisis previo. Y es explicable la conducta del rey de Aragón. Don Fernando era simplemente un soldado y un diplomático. Supo con valor y habilidad defender los derechos de su esposa en contra de los

partidarios de la Beltraneja, sacar adelante la causa que sostenía y asegurar una corona, asegurando un propósito magno. Guicciardini, el eminente historiador italiano, lo llama el «rey más ilustrado y más temido de Europa». Y, en efecto. Don Fernando era un hombre sin mayor cultura, mejor dicho, sin ninguna cultura. Mientras vivió, la tranquilidad fué desconocida en todas las cortes europeas. No cumplía las palabras empeñadas, hacía y deshacía tratados, según le dictaran conveniencias. Conducta que, entre paréntesis, era la generalmente seguida por todos los monarcas de una época en que el libro «El príncipe», de Macchiavelo, era una especie de catecismo de gobierno, y en la que era máxima por todos áceptada de que «el fin justifica los medios». Es lugar común hacer comparaciones, que llamaré zoológicas, para adjetivar á los políticos y á los guerreros. Se dice de unos que era un leon; se dice de otros que recurren á las intrigas y medios más ó menos dudosos para lograr sus ambiciones, que era un zorro. Bien. Don Fernando era un zorro. Conozco una anécdota que pinta al hombre de cuerpo entero. Se cuenta que un embajador francés, en cierta ocasión le manifestaba:—Debo á V. A. hacer presente que mi señor está dispuesto á no pactar en adelante con V. A., porque ya por dos veces le ha engañado.—Conviene advertir, haciendo una pequeña digresión, que los reyes tenían el tratamiento de Alteza: el de Majestad es posterior; arranca desde Carlos V, que se hacía llamar Sacra Católica Real Majestad.

Volviendo á la anécdota, se agrega que Don Fernando, encendido en ira, interrumpió al embajador para decir:—Miente el muy bellaco Rey de Francia. No lo he engañado dos veces: lo he engañado más de treinta veces.—Ese era el político que supo ser gran rey.

Político práctico, no creía sino en lo que veía y tocaba. Bueno está que se le hablase de batallas, de cosas posibles, pero las raras doctrinas de aquel vagabundo italiano, á base de demostraciones científicas que no entendía, no eran para él. Se explica, pues, que lo acogiese con frialdad y que dejase todo al arbitrio de la reina Isabel, su esposa. Uno de los mayores encantos que esta mujer presenta cuando se la examina á la luz de la historia, es su instrucción y sabiduría. Huérfana

desde temprano, encerrada con su madre loca en una torre, para matar sus nostalgias, dedicóse con pasión al estudio. Más tarde, reina, hizo venir grandes maestros de Italia, se ocupó de la extensión universitaria, fué amiga y consejera de aquel gran talento que se llamó Nebrija y cuidó personalmente de la educación de sus hijos. Hablaba correctamente el latín—lengua diplomática de entonces—y se preocupaba de todas las grandes cuestiones científicas de su época, con noble romanticismo. Fué su vida una novela, llena de hermosos episodios, y desde temprano tuvo que luchar muy fuerte y tenazmente para afianzar la corona en sus sienes. Fué así como á fuerza de aventuras realizaba grandes milagros: la unidad nacional y la expulsión de los últimos intrusos que quedaban después de la tenaz lucha de siete siglos de la reconquista. Era, pues, una imaginación profunda para las más grandes y estupendas aventuras.

Esa mujer favoreció á Colón. Discutió sus ideas, pidió informes sobre ellas, y por último, terminó aceptándolas. Los superficiales que se nutren de impresiones, han tildado á doña Isabel de no haber inmediatamente adelantado los fondos. Los que así opinan, opinan erróneamente. En la misma época actual, un Colón también debería esperar para que un espíritu magnánimo lo protegiera en sus proyectos. La conducta de la reina no admite peros. Consultó las corporaciones científicas de su época antes de aventurarse á ayudar á aquel hombre extraño, á aquel santo visionario. Y me veo de nuevo obligado á discutir y probar la falsedad de una y otra leyenda que repiten algunos historiadores. Lo haré sinceramente honrando la verdad. En las objeciones que se hicieron á Colón, no hay ninguna de carácter teológico. Las que se formularon, se hallan encuadradas en la ciencia de la época. El caso de Colón no es el de Galileo. Colón traía ideas nuevas y como á tales se las discutió. La religión nada tuvo que ver con ellas. Mas aún. El navegante mientras el debate se seguía, contaba con albergue en el convento de San Esteban de los Domínicos de Salamanca, y estos buenos frailes se cuentan entre sus primeros y mejores defensores. La universidad de Salamanca, que era católica, no le hizo argumento alguno religioso. Juzgaba con sus conocimientos aquella innovación que iba en breve á revolucionar la faz de los hechos...

Llega el momento en que la corona de Castilla adelanta los fondos para la expedición. América va á descubrirse. No ha faltado quien se ha permitido un mohín de desdén comentando el número de las carabelas que realizan el primer viaje. No era precisamente tres carabelas, porque la Santa María era una fragata, una gran nave, que se contaba entre las mejores de aquel entonces. Se le entregaron esas tres embarcaciones, porque eran las solas necesarias. Si en lugar de carabelas, la Santa María hubiera sido acompañada por dos fragatas de su porte, es probable que en las costas de las Antillas hubieran corrido igual suerte que la primera, es decir, se perdieran. Ustedes bien saben que la Santa María naufragó frente á la isla Española (hoy Santo Domingo)...

Y empiezan aquellas tres naves su marcha hacia el descubrimiento de un continente. Colón va rodeado de sus sueños, acompañado de su fe y de un grupo de bravos marinos que no temen desafiar lo desconocido. Colón en la proa va contemplando el mar infinito, escruta en las noches... Pasan los días, las semanas y los meses. El almirante no titubea, parece que á medida que avanza, se robustece su convencimiento. En sus noches solitarias y de enorme expectativa, cree hablar con Dios,—así lo dice en sus escritos—como también lo creía hacerlo en su cueva de Manresa, el fundador de la orden de los jesuítas. Por fin, en un clarear de aurora, el grito ¡Tierra! anuncia á los navegantes que la historia va á cambiarse fundamentalmente, que la civilización tiene á su frente un inmenso territorio, que la reclama su acción. El gran almirante exclama ante aquel grito: ¡Se cumplieron las profecías de Isaías! Era esa la frase donde volcaba su alma y su explicación de aquella aventura gloriosa.

Necesario es consignar un recuerdo—tanto más justo cuanto que sus nombres, como el de los héroes anónimos, han pasado al olvido—á aquel puñado de valientes que quedó en América, en medio de indios, en el peligro, esperando el regreso de los que se iban, con la duda de que una tormenta hiciese zozobrar aquellas naves y en medio del abismo del mar se perdiese el secreto del descubrimiento de América. De aquel puñado de valientes, cuando regresó la nueva expedición, ni uno solo quedaba. Habían perecido todos.

La llegada de Colón á España es una gran página de la Historia de la Humanidad. Desde ese momento, el curso de la historia se cambia, y fácil es imaginar la emoción intensa con que en el puerto de Palos se vió llegar la única carabela sobreviviente para contar que la gran aventura del loco soñador era toda una realidad, coronada por el mejor de los éxitos. Escoltado por sus marineros, cruza Colón, en línea oblícua, desde Palos á Barcelona. Desde los grandes paseos triunfales de Alejandro el Magno, no se ha visto cosa igual. En los desfiles de los guerreros, las armas, los prisioneros, el botín, son cosas conocidas. En el de Colón, todo es raro y exótico. Echábanse á vuelo las campanas á su paso por cada pueblo y las gentes abandonaban los campos para allegarse al camino; los magistrados de largas togas, los ayuntamientos, las mujeres, todos venían á ver á aquellos hombres de tez cobriza, llenos de tatuajes, con adornos de plumas y que tiritaban bajo el frío de España. Al verlos, las mujeres pensaban en la necesidad de bautizarlos para salvar sus almas, los hidalgos en el oro, los hombres de espada en los golpes que á dar y á recibir habría en aquellas extrañas tierras, y los pequeñuelos grababan en la retina aquel espectáculo, conociendo que su destino estaba en colonizar y conquistar América.

Entonces, señores, empieza la gran epopeya de la colonización de América. Todos ustedes la conocen. Grijalba la inicia con el descubrimiento de Yucatán, y termina geográficamente en el más lejano meridiano. Es la epopeya más grandiosa, que aun no ha habido un Homero que dignamente la cantara. Toman en ella parte héroes como Hernán Cortés, que con un puñado de hombres, emprende la conquista de un gran imperio. Hernán Cortés, quien pudo un día, con el orgullo de la verdad, decir al emperador Carlos V, ante quien la calumnia lo había precedido, cuando le preguntara quién era:—Señor, soy un hombre que ha dado á Vuestra Majestad más Estados que ciudades os han legado vuestro abuelos. Como Pizarro, cuya gloria tiene máculas de crueldad, que es fatal en la guerra, y que si en último caso, tiene un responsable, no es España, es el conquistador del Perú, á quien se adelantan á juzgarlo capitanes que protestan de sus ímpetus y de sus

errores, como Valdivia, como Ercilla, como don Pedro de Mendoza...

Y esta epopeya han querido empequeñecerla los que, rastreando móviles, la consideran como producto de una sed desmedida de riquezas. Nada más incierto. Los que tal dicen, desconocen el carácter romántico de nuestra raza. España ha sido desinteresada. Ha venido á estas tierras por sus propios impulsos, en cumplimiento de sus ideales. No creáis que soy de aquellos que cierran sus ojos á los acontecimientos. Cuando leo que una nación envía expediciones á los pueblos primitivos para imponer la civilización á cañonazos, me digo: he aquí un país que tiene exceso de mercaderías en su plaza, y que busca un nuevo mercado para los tejidos de sus fábricas. Hemos presenciado en los últimos años una de las guerras más discutibles que registran los anales. La llamo discutible, porque respeto las ideas ajenas; si me dejara guiar por mis sentimientos, no titubearía en considerarla la más bochornosa de la época contemporánea. Me refiero á la sostenida por Inglaterra contra el Transvaal. ¿Obedecía esa guerra á un afán de civilizar? No, señores. Si el Transvaal no hubiera tenido sus minas de diamantes, hoy continuaría siendo un pueblo joven, progresista y libre...

Pudo en parte decirse que algunos españoles vinieron por oro y en busca de oro. Pero en aquel empuje de la conquista, había por mucho la fe religiosa y el entusiasmo militar.

¿Qué sed de oro traía el misionero, hermosa y humilde figura de la colonización española? No venía sino á traer la simiente del espíritu cristiano. No quería nada, desde que á todo había renunciado al abrazar la vida ignorada del catequista. ¿Y qué sed de oro pudo impulsar á los guerreros y á los aventureros, cuando porque sí no más habían peleado en toda Europa sin esperanza de fortuna, sin idea de riquezas? Hombres hubo, de los que á América llegaron, que hicieron el sacrificio de sus vidas. Don Pedro de Mendoza, entre ellos, rico comerciante de Cádiz; Valdivia, antiguo paje de Carlos V, que pudo aspirar al más alto empleo ó dignidad en la corte, y que optó, sin embargo, por venir á Chile, y como ellos, Ercilla y tantos otros que fuera largo enumerar. Vinieron por afán guerrero, porque sí, como porque sí dejó don Quijote su hacienda, su sobrina y su olla y salió á correr tierras y luchar contra

endriagos, pudiendo haberse quedado quieto y tranquilo, con lo que no hubiera sufrido desazones, ni burlas, ni quebrantos, ni mofas.

Cuando en España hablamos del oro de América, agregamos siempre: oro maldito. Se repite la leyenda del rey Midas. Contábase entre los antiguos que el rey Midas, espíritu en extremo avariento, aprovechando de un ofrecimiento que le hicieron los dioses de otorgar el don que pidiera, reclamó le fuera concedido el convertir en oro cuanto sus manos tocaran. Los dioses accedieron. El rey Midas, deseando cuanto antes hacer uso de esta virtud mágica, fué convirtiendo en oro todos los muebles que adornaban su estancia. Bajo al jardín. Tocó una rosa, y la flor perdió su perfume y su color, quedó transformada en una joya, hermosa, si se quiere, pero sin vida. Su fiel perro, que acudió á ofrecerle sus caricias fué bien pronto una estatua de precioso metal. Sintió el rey apetito, y los manjares en sus manos quedaban transformados en lingotes. Su misma hija convirtiéndose en oro. Y entonces aquel rey, desesperado, imploró de los dioses le quitaran el don.

Parecida fué la situación de España. Llegaban los galeones, y aquel oro desaparecía; se volcaba en las naciones con las que sostenía su intercambio. España se despoblaba. Sus hijos sólo elegían por caminos: ó la guerra ó América. Nuestras ciudades empezaron á disminuir el número de sus habitantes; nuestras industrias á decaer. El oro fatal las llevaba á la decadencia. Aquel sacrificio no nos dió sino tres mil ó cuatro mil millones de pesetas. Cantidad apenas suficiente para cubrir por cuatro años, el presupuesto actual. Y España, señores, dió á América, en cambio, todo lo que pudo. Trajo á estas tierras sus hijos, el trigo, el caballo, el buey, fuentes de progreso, de vida.

Se ha querido comparar la colonización española con la colonización inglesa de los Estados Unidos. Es una injusticia. Los Estados Unidos empezaron á colonizarse cien años más tarde, lo que significa mucho. Inglaterra se circunscribió á las costas del este. Nosotros casi toda la América del Centro y del Sur, atravesando inmensas distancias, llevando á todos los puertos nuestros ideales. Los Estados Unidos se hallan mucho más cerca de las costas inglesas, que las costas americanas de las españolas. Ellos tenían en su favor ventajas que no

dependen del mérito de los hombres. ¿Y para qué hacer esas comparaciones? La historia de América, políticamente, se divide en tres épocas: la precolombiana, la de la evangelización y la independiente, económicamente se divide en precolombiana, en lo que abarca desde Colón al invento de la máquina de vapor, y en la que sigue á ese hecho. La grandeza de América se inició en la última. Cuando el transatlántico reemplaza al buque velero, y el ferrocarril atraviesa territorios acortando las distancias; ese día, en esta parte colonizada por mi patria, muere en sus reductos el caudillismo, vicio que conozco es muy español, y una nueva era empieza. Hoy se vuelcan en su seno los hombres de todos los climas y todas las razas. Y espero que mañana, cuando se repitan las comparaciones, se responda entonces con justicia.

Y no se olvide que España guerreaba con toda Europa, y que tenía en sus expediciones que hacer frente á los piratas que acechaban sus flotas. Inglaterra y Holanda, en aquellos tiempos, ejercían la piratería contra nuestros barcos.

Representábamos una tendencia civilizadora, que tuvo que combatir contra todos. De ahí el por qué el esfuerzo inicial no fuera todo lo fecundo que hubiera podido ser. Tendencia civilizadora he dicho y dicho bien. No veníamos á América á fundar factorías. Nuestros conquistadores fundaban pueblos, y en cada pueblo un ayuntamiento, un cabildo, donde se continuaban aquellas ansias de libertad que caracterizaron los municipios medioevales y que exteriorizaron los comuneros de Castilla. La guerra de la Independencia Americana no nos sorprende, pues. Estaba prevista. Los españoles habían traído con ellos los gérmenes de la rebeldía. Y sino recordemos aquellos virreyes que no temían devolver á un rey, aunque éste se llamara Felipe II, una orden anotada al margen. Se acata, pero no se cumple. Recordemos también, con Humbolt, que la situación del indio, al final del siglo XVIII, era muy superior á la de un campesino, aquellos campesinos que estallan con la Revolución Francesa, cambiando los rumbos de la humanidad. Las leyes de Indias eran generosas y amplias. A su amparo, estos pueblos se prepararon para su futuro. Y en el porvenir, señores, serán orgullo de la historia y uno de los más hermosos capítulos de la ascensión humana.

CUARTA CONFERENCIA

Cómo se hace una novela

Debo comenzar, señoras y señores, por confesaros que jamás con mayor vacilación he iniciado una conferencia. Cuando escribimos un libro y vamos á dar una conferencia escogemos un libro, adoptamos ó tomamos un título, procurando que sintéticamente exprese el pensamiento que nos proponemos desarrollar, el propósito que deseamos cumplir. Debería, con arreglo al título de la presente, deciros cómo se hace una novela. Se equivocaría quien de ustedes pretendiera de mí le dijera un método, le enseñara un medio, esbozara un pensamiento para escribir una novela. En la alquimia literaria no se ha inventado aún la receta que facilite á cualquier mortal el hacer una novela, porque—y diré, si se quiere,—una perogrullada,—una novela se hace haciéndola; es preciso escribir un libro que refleje la vida y resulte una narración armónica, una novela, en una palabra. Ocurriría lo mismo que un pintor se propusiera enseñar el arte de la pintura, y para ello enseñara las escuelas, hablara de los prerrafaelistas, de los puntillistas, de las grandes figuras del renacimiento, enseñara la mezcla de los colores. Este pintor no haría pintores; á lo sumo presentaría una faz de su arte, divulgaría nociones y datos que, si no se encuentran unidos á otras cualidades, para poco han de servir á quien las recoja. Para escribir una novela, señores, es preciso, ante todo, ser novelista. Y permítme que para esta frase tan sencilla, tan clara, la desposea de su vulgaridad, explicando mi concepto, aclarando mis ideas.

Habréis oído repetir el antiguo adagio: el poeta nace, no se hace. Y esto mismo puede decirse, con más razón, acaso, del novelista, que es compendio de todas las grandes facultades literarias, pues la novela surge, cuando la literatura llega á su edad mayor, y reúne en sí los elementos de la comedia, el drama, la tragedia, la poesía lírica y la epopeya. ¡Todo está en la novela! El novelista debe ser un proteo, que refleje la vida humana en todos sus aspectos, formas y complejidades, en todas sus grandezas y bajezas, virtudes y vicios. El novelista es naturalista, en el más amplio sentido del concepto. Sus condiciones, además de las intelectuales y morales, son físicas. Se puede ser poeta sin el sentido de la vista, novelista no. El poeta puede vivir su vida interior, sin describir la exterior. El novelista ciego podría, á lo más, hacer una sola novela: la de sus sensaciones y sentimientos propios. La segunda novela sería imposible.

Bien, pues; y el novelista, además de la retina física, tiene la, llamémosle así, intracerebral, que trabaja hasta cuando él no se da cuenta. Para decirlo mejor, sus dotes de observador funcionan incesantemente.

Nosotros los novelistas resultamos por eso, en cierto modo, temibles. En el trato ordinario con las personas, al mismo tiempo que denunciarnos nuestra personalidad, vamos registrando en nuestro cerebro impresiones fidedignas, que nos descubren las almas ajenas con que tropezamos al paso, con quienes cultivamos nuestras simpatías ó contra quienes maniobran nuestros odios. Sin querer, inconscientemente, los novelistas vamos tomando instantáneas, y á medida que éstas aumentan, se enriquece nuestro archivo, donde guardamos trozos de vidas ajenas, visiones de paisajes, ahondamientos de almas. Y cuando al transcurrir los años, frente á las cuartillas blancas que ansían cubrirse de ideas, de imágenes y de ideas, deseamos un tipo que nos sirva para expresar lo que sentimos y queremos, en nosotros encontramos los elementos.

Y muchas veces nos engañamos, creyendo narrarnos una vida, producto propio, y en cambio, sólo escribimos, copiamos algo robado á la realidad. Y os puedo dar un ejemplo inmediato de este funcionamiento interior. Yo, que improviso gran parte de mis conferencias, que vengo ante este público se-

lecto deseoso de cumplir con toda la altura de que pueda ser capaz, una misión; en este momento todas mis facultades, se diría, están al servicio de un objetivo: dar á mis pensamientos una ilación lógica y construir, para que el conjunto resulte armónico; sin embargo, no es del todo cierta esa concentración: mis ojos de novelista, acostumbrados á observar la vida mientras el cerebro funciona y la boca habla, han observado que un caballero que en las conferencias anteriores ocupaba ese asiento en la platea, no ha venido hoy... tal vez ha tenido deberes que se lo han impedido... y que una señora que el viernes pasado lucía un vestido azul, hoy lo trae de otro color... Son observaciones que sin querer guardo y acopio.,.

Y volviendo ahora á un punto inicial, preguntémonos:

¿Qué es una novela?

Stendhal la ha definido pintoresca y exactamente diciendo: «La novela es un espejo que paseamos á lo largo de un camino». Y es así. La novela naturalista no es, aunque pudiera creerse, la observación servil, escueta y brutal, de la realidad de la vida. Eca de Queirós, el gran novelista portugués, ha dicho: «La novela naturalista es la robusta desnudez de la verdad, en toda su magnificencia, mas no está del todo libre de velos y hay que revestirla con un manto de imaginación».

La comparación del espejo es tan exacta, que bastará decir que si miramos directamente y de cerca una cara, vemos los poros, las escamillas, las imperfecciones, mientras que en la luna del espejo, su reflejo vago y azulado, embellece con un tinte de idealidad, el semblante y la figura.

Así debe ser en la novela.

No puedo yo contar cómo se hace una novela sino cómo trabajaban los novelistas en el género más moderno, al que han llegado los pueblos de avanzada civilización. En otra ocasión quizás yo os hable de cómo yo he hecho algunas de mis novelas. Hoy me circunscribiré á decir cómo Balzac, Hugo y Zola, esos tres enormes maestros del pensamiento francés, escribían las suyas.

Señoras y señores: En el último año del siglo XVIII, en 1799, nació en Tours un niño Robusto, lleno de vida. En la pila se le impuso el nombre de Honorato de Balzac. Su padre era un hombre de ley, un oscuro abogado, un gigantón complacido de su fuerza, un hombre que no escribió, es cier-

to, novelas, pero su vida toda es la estupenda novela de una imaginación meridional, exuberante, casi fantástica. Era un hombre que empezó por falsificar su propio apellido. Se llama Bals; lo transformó en Balzac y le antepuso un «de» nobiliario que le autorizaba el pueril orgullo de suponerse descendiente de una raza de héroes, que según sus exageraciones desordenadas, en los mismos comentarios de Julio César, el vencedor de los galos, le dedica algunos de sus hermosos párrafos, de una elegancia clásica.... Aquel hombre vivió en perpetua quimera. Soñó con empresas estúpidas, inventando cosas grandiosas, pero sin sentido. Su hijo, cuando en la «Comedia Humana», ese poema colosal de la existencia contemporánea, nos pinta con garra de maestro, personajes que corren arrastrados por los proyectos que atormentan sus espíritus, sin querer, como sacando de su sangre una herencia en ella diluida, una herencia de tormentos y de ansias, de ambiciones y de sueños, hacía desfilar la figura curiosa, extraña de su padre. (Aplausos).

Y Honorato de Balzac, en mucho, es un retrato de ese personaje.

Bernardo de Balzac era un fanfarrón, presuntuoso de sus propias fuerzas, como lo fué también su hijo.

Contaba el padre, y el hijo repetía,, que siendo pasante de procurador, sentado una vez á la mesa con su principal, éste le cedió una gran perdiz para que la trinchara y él, fuerte como los gigantes de los libros de caballería, cortó la perdiz y, con la potencia del impulso, partió el plato, el mantel y hasta la madera

Esto es posible, agrego yo, pero sería algo menos.

La madre de Balzac era una sencilla mujer, de temperamento frío y discreto, que luchaba con la mezquindad del presupuesto casero para subvenir á las necesidades de la familia. Y de esta unión entre un hombre ardiente é imaginativo y una mujer reposada y positiva, nació el gran novelista, que, si á veces se dejaba llevar de su fantasía exaltada, tenía también ojo certero y frialdad de análisis suficiente para reflejar con fidelidad sus observaciones.

Cada retrato de Balzac es su mejor definición. En una de sus novelas él se definió; mas ello es «posse», retrato algo fic-

ticio para sus lectores. La definición de Balzac está en los retratos pictóricos que hicieron Blancha y Davigne y en un daguerreotipo datado de 1842, cuando esta invención, precursora de la actual fotografía, empezaba á difundirse por el mundo. Ahí vemos á un Balzac tal como fué: pequeño, grueso, fornido, coronado de cabellos aceitosos, negros y aplastados que ocultábanle parte de la bóveda frontal, de ojos pequeños de observador, de nariz gruesa, bajo la cual aparecía más reducido su bigote chinesco, y de cuello taurino. El mismo decía que tenía una constitución y una salud de toro.

Lleva dentro de su cerebro un mundo, y cuando iba trasladándolo al papel dejábalo escaparse en forma tan activa, brillante é imperiosa, que parecía un fanfarrón.

Hablaba siempre y con énfasis de su «yo».

Cuando Balzac era aún un perfecto desconocido, cuando hablaba de sus primeras novelas, sin empacho alguno manifestaba que en este mundo sólo había un hombre que le inspirara celos. Ese hombre era el gran Beethoven. De Beethoven abajo, nadie le preocupaba. Y hecha esta manifestación se quedaba tan tranquilo. El mismo escribía los prospectos de sus obras, las adjetivaba, por lo menos, de soberbias y lograba así atraer sobre su persona la atención. Hizo más. Se dedicó á elegante. Figuraos á Balzac elegante, en una época en que las mujeres con sus vestidos blancos, sus guedejas sueltas, cantaban á Atala, la heroína de Chateaubriand, y los hombres con sus fraques azules de botones dorados, sus largas melenas, pálidos, se declaraban fatales, personajes portadores del dolor. Balzac, señores, terciaba con ellos. Un hombre pequeño, gordo, con un rostro rebosando salud, pretendía también ser un personaje común en aquellas horas de romanticismo agudo. Los elegantes de París se llamaban «leones». En la Opera de París existía un palco donde se reunía un grupo selecto, un grupo que imponía la moda y que se denominaba de los «tigres». El pobre Balzac, apremiado por el trabajo, no tuvo entonces, sin embargo, más aspiración que ser «tigre», hasta que llegó á figurar en el palco de los «tigres». Y de aquel «tigre» se reía todo París.

A un pequeño saboyano que había sido lustrabotas, le compró un uniforme extravagante, lleno de colorinches, poniéndole además un gran sombrero de copa; lo llevaba á modo de secretario y llamábale «Anquises».

En cuanto á él mismo, vestido con extraña afectación, usaba un adorno especial, para atraer sobre sí todas las miradas. Era el adorno un bastón de gran tamaño, especie de cachiporra, tal, que dió tema á Mme. Girardin para escribir su novela «El bastón de Balzac».

Aquel madero tenía un cabo de turquesas, diamantes, esmeraldas, zafiros y otras piedras preciosas de dudosa legitimidad. Y le acaeció á Balzac que una noche, en el teatro de la Opera, en su palco, se le presentó un verdadero elegante, un señor que llevaba un simple junquillo y, de modo que pudiera oírle el público, le dijo: «Permítame que presente á su magestad el Bastón, mi humildísimo junquillo».

Balzac soñaba en ser rico, millonario, con la ingenuidad del novelista, que todo lo ve á través de su imaginación; y para ello se prometió casarse con una dama de la alta nobleza. De esa época datan sus persecuciones á cierta marquesa, que lo paseó á su zaga por toda Europa.

También se dedicó á hombre de negocios—lo que no entendió nunca,—y guiándose por los gustos que él creía ser del pueblo, hizo grandes ediciones de los autores que en realidad, no gustaban. La consecuencia fué que se arruinó, y á sus deudas, que no eran pequeñas, añadió otras muchas, determinándose luego á hacerse impresor.

Como impresor, perdió tiempo y dinero. Sin desmayar, cambió ese oficio por el de fundidor de tipos de imprenta, en el que concluyó por arruinarse. Desde entonces, fué un esclavo del trabajo. Había endeudado su vida. La pobreza fué su constante compañera. Trabajó para restituir capitales que pidiera y que se sumaban más y más por los intereses, intereses usurarios, escandalosos. Vivió para pagar. Era un títán del trabajo. Y sus horas febriles sólo tienen un encanto, un oasis, un rayo de calma en una mujer, una figura interesante, bella, delicada. A esa mujer Balzac le dedica sus mejores frases. La llama «dileta». Aquel burgués endomingado del palco de los «tigres», que era objeto de burlas al cruzar

las calles de la gran ciudad, en el secreto de su cuarto, cuando escribía, tenía frases hondas, de una exquisitez divina, de una delicadeza pura para la compañera dulce y abnegada que le acompañó por muchos años, sumisa, cariñosa, maternal, diré. Aquella mujer, señores, no era una niña. Tenía cuarenta y cinco años cuando Balzac contaba sólo veintidos, y cincuenta y cinco al llegar esa hora fatal de las separaciones. Esta mujer, que corregía sus páginas tumultuosas, poniendo en ellas algo de gracia femenil, necesaria en aquella obra de gigante, era la esposa de un magistrado respetable y tenía la friolera de nueve hijos. Y para ella, si se penetra en la vida interior del artista, es justo le entreguemos parte de la admiración que experimentamos por el padre de la novela moderna.

El amor es tan abstracto, tan complejo y tan difícil en sus manifestaciones, que la mitología y todas las religiones antiguas repeséntanlo como un divino arquero, muy joven, coronado de rosas, de mejillas primaverales y, por ser tan joven, amigo de tratar á todos los seres como juguetes de sus fantásticos caprichos. Realmente, el amor resulta encantador cuando hiere con sus flechas, á la juventud, como él, coronada de rosas, de mejillas primaverales como él, pero también bello y poético cuando hiere los corazones envejecidos. No tiene entonces rosas de primavera sobre la frente; muestra, sí, en el semblante la enternecedora dulzura que ha inspirado ese hermoso cuadro de Alberto Durero, que se llama «La hora melancólica»;

Y me parece ésta la ocasión de hacer notar una vez más como todo lo idealiza el amor. Las mujeres inmortalizadas por los grandes poetas, no han sido—triste es decirlo—tal cual ellos las cantan. Beatriz, del Dante, era una buena burguesa florentina; Laura, de Petrarca, era la mujer de un escribano, y murió después de haber tenido muchos hijos, sin acordarse siquiera de Petrarca, que le dedicó casi todos sus sonetos; Leonor, la dama portuguesa que inspira á Camoens, que éste siguió por todas partes, era una señora que, irritada por los constantes requirimientos del poeta, llegó á quejarse á los reyes para que impusieran silencio á su cantor. Derívase toda esta ficción de que los artistas pintan ilusionados: no lo que es;

acaso, lo que debiera ser..., lo que á todos nos arrebatara de entusiasmo. Y por eso, la historia literaria registra esta aparente anomalía: Juan Jacobo Rousseau, el único escritor sincero, ha sido autor que durante muchos años ha provocado repulsión general.

En literatura, como en la vida ordinaria, hay que callar lo más íntimo, y tal vez lo hacemos así, porque si confesamos todas las ideas que asaltan nuestra imaginación, acabaríamos por sentir lástima de nosotros mismos, víctimas como somos de la impureza material que reviste al espíritu y de la que el espíritu se ve obligado á extraer muchas veces sus goces y sus alegrías.

Aquella mujer, madame de Berny, fué la única inspiradora de Balzac. Ella es su amable consejera, le atendía brusquedades del estilo, introducía modificaciones en sus páginas, sobre todo en las más violentas; como mujer de exquisito gusto, lo alienta y lo pule. Al separarse le dice: «Querido, haz por colocarte en la altura para que todos te vean, pero nunca grites que has escalado la cumbre porque la envidia te devorará. Este consejo no fué seguido. Balzac, el titán perseguido por la jauría de usureros, grita siempre á todos los vientos su genio, sus grandezas. Vive encerrado, prisionero en su cuarto de trabajo; compromete con editores y revistas, novelas, cuentos y artículos y así, como durante veinte años, escribió diariamente dieciocho horas, hubiera vivido siglos, y difícil que sus compromisos se llenaran todos. Balzac se condenó al yunque. Para evitar la tentación de la calle, se vestía con una especie de capuchón de fraile franciscano. Ponía fuera del alcance de sus ojos los trajes de salida, para así evitar se despertaran en él deseos de pasear ó visitar amigos. A las doce de la noche empezaba su trabajo. A las doce del día lo interrumpía para tomar un pequeño refrigerio y volver de nuevo á la carga. A las seis de la tarde cenaba y con la «comida en el pico»—es su frase,—se acostaba. A la media noche, de nuevo se sentaba ante su mesa y volvía de nuevo á sus cuartillas. Esta vida es épica, señores, tiene detalles que asombran y que conmueven. La mesa donde escribía, señores, tiene un canto gastado por el tanto correr del brazo. Y así como los conquistadores hablaban de las tierras con-

quistadas y los grandes generales cuentan sus batallas, sus victorias ó sus derrotas, así Balzac decía orgulloso, refiriéndose á su sillón de trabajo: «ya va el tercero que gasto». Recurría para no desmayar á excitantes, tomaba continuamente café. Todos los manuscritos que se conservan tienen en cada cuartilla como una señal indeleble de aquella lucha contra el cansancio y el sueño, el redondel de la taza de café. Hay no sé qué de inmensamente doloroso en aquella voluntad de hierro, en aquel poderoso creador.

Y cuando este gran hombre, fatigado por el trabajo, asomábase un instante de la noche á la ventana de su cuarto, acodado allí percibía el París dormido, entre las sombras, silencioso, y sentía las sensaciones de su Rastignac, en la novela «El Padre Goriot», y como él, decía Balzac, contemplando la ciudad: «Tú serás mía, algún día te conquistaré». Y aquel gran hombre, pequeño, grueso, feo, con su aspecto de fraile envuelto en su largo ropón, que reía estruendosamente como Gargantúa ó Pantagruel, y parecíase enfurecido á Dantón ó Mirabeau, resultaría de hermosa majestad en aquellos momentos en que contemplaba el París que había de conquistar. Tenía, sin duda, la grandeza inmensa del genio y la fuerza avasalladora del conquistador.

Balzac construía sus novelas de la manera más rara posible. Hoy admiramos toda su obra en conjunto, y vémosla colosal, más cada una de sus obras tiene la deformidad de un protoplasma.

Rodin, el gran escultor, ha interpretado bien al gran novelista. Hay obras de Rodin que no me entusiasman, no me gustan, por no ajustarse bien á las características del personaje que anima con su poderoso cincel. Creo, sí, que cuando Rodin se muestra lógico es al hacer la estatua de Balzac, parecida á un bloque, en algo semejante á una escultura egipcia, á una masa no del todo sacada de la cantera, lo que es el mejor símbolo de la obra de Balzac, informe, pero grandiosa, y que ha sido la fuente en que hemos ido á beber todos los novelistas, los grandes y los pequeños.

Balzac hacía sus libros del modo más extravagante. En muchas de sus novelas no existe para nada la unidad de acción, tan indispensable para la narración. El método le era

desconocido. Escribió novelas en tres partes empezando por la tercera, siguiendo por la segunda y concluyendo por la primera. En su «Cura de Aldea», se pregunta el lector asombrado al terminar el libro: ¿Dónde está el cura de aldea? En verdad, tal personaje no aparece por ninguna parte, pero es verdad también que Balzac, en el prólogo que pone á una de las segundas ediciones de esta obra, manifiesta que los capítulos que siguen son provisionales y que se compromete escribir otros donde aparecerá el cura de aldea. Otro ejemplo nos explicará mejor su completa falta de método. Escribía un artículo para una revista, exigía examinar las pruebas antes de autorizar la publicación y con las pruebas presentes, corregía, añadía personajes, modificaba la acción, agregaba capítulos. El cuento se convertía en una novela corta. Y con las pruebas de ésta ocurría tres cuartos de lo mismo, y no era difícil que las devolviera á la imprenta transformadas en una novela de trescientas ó más páginas. Otras veces, ocurría lo contrario. Y de una novela, podando y suprimiendo, mandaba al editor un cuento corto, reducido. Jamás M. de Balzac sale á la calle sin comprometerse con editores y revistas. Y de su labor sin límites, quedan seis ú ocho obras maestras, obras que han pasado á la humanidad como una herencia de vida y de belleza y que guardan en sus páginas un mundo, donde vibra el sentimiento, donde se agitan las grandes ideas.

Tantas son las obras de Balzac, que sólo su enunciación ocupa catorce grandes páginas en el libro de uno de sus comentaristas. En un año, 1830, compuso 97 novelas y 85 en 1031. Además de sus obras de la primera juventud, que son diez, firmadas con seudónimo, su «Comedia Humana» abarca 95. Y ello sin enumerar sus cuentos droláticos y otras bellas producciones literarias. Debe recordarse que estos centenares de obras fueron escritas en 19 años, ó sea, desde 1829 hasta 1843, lo que da un término medio de 15 novelas por año, y eso que Balzac era incansable en la corrección de pruebas, hasta el extremo que las corregía repetidamente. Por ejemplo, no ordenó editar su «Pierret», hasta que corrigió las pruebas 27 veces. Era que cambiaba á cada momento los rasgos, las características, los episodios de sus protagonistas, por la exuberancia desbordada de su imaginación.

En la novela universal, Balzac representa el Precursor, el Mesías. Es el primer escritor naturalista. Antes de él existían novelistas magistrales, como lo testifica nuestro Quijote, para no citar más. Pero en la novela antigua, como en la pintura clásica, sólo las figuras tenían valor, no el paisaje, el ambiente.

El primero que hizo hablar á la naturaleza y le infundió su alma, fué un poeta de ternura, Rousseau, quien en sus confesiones, al describirse pobre y humilde, pasando por un camino de Saboya, detiénese á oír el canto de una alondra. Y, como dice un crítico, «la alondra que Rousseau oyó cantar fué la precursora de las descripciones de la naturaleza en el arte».

La obra de Rousseau en este sentido, fué completada por un maestro, no de la novela, sino en describir la naturaleza. Ese maestro fué Chateaubriand, que puso un alma al paisaje, á los árboles, á los ríos, á las rocas, y escribió páginas admirables, pero ninguno llegó como Balzac á rayar á mayor altura. Es el primer maestro que describió el ambiente y los hombres, que abre un período nuevo, donde todo se penetra armonizándose. El es el gigante que sin descubrirse recorre todos los caminos. Su imaginación desordenada le permite cumplir la tan compleja empresa. La época le ayudó. El la encarna y la siente. Francia, al principio del siglo XIX, pudo ser madre de Michelet, de Hugo, de Dumas, de soñadores como Fourier y Saint-Simon. Los artistas vivían en plena explosión de grandezas, en un período de sucesos mágicos. Cuando niños escuchaban de labios paternos los relatos de la gran revolución; mientras concurrían á las escuelas veían empaquesadas las calles, oían las campanas anunciar alborozadas victorias lejanas; en las esquinas veían fijados carteles que decían de la epopeya cantada por el ejército francés en su loca y gloriosa campaña contra Europa... Pasan los días. De pronto París se ve invadido por jinetes extraños de largos cabellos, cabalgando malos rocines. Son los cosacos. Ha terminado la comedia heroica. Llega la bochornosa reacción de los Borbones. Los espíritus se concentran. Y se vuelcan en sus libros. Eso nos explica el por qué Balzac no creyera en lo imposible. Guardaba en su cerebro el desfile estupendo

de grandes heroicidades. En su escepticismo hay un cariño, en su espíritu vive un ídolo á quien adora. Ese ídolo es Napoleón, el gran corso, el emperador soberbio. Y Balzac lo siente. En su estudio hay una pequeña estatua del vencedor de Marengo que tiene debajo esta inscripción de puño y letra del autor de «El Padre Goriot»: «Terminaré con la pluma lo que éste comenzó con la espada»...

Y seguiré ahora hablando de las manifestaciones extraordinarias, acaso grotescas, de la imaginación excesiva de Balzac. Como ya he dicho, todos los novelistas nos engañamos al ver la vida ordinaria, la realidad, y diría que somos embusteros, inocentemente embusteros.

Así, Balzac resultaba una especie de niño grande, extravagante. Todo su deseo era tener una casa, y esto no es raro, pues en el fondo de todo novelista hay un constructor, que desearía verse en posesión de un pequeño palacio para trabajar á su gusto. Y casi todos los novelistas que tienen una casa han agotado allí, llenándola de primores, una fortuna. Son unos pobres diablos que no tienen sino eso. Balzac, aumentando sus deudas, consiguió en Ville d'Abreu una casa propia, que había de immortalizarse después con un acontecimiento notable. Diríase que esa casa estaba destinada á la notoriedad, así como aquel que empezó provocando la risa de París, había de terminar provocando sus lágrimas.

En este mismo hotel, señoras y señores, que hizo construir Balzac, muchos años después, en esa misma época, sonó un día un tiro. Se vió en un cuarto á una mujer hermosa mesarse desesperada los cabellos. Y sobre la cama un hombre de melena negra que se debatía en los estertores de la agonía. Aquel hombre era el presidente de la Cámara Francesa, era el orador que entusiasmaba, arrastrando las muchedumbres. Se llamaba León Gambeta. Moría, no se sabe, ni se sabrá quizá nunca, si víctima de un accidente ó suicida, en la misma habitación donde el gran Honorato escribió sus mejores páginas.

Y por quince años excitó la risa de la prensa de París. En su casa se daban espectáculos que lindan á veces é irrumpen otras en el terreno de lo grotesco. Balzac invitaba de tiempo en tiempo á sus relaciones. Pobre, pero megalómano,

chocaba al visitante en aquellos cuartos desprovistos de mobiliario, leyendas escritas con carbón en las paredes y en los pisos. «Aquí colocaré un Rubens», rezaba una. «Sobre este piso se pondrá una alfombra de Persia, comprada á los mercaderes de Damasco», decía otra. «De esta pared penderá un cuadro de Rafael». Eran leyendas de lo que Balzac, en su manía de grandezas, soñaba comprar cuando llegara á ser rico. Y en realidad, sólo en la casa se encontraba una mala mesa revuelta, un viejo sillón, varios muebles pobres y un busto de Balzac, regalo de David d'Angers, del que enamorado el creador de «La investigación de lo absoluto», se le antojaba á cada instante no recibía de frente la suficiente luz y cambiaba á cada rato el busto, que pesaba tonelada y media, y á un pobre hortelano, su único sirviente, traíalo loco á fuerza de llamarlo para que le ayudara en la traslación del artístico y pesado adorno.

Cuando Balzac tuvo algún dinero, su casa fué tema de leyendas. Por ejemplo: un día que Victor Hugo, invitado siempre á almorzar, se decidió visitarlo, fué sorprendido—aunque conservara su gesto inmutable—por los esplendores imaginarios que Balzac veía en su posesión. Paseando por el jardín, Balzac enseñó á Hugo un gran nogal. «Va á producirme diez mil francos por año», le dijo. Y al contestarle el gran poeta: «¡Muchas nueces tendrá que producir!», agregó el satisfecho dueño de la casa: «Antiguamente, siguiendo un privilegio de época feudal, los vecinos venían á depositar basuras al pie de este árbol. Yo adquiriré el privilegio de nuevo y obligaré á los campesinos á usar las basuras para abonar, lo que me dará la ganancia indicada».

Además, había imaginado otro negocio, de 400.000 francos. Tenía el propósito de plantar 20.000 bananeros en el jardín de su casa, que era á lo sumo del tamaño de este teatro, y en que no cabían ni doce bananeros.

La vida de Balzac es como una novela.

Discurrió sinnúmero de industrias. Aborreciendo á la sociedad, porque no protegía á los literatos, anunció que iba á dedicarse á comerciante, para vengarse de la sociedad, y que pondría una «Tienda de Honorato Balzac y Compañía». Gautier—agregaba—será dependiente, y en la caja estará Mme. George Sand, para cobrar las cuentas.

Dentro de su estado de ilusionista, Balzac tenía momentos de lucidez é iniciativas originales. El primero, quizá, á quien se le ocurrió la idea de los «trust», fué Balzac. Y así decía: «Voy á comprar madera de Rusia, la pondré á precio de consumo en Francia, y haré un gran negocio. Supongo que ganaré catorce millones de francos». Como de costumbre, en todas sus empresas comerciales, dió participación á otro, á Henri Monier; en este proyectado y colosal negocio, le prometió siete millones, ó sea la mitad de sus futuras ganancias.... y en seguida le pidió prestado cinco francos á cuenta.

Otra vez, á pesar de sus negocios fantásticos, acertó bien. Haciendo un viaje de exploración por Cerdeña, vió las inmensas minas de plata, y el también inmenso montón de escorias, ocurriósele que no eran tan perfectos los procedimientos de extracción antiguos, pues la escoria conservaba grandes residuos del precioso metal, y que sometida á tratamiento mejor, podrían utilizarse grandemente esos residuos.

¡Figúrese la impresión que causaría á los banqueros franceses, la noticia que les daba Balzac, con su aspecto atolondrado, de loco! Riéronse, casi se burlaron de él. Pero Balzac insistió, hablando públicamente de ese gran negocio, y cuando dos ó tres años después volvió á Cerdeña, encontróse con que una compañía inglesa estaba ya explotando las escorias!

Honorato Balzac, por regalo de algún amigo, poseía un bote de té, según él; milagroso. Cuando lo tomaba en rueda de visitantes, adoptaba el aire de gran sacerdote de alguna religión asiática. Contaba que era un regalo de un gran mandarín chino, entusiasta lector de sus novelas. Al así decirlo, daba á entender que sus obras se habían vertido al idioma del Celeste Imperio y que contaba con lectores en el Extremo Oriente; que ese té era cosechado por vírgenes chinas vestidas de blanco, en las primeras horas de la mañana; que lo recogían cortándolo con hoces de oro, mientras el rocío aún brillaba en sus hojas, y que sólo en el mundo lo saboreaba el Emperador de la China, Balzac y sus invitados. Y agregaba que no se podía tomar sino dos tazas de la infusión. El que tomaba tres, quedaba irremisiblemente tuerto; el que se atrevía á cuatro, ciego. Y á fuerza de repetir estas cosas extravagantes, llegó á convencerse de que

su té era realmente milagroso, que tenía para el bote que lo encerraba cierto temor religioso, y jamás se atrevió á tomar en una noche más de dos tazas.

En su eterno afán de ser rico, Balzac llegó á realizar en parte sus propósitos.

Es una ventaja para el novelista, que no ve directamente como autor dramático, el éxito que da el público á sus obras, recibir carta de admiradores, y más aun, de admiradoras, que lo estimulan en sus tareas.

Las más de estas cartas suelen ser femeninas, porque la mujer siente con frecuencia la necesidad de confideciar con el hombre y tener un director de su inteligencia y de su alma. En esa necesidad está basada la confesión, en las religiones. Y hoy, en la vida moderna, un novelista, por ejemplo en Francia, es un director espiritual.

Balzac recibía numerosas cartas. La duquesa á quien persiguiera inútilmente, divertíase en mandarle muchas esquelitas anónimas. Y una vez, otra señora de una gran fealdad, por cierto, que le escribía á menudo, le dió cita en un baile de máscaras de la Opera.

Al ver llegar y adelantarse hacia ella á Balzac, se levantó el antifaz, dejando ver su antipática fisonomía al gran novelista, que salió corriendo del teatro.

En la vida de Balzac hubo una correspondencia que influyó sobremanera en él.

Un día, un editor entregó á Balzac una larga carta, escrita con pluma ágil, una carta interesante. Llevaba una firma: «La extranjera». La leyó. Contestóla. No tardó en llegar la repuesta. Y así inicióse una correspondencia que duró 14 años. Y Balzac, que necesitaba producir y producir, durante días, semanas, meses y años, fué robando tiempo á sus novelas para escribir cartas que, luego reunidas en un volumen admirable intitulado «Cartas á la Extranjera», constituyen un libro lleno de bellezas. Al principio luchó para saber quién era aquella mujer, é insistiendo, venciendo pudores femeninos, pudo saber que se trataba de una especie de princesa polaca, mujer de alguna edad, casada, inteligente, amante de la literatura. Balzac sintió por ella simpatía, verdadero cariño. Pidió una conferencia con frases apasionadas y ella negábase siem-

pre á acceder. No podía abandonar Polonia. Pero al fin acordaron que en un cierto día de un cierto mes, se encontrarían escena sentimental y grotesca á la vez. Habían convenido en que la señora llevaría una sombrilla azul y se mostraría en un banco leyendo un libro de Balzac. «La extranjera» se sentía conmovida. Iba á ver al gran artista, al gran escritor. A cada persona que se acercaba se cubría con la sombrilla. De pronto vió que entre ella y el sol se interponía un bulto, un hombre pequeño, grueso, con un enorme sombrero de copa, con la levita desabrochada, con calcetines llamativos de color rojo. Se sentó con un movimiento desordenado y empezó á hablarle con voz fuerte, áspera. Era Balzac. Al principio le fué antipático, pero ¡oh, poder del arte! Mad. Haskar misma lo confiesa, á media hora de conversación se vió subyugada por aquel hombre superior.

Transcurren los años. Un día recibe Balzac la noticia del fallecimiento del esposo de la Haskar. Corre á Polonia. Se cree príncipe ruso, saboreando que tiene á sus órdenes tres mil esclavos. Allá lo esperan nuevas contrariedades. El zar no consiente en el matrimonio de la Haskar. Esta se ve obligada á renunciar á la herencia en favor de sus hijos, se reserva una módica pensión. M. Balzac en Polonia se considera gran señor.

La superproducción en Balzac lo hacía olvidar de la vida. Este hombre vivía en ocasiones como ensimismado. Se cuenta que un día el novelista Jules Sandeu fué á visitarlo. Balzac se hallaba entregado á la labor, escribiendo las mejores páginas de su novela famosa «Eugenia Grandet». Sandeau llegaba apesadumbrado. Una hermana, á quien quería, en la noche anterior había corrido peligro de muerte. Se hallaba enferma de cuidado. Balzac escuchó durante largo rato á Sandeu. De repente lo interrumpe para decirle: «No hablemos de cosas fantásticas, hablemos de la realidad, hablemos de Eugenia Grandet». Al defecto de la superproducción debemos añadir el de escribir de noche. La noche influye en la labor literaria. Altera las dimensiones de los objetos. Víctor Hugo lo demuestra en «Los Miserables», cuando Cosette sale de la posada en busca de agua y cruza el bosque, que se le ocurre poblado de fantasmas. Verdad que el caso del novelista es bien dis-

tinto, pero, sin embargo, no del todo libre de la influencia de la noche. Cuando el silencio reina, cuando las sombras cubren la tierra, todo se agranda, todo parece alterarse: las líneas se hacen irregulares, los contornos se agigantan, la vida se ve de muy distinta manera y se la siente también distintamente.

En un banquete que le dieron nobles y rudos señores polacos, del campo, Balzac hablaba de que era un escritor popularísimo. Entonces uno de los señores sacó la cabeza por una ventana desde la cual se veía la campiña, y preguntó á los mujiks más próximos: ¿Conocen ustedes á Honorato de Balzac? Los mujiks, por toda contestación, encogiéronse de hombros, y agregó el comensal volviéndose al escritor: «Ya ve usted que no es popular».

Sin embargo, él alegó que una vez, comiendo á la mesa de una gran señora, al decirle á la criada: «Sirva al señor Balzac», la criada, estupefata, dejó caer la fuente al suelo. Todo esto pasaba en 1847.

Balzac, á los 48 años de edad, sintiendo ya su salud, aunque no su espíritu, algo decaída, contrajo matrimonio con Haskar, con la extranjera.

Tres años después, estando Balzac en París, Víctor Hugo recibió un día, mientras cenaba, un mensajero que, de parte de su amigo, le dijo: «El señor Balzac lo espera en su casa, está moribundo y lo llama, porque si no, ya no le verá usted más». Víctor Hugo fué, y cuenta en sus memorias su visita á esa casa, de un lujo raro. Allí, en una cama imperial, encontró á una especie de Budha, un Budha corpulento y negruzco, cuya respiración sorda y entrecortada resonaba como un fuelle. Acercósele y, al ver que no lo reconocía, «¡Honorato! ¡Honorato!», le dijo, dándole un ligero apretón de manos.

Pero Balzac no respondió ya. Acababa de morir, víctima de una enfermedad al corazón. El abuso del café, la superproducción diaria y forzada, tal vez las contrariedades de haber llegado á la riqueza demasiado tarde, habían acabado con su existencia.

Víctor Hugo dice también que al lado del lecho del muerto vió á una mujer. No era la princesa, que estaba entonces lejos de allí, no era la extranjera, era la parisiense, la madre

de Balzac... ¡La madre, señores, la que no falta nunca, la que representa el verdadero amor, acaso el único amor eterno!....

Y así acabó el gran Balzac. Es él una de las cumbres del pensamiento humano. Todos los que escribimos somos hijos ó nietos de la obra que él hiciera; la continuamos sin completarla.

Uno de sus continuadores es Víctor Hugo, quien tiene el encanto de ser poeta de Francia y poeta español. En sus producciones hay mucho de español, aunque en sus pretensiones hispanófilas llegara hasta el disparate. Por ejemplo: en su «Hombre que ríe», cada capítulo se inicia con un lema tomado de autor extranjero, y entre esos autores, muchos son españoles. En un capítulo, como acápite, escribe: «Buenos días», y debajo, Calderón de la Barca. Hubiera podido poner: «Expresiones á la familia», Lope de Vega. Este autor...

QUINTA CONFERENCIA

Víctor Hugo

En la conferencia anterior hablé del gran Honorato de Balzac, y al terminarla prometí ocuparme en la de hoy de Víctor Hugo, de su personalidad y de sus obras, que llenan todo un siglo en la historia de la literatura y lo resumen. Al finalizar el siglo XVIII, el gran Napoleón, árbitro de los destinos de Europa, aparece como una nueva fuerza llamada á cambiar los rumbos de la Europa y de la humanidad. Napoleón aparece dando cortes en el mapa del mundo antiguo, creando naciones, mudando monarcas, colocando como reyes á los soldados que le acompañaban en sus homéricas campañas. Y aquel gran hombre cuyo nombre solo llenaba el mundo entero, no tenía sino una preocupación: la de encontrar un poeta. Napoleón no fué francés, sino por haber nacido en Córcega un año antes de su anexión. Pero su alma, su carácter, su fogoso temperamento revelan al italiano del renacimiento, fogoso, lleno de vida y entusiasmo.

Nadie ha definido mejor á Napoleón que aquel Papa conducido desde Roma al palacio de Fontainebleau. Aquel Papa, al discutirle y amenazarle ese César Victorioso, considerábalo con sonrisa altiva, como á un ciudadano compatriota. Cuando Napoleón se esforzaba en convencerle, le murmuraba: «comediante». Cuando esforzábale en aterrorizarle, le decía: «tragediante».

Napoleón tenía mucho de artista. Deseoso de gloria, á la vez cómico y trágico. Su apostura era la de un actor en escena y su público un gran pueblo.

Napoleón pedía, pues, como ya he dicho, un poeta. En sus memorias se lee que cuando entrevistábase con el Ministro de Instrucción Pública, le preguntaba: «¿Hay entre los jóvenes un poeta que pueda cantar mis hazañas?» Y el ministro contestábale negativamente. Y es que los poetas no se improvisan. Napoleón podía hacer de un mozo de mulas un grande de la nobleza, y de un simple soldado, Bernadotte, un rey de Suecia, pero no podía hacer un poeta.

Los grandes poetas aparecen después de los grandes sucesos históricos, y así la Poesía es como el relámpago que brilla cuando ya el rayo ha fulminado. Así, durante el transcurso de la Revolución Francesa, cuando la guillotina cortaba cabezas á granel y ocurría á cada momento una catástrofe, los poetas seguían componiendo églogas pastoriles. Y durante el Imperio, los poetas solamente entonaban buenas cantatas.

Napoleón no encontraba un poeta. Y, no obstante, cuando él parecía querer fabricarlo de «real orden», existían ya los poetas que él soñaba. Sólo que acababan de nacer; como Víctor Hugo. Había de cantar más tarde su famosa oda á la «Columna de Vendome», pero tenía tres años entonces é iba siguiendo á la zaga de los ejércitos en que figuraba su padre, general de Napoleón. Cual Alfonso de Lamartine, niño de familia real, que en esa época vivía en Saboya; y cual Enrique Heine, niño también, residente en una ciudad de Alemania, y que cuando veía al emperador atravesar jardines á caballo, asombrábase de que pudiera hacerlo, malgrado estar prohibido por las ordenanzas municipales. Nada indicaba que Heine habría de ser un gran cantor de la figura de Napoleón.

Había en aquella época un soldado austero, altivo, que precisamente por estas condiciones había hecho mucho camino en su carrera militar. Era el coronel Hugo, cuyo tercer hijo fué el que más tarde llegó á ser el poeta inmortal. Cuando nació este último nadie creyó que pudiese sobrellevar su vida, tan pequeño era. Y el mismo Víctor Hugo cuenta luego ingenuamente en sus memorias que su padre sabía decirle que no era más grande que una mano de almirante. Sus hermanos miraban con miedo al pequeño monstruo que acaso no era sinó un producto de su época, de aquella época en que las familias

llevaban una vida extraordinaria. En Francia no quedaban sino niños y mujeres. Los hombres estaban más lejos de las fronteras, luchando y combatiendo. Los hijos, pues, como quien dice, se engendraban entre campaña y campaña, nerviosamente. De esta suerte y por estas causas hubo numerosas familias como la de Hugo, mezclas de genio y locura, pues Eugenio, hermano del poeta, murió loco y todavía su hija se encuentra, con la razón perdida en una casa de salud de París. Víctor Hugo fué un genio, pero una simple acentuación nerviosa hubiera bastado para quitar á la humanidad el intenso placer de leer sus obras. Por eso Víctor Hugo tiene en sus visiones constantes irregularidades que desconciertan. Pero lo que en él más asombra es la pluralidad de sus vastos conocimientos, pues no hay otro escritor que como él haya abarcado más asuntos agregando su gloria á la gloria de Francia.

Todo lo fué Víctor Hugo: poeta lírico, novelista, dramaturgo, poeta épico, político, orador, agitador, revolucionario... Y profesó todas las doctrinas que agitaban á Francia al iniciarse el siglo XIX. Comenzó cantando al rey, á pesar de haber luchado su padre en la revolución del 93, y ser general de Napoleón.

Fué Víctor Hugo realista volteriano, como su madre, creyendo más en la monarquía que en la Religión; y se transformó luego en monárquico católico, y después en católico practicante.

Antes de la revolución de julio, antes de que cayeran los Borbones, ya es bonapartista, y poco más tarde canta las glorias de la Francia en su Oda inmortal. En los últimos tiempos de la monarquía, de Luis Felipe, es republicano burgués, enemigo de las clases obreras. El mismo recuerda que en 1848, al incitar á las tropas del gobierno para hacer fuego sobre el pueblo exclamaba: «Donde veáis una blusa azul tirad y habréis matado á un enemigo de la República». Después, cuando reina Napoleón III, ama al pueblo, comprende los sentimientos de los que sufren y reviste ese carácter de republicano socialista, de profeta del porvenir, que lo circunda como de una aureola...

Lo fué todo, sostuvo todas las ideas y nadie pudo acusarlo de apóstata. Sí, Víctor Hugo era una lira que vibró

á todos los vientos, al unísono de todas las grandes pasiones de la humanidad.

Apenas hace 26 años que murió. El día en que pasó su cortejo fúnebre por las calles de París, vióse bien lo que había sido. Acompañaban el convoy hombres de todas las creencias y de todos los partidos, y cada grupo repetía frases del poeta: los católicos, sus versos de la primera juventud dedicados al Crucifijo; los monárquicos, sus estrofas al rey; y las sectas, y los espiritistas, y la masa popular, todos recordaban con entusiasmo algo escrito por Víctor Hugo.

Las obras de Víctor Hugo fueron obras de las circunstancias y de cada momento. Hay quien cree que el arte debe ser como un punto en la guitarra, olvidando que si el arte tiene su razón de ser es porque el arte es eminentemente social y debe ir unido á todas y cada una de las aspiraciones de la humanidad. Víctor Hugo no se encerró en su torre de marfil como esos artífices que desdeñan mezclarse con el pueblo. Sus obras, lo repito, fueron obras de circunstancias, y Goethe ha dicho que las obras más grandes que la humanidad ha producido han sido obras de circunstancias. La humanidad es la que más tarde, dando su juicio, los inmortaliza ó no. La Divina Comedia, por ejemplo, no es sino un poema político lleno de detalles y noticias de las luchas de aquellos tiempos entre Güelfos y Gibelinos y el mismo Don Quijote de Cervantes no fué sino una obra de circunstancias; había en aquellos tiempos la manía de los libros de caballería y contra los libros de caballería escribió su obra. Lo demás que hay en el libro, lo hemos puesto nosotros: es la salsa, el aderezamiento del comentario. Con Víctor Hugo ocurre lo mismo. Todas sus obras son hijas de las circunstancias, inclusive los primeros versos que bajo el título de Orientales escribió con objeto de ayudar á los griegos que en aquellos momentos luchaban denodamente por su libertad.

Víctor Hugo, como poeta, decía:

Yo te amo, ¡oh simple Naturaleza!
y quisiera absorberme en tí;
pero en este siglo de aventuras,
cada uno se debe á mil.

Y por eso, como hombre, fué político, de circunstancias también, siempre cual debía serlo.

Otros escritores han querido intervenir en la vida de su patria, sin que obtuvieran resultado. Por ejemplo: al hablar de Balzac, en la anterior conferencia, me olvidé de consignar una anécdota de aquel niño grande de inmenso talento. Balzac pretendió ser político. Como todo lo hacía fastuosamente, adoptó por secretarios á dos condes, tan arruinados y fantásticos como él. Llamábales mis «ayudantes de órdenes». Los utilizó en una propaganda, llegando á poder presentarse dos veces como candidato á diputado. Y ni aun le ocurrió, como á un personaje de zarzuela española, que al ver dos votos en su acta preguntaba si detrás del 2 no había ceros. A Balzac diéronle el acta en blanco. Pero no se desalentó, y dijo á sus ayudantes: «Está visto, yo no podré debutar en la política, sino como ministro. A ministro sí que llegaré». Y tampoco fué ministro.

Volviendo á Víctor Hugo diré, sin analizarlo como político, sino en general, que su principal mérito consiste en haber llegado á la vejez, á edad avanzadísima, que suele convertir á los grandes poetas en bardos del futuro, hasta el extremo de haberse algunos immortalizado con una sola obra, en otros tiempos. En esta época, ello es más difícil, aunque sigue siendo una de las mayores condiciones para merecer el título de gran padre de la literatura haber arribado á la ancianidad. No suele alcanzarse, pues, la gloria con una sola obra. Y antes de que la prosperidad levante el monumento, cada autor se apoya ya en una pila de volúmenes.

Víctor Hugo, como Ibsen, como Tolstoi, llegó á una edad extrema. Por eso nosotros recordamos el Víctor Hugo anterior al año 48. Viendo el busto que le hizo David d'Angers, no le reconocemos. Aquella enorme cabeza juvenil, de pelo negro, de prominente arquitectura frontal, de ojos de fuego y boca de labios contraídos en expresión severísima, nada dice á nuestro recuerdo. El Víctor Hugo que conocemos es el viejo, aspecto de marino, cabellos blancos cortados al rape, ojos paternales y barba también blanca y enérgica, que el pintor Bonna ha immortalizado en el grupo con sus nietos Jorge y Juana. Aquel Víctor Hugo que yendo de paseo por los bulevares de París encuéntrase con un mendigo ciego, de esos que llevan un cartel, y sin lazarillo, abandonado á su desgracia,

sin una moneda en su sombrero extendido. Lo ve el gran poeta, lo acompaña, llévaselo á un café, y en su cartel le escribe:

«Es ciego, como Homero y Belisario,
tiene un palo por único sostén;
la mano que socorre al desvalido,
él no la verá nunca, Dios la verá por él!»

A las dos horas de llevar el cartel con esos versos, el mendigo llenaba su sombrero de monedas, y vendía el cartel mismo por una suma de francos que le constituía una pequeña fortuna

Para comprender toda la energía de este poeta, necesario es hablar algo de su infancia. Con los grandes escritores, necesario es hacer como se hace con los personajes de las novelas: detallarlos, pintarlos y bosquejar el ambiente en que se mueven. Víctor Hugo era—permítaseme el galicismo—un niño de tropa. Abrió sus ojos á la luz de la vida, en un momento en que en el mundo sólo se oía el tiroteo de los fusiles y el tronar de los cañones. Cuando no podía darse cuenta de nada, fué llevado de Francia á Córcega, regresando luego á Francia, porque su padre debía marchar con Napoleón á Nápoles. Desde Nápoles el padre llamó á toda la familia y Víctor Hugo, en sus memorias, al recordar este periodo de su vida, cuenta emocionado su pasaje por los altos Alpes, entonces tan infranqueables que su sólo paso daban una hazaña enorme á Napoleón, y recuerda á los monjes del convento de San Bernardo, con sus perros salvadores. En sus narraciones recuerda cómo un día llegó el pesado carruaje hasta la cabaña de un salvaje leñador. Víctor Hugo, con apetito devorador, pidióle á aquel hombre algo que comer, pero el leñador en todo el día no había cazado sino un águila, de la que el niño se comió las patas. En este episodio de la vida del autor de «Los Miserables», un poeta simbolista podría desarrollar un hermoso tema: el águila de la literatura comiendo al águila de la Naturaleza, animal noble en el que se personifica la fuerza y el poder. Continúa luego Víctor Hugo su viaje y recuerda el imponente castillo de Milán y una inmensa iglesia donde su madre solía llevarle á adorar un gigantesco San Pedro, del que recuerda perfectamente que su dedo grueso del pie, por los besos en el depositados por millares y

millares de generaciones había quedado más pequeño que el dedo meñique. Recuerda á Nápoles con sus paisajes sonrientes y con su inmensa bahía, tan poética, el mar, el palacio donde vivía su padre y donde él pasaba su vida en el mayor de los placeres: sin maestros, sin lecciones, correteando y jugueteando libremente en medio de la Naturaleza.

La ida de Bonaparte á España originó un nuevo viaje de Víctor Hugo y un nuevo regreso á París.

Decía yo hace un momento que se comprende hayan nacido en la época de la infancia de Víctor Hugo hombres de cerebros extraordinarios, porque los sucesos de aquel período histórico no pueden considerarse comunes.

La infancia de Víctor Hugo abunda también en sucesos extraordinarios. Madame Hugo, al trasladarse á París, habitó un convento, donde no estaba sola con sus hijos. En la sacristía conventual habitaba un señor que vivía misteriosamente allí, sin salir nunca. Víctor Hugo se encuentra siempre durante sus juegos con aquel señor, que con sus brazos fuertes de soldado lo echa en alto y lo barajaba en el aire. Su madre le dice: «Es tu padrino». Cuando Víctor quiere que lo lleve á la calle, su padrino se niega. El niño ama á ese hombre de guerra, de tez cobriza y ademanes resueltos. Un día, mientras la generala Hugo come con sus hijos, entran unos hombres, preguntan por el general Lahori, y el padrino de Víctor dice: «Yo soy», y se entrega. Este general, compañero de armas del padre de Víctor Hugo, cuya sonrisa constituía su encanto en su retiro, era considerado como un criminal, porque conspiró contra Napoleón. Después de salir del convento el general Lahori, Víctor ya no lo vió más. Al día siguiente, un tiro hacía caer en la muerte al pobre recluso, dejando una impresión imborrable en el ánimo del niño.

Inolvidable recuerdo dejó también en Víctor Hugo el pueblo de Hernani, que vió por primera vez al viajar su madre á España, y cuyo nombre dió por título después á su primer drama. Recorriendo Burgos, le impresiona la catedral, y esa especie de buho que sirve para indicar las horas, denominado vulgarmente el Papamoscas. Quizá ese simple espectáculo le reveló la idea de lo grotesco, que une en sus obras tan frecuentemente á lo majestuoso y lo dramático, la conjunción de

lo ridículo y lo sublime, y de ahí surgió su teoría del romanticismo.

Establecida su familia en Madrid, se vió sometido á férrea disciplina por su padre, quien lo hizo ingresar en el célebre Seminario de Nobles. Allí él y sus dos hermanos eran los únicos franceses. Los demás españoles, que por cobardía ó por afrancesamiento resultaban partidarios del rey intruso, de José Bonaparte. Y en ese colegio Víctor empezó sus estudios de latín y de literatura española con dos curas, sus maestros, don Basilio, alegre y grueso, y don Manuel seco y huesudo, que recuerda con cariño en sus «Memorias».

La vida era difícil en aquella época agitada y no se podía salir á la calle sin tropezarse con soldados y correr peligro en las guerrillas.

El rey intruso creía que sólo se contentaba al pueblo español con la diversión de las corridas de toros.

Y se daba entonces el caso de que á aquellas corridas nadie concurriese y que los granaderos saliesen por la calle de Alcalá á objeto de llevar con el empuje de sus ballonetes á los transeúntes que encontraban, hasta el interior de las desiertas plazas de toros. Por complacer á aquel pueblo, que creía inmensamente católico, Bonaparte fingió hacerse católico. Cuando llegó á su palacio en Madrid, fatigado por el viaje, los palaciegos se apresuraron á ofrecerle sus servicios. «¿Desea refrescar su majestad? ¿Desea cambiar ropa? ¿Desea descansar?» Y Bonaparte contestó: «No. Lo que deseo y lo que necesito es oír una misa...» Bonaparte había olvidado que eran las cuatro de la tarde.

Esta vida de la Francia dentro de la España era insostenible, y en previsión de mayores accidentes, el general Hugo envió á su esposa y á su hijo á París en un largo y pesado convoy que fué saludado con los primeros tiros de los fusiles de las guerrillas españolas.

A la llegada á París nuevos sucesos se desarrollan, sucesos que influyen poderosamente en el ánimo del joven Víctor. Un día, al despertarse, escucha algo como truenos, y al ver que el cielo estaba claro y límpido interroga. Se le dice entonces que aquellos truenos no son sino el cañoneo de los aliados, que están ya á las puertas de París.

Desde ese momento, un nuevo cambio se produce en la familia Hugo. La madre, fervorosa realista, que hasta entonces había transigido, se muestra tal como es, con sus ideas de antes, y ante esta oposición en la manera de apreciar las cosas, el matrimonio se disuelve, por separación de los cónyuges. Cuando se le habla al general Hugo de los ideales que su hijo ha abrazado, exclama: «Mientras sea chico, pensará como su madre; cuando sea hombre, pensará como yo».

En un colegio de París fué donde Víctor Hugo, por vez primera, sintió necesidad de escribir, de trasladar al papel sus pensamientos y sus impresiones. Ni Víctor Hugo sabe en qué momento le ocurrió aquello, ni ningún poeta recuerda el primer instante en que sintió la necesidad de ser poeta. Lo cierto es que un día asombró á sus maestros cuando éstos leyeron en la primera página de uno de sus cuadernos de deberes, esta frase: «Seré Chateaubriand ó no seré nada».

Un día, la fila de los alumnos del colegio donde el joven Hugo se educaba, iba marchando por la calle. Hugo, al lado de un modesto pasante, conversaba de sus sueños juveniles. Manifestábase que tenía unos versos escritos y que sabía que la Academia tenía destinado un premio para la mejor composición poética que le presentasen, y quería saber cómo debería hacer para presentar los suyos al seno de la docta corporación.

De pronto la fila de los alumnos pasa por el edificio ocupado por la Academia. Víctor Hugo, acompañado del pasante, penetran al interior de ella, saludando gravemente á los porteros, á quienes toma por académicos. Después de una peregrinación por el edificio, logra entregar al secretario de la corporación aquellos versos, que no fueron premiados con el primer premio, porque se creyó que lo que se decía acerca de que eran escritos por un joven de 15 años era una broma de mal gusto. Por eso sólo se le dió una mención. Tuvo, pues, así Víctor Hugo en estas circunstancias su primer momento de gloria y su primera iniciación en la fama.

La historia literaria de Víctor Hugo empieza después de muerto su padre, al encontrarse huérfano y en la mayor pobreza.

Muchos de ustedes habrán leído «Los Miserables». Allí

Mario, el joven soñador que arrojado de su casa va á vivir en una triste bohardilla, preocupado siempre de hacer imposibles economías para subsistir, es en este último aspecto un trasunto del propio Víctor Hugo, que, falto de dinero, habitaba una bohardilla de la calle del Dragón. En esa época, un día, su hermano Abel, militar y de algunos recursos más que él, le hace publicar sus «Orientales». El papel del folleto, de tan rústico, era casi negro, y en la carátula un vaso con una serpiente, en símbolo de la Envidia, parecía más bien un mortero emblemático de botica.

El editor fijó el precio del libro en francos 3,50. Quedábase con los 3 francos, y daba los 50 céntimos á Víctor Hugo. Así es, que cuando el poeta consiguió 750 francos como importe de sus versos, se creyó con una fortuna.

Y le ocurrió algo más halagador. Acababa de imprimir la obra, pasó frente á una librería un viejecito, lector del reino, lector de Luis XVIII, y compró ese libro por no saber cuál comprar.

El rey miró el libro, impresionándose mal por su aspecto, y al oír su lectura se embelesó, hízose repetir estrofas que le deslumbraban y averiguando quién era su autor, premió á Víctor Hugo con una pensión de 1000 francos por año.

El gran poeta pensó que era la ocasión de casarse con Adela, hija de un antiguo amigo de su padre y á quien amaba desde sus primeros años. Víctor Hugo es una excepción en la historia literaria, también porque fué el más pudibundo de los escritores, en su vida privada. Llegó al matrimonio con la castidad de la infancia.

Corrían entre tanto los tiempos en que una nueva literatura chocaba con la fuerza de una catapulta contra la escuela literaria clásica. Surgía el Romanticismo, que era, en realidad, la manifestación predecesora del naturalismo. Surgía cuando en la novela y el teatro, los personajes hablaban un lenguaje afectado, y se olvidaba el paisaje y el medio ambiente. Surgía y necesitaba un caudillo. Víctor Hugo lo fué. Pusóse al frente de la nueva legión del ideal, y se destacó como la primera figura literaria de Francia.

La cuna, el nacimiento en las letras, de Víctor Hugo, fué el estreno de su drama «Hernani» y el de «Marion Delorme».

El rey al conocer este drama, lo prohibió, ofreciendo al autor una pensión de 4.000, en vez de 1.000 francos. Hugo no quiso aceptar y escribió «Hernani».

Bueno es recordar que la juventud republicana había repudiado al gran poeta desde que publicó su «Oda á la Columna Vendome», y que en la prensa liberal, todos eran defensores del clasicismo y protestaban de los jóvenes escritores que pretendían destrozlar todos los moldes ya consagrados. Antes del estreno de «Hernani» ya el público parisiense bur-lábase de Ruy Gómez, la escena de los retratos, Carlos V, y los amores de Doña Sol. El ambiente era contrario, y así, en medio de esta situación, surgió el romanticismo, primer vagido, como decía, de la escuela naturalista.

Víctor Hugo puso en escena su drama en el teatro francés por exigencias de sus amigos, pero teniendo en su contra á todo París, acaso porque en su favor tenía á todos los melenudos, las hordas salvajes del romanticismo. Antes de la representación, compró unos pliegos de papel rosado, los dividió en pequeños trozos, é hizo en cada uno de ellos estampar la palabra española «hierro». Cada una de estas tarjetas sirvió de contraseña.

Aquel día del estreno, la calle de Richelieu presentaba un rarísimo aspecto. Por ella venían en pintoresco desfile los jóvenes románticos, pintores, literatos, escultores, artistas, con extraños trajes: calzones cortos, chalecos verdes de terciopelo, que llegaban hasta las rodillas, casacas galoneadas de múltiples colores, grandes chambergos, grandes melenas. Eran los partidarios de Víctor Hugo, que llegaban al teatro con una notoria anticipación de varias horas, de seis ó siete.

Entre ellos estaba Berlioz, Alfredo de Musset, Teófilo Gautier y otros tantos, cuyos nombres más tarde se pronunciaron rodeados de respeto. El grupo no podía ser más exótico y pintoresco. Los comerciantes decían que aquello perjudicaba sus intereses y de más de un balcón empezaron á tirarles cosas. A Honorato de Balzac, un troncho de col le derribó la gigantesca galera de pelo.

Mucho antes de la hora anunciada, por exigencias de aquella turba que grita y gesticula, se abren las puertas del teatro y la horda de salvajes literarios penetra al recinto en

oscuro. Como falta mucho tiempo, se entretienen. Unos leen versos, otros declaman, otros cantan, otros dicen discursos. Suenan aplausos y risas, y finalmente, de debajo de sus capas y de sus blusas, sacan alimentos, que se ponen á comer.

Después de comerlos, ponen el teatro á la miseria, provocando la justa indignación de los concurrentes.

Se levanta el telón. Medio público rabia por aplaudir, y el otro medio por silbar. En un palco unas señoras ríen de los versos que doña Sol recita y Gautier, con su enorme chaleco de fantásticos colores, se pone de pie sobre una silla, interrumpe totalmente la representación, y le dice:

—¡Señora, hace usted muy mal en reír, porque tiene unos dientes muy feos!...

Así siguió la representación de «Hernani». Cada escena provocaba una ovación y una silbatina. Víctor Hugo, impasible, con su serenidad habitual, permanecía entre bastidores. Al acta cuarto, un editor, Boutel, le llamó aparte para comprarle el drama. Víctor Hugo se negó, insistiendo el editor, que le dijo:—No me conviene que termine la representación sin haber hecho el contrato. Si ahora le ofrezco 6.000 francos, al final, con el éxito de la obra, tendré que ofrecerle 3.000.

Ante la insistencia, Víctor Hugo vendió su obra en 6.000 francos. Aquel día había salido de su casa con una moneda de 5.

El estreno de «Hernani» fué un gran triunfo del romanticismo, aunque así no lo reconociera la prensa. Y originó polémicas y hasta incidentes sangrientos. En Burdeos, un teniente de dragones moría atravesado por una estocada, al batirse por «Hernani» y dejó ordenado que se le enterrase con esta inscripción en su tumba: «Aquí yace uno que fué admirador de Víctor Hugo».

Pero nada halagó más al genio naciente que una carta de Chateaubriand, en que, felicitándole por su éxito, decíale: «He asistido á la representación de «Hernani», y os saludo emocionado. Yo me voy; vos venís. La gloria del joven poeta debe velar por la de los muertos». Víctor Hugo consideraba esa carta como una patente de inmortalidad.

Al día siguiente de «Hernani», Víctor Hugo sufrió una

gran contrariedad. Estaba durmiendo aún, cuando entró á su habitación el dueño de la casa que alquilaba.

—Yo estoy contento de ustedes—dijo al poeta y Adela.— Son un matrimonio modelo. Pero el señor tiene la funesta costumbre de escribir dramas, y se junta con mala gente, de cabellos largos, que no son electores, ni políticos, ni nada, sino una gente incivil y sucia.... En fin, deben ustedes buscar otro domicilio.

Y Víctor Hugo se mudó del Barrio Latino á los Campos Elíseos, á un pequeño hotel rodeado de labrantíos.

La mudanza le ocasionó trastornos, pero aun ocurrióle otra calamidad.

Entre los que fueron á felicitarle, en su ausencia, su esposa no se fijó en un hombre que estaba allí sentado, escuchando. Contó entonces la esposa cómo había vendido Víctor Hugo su drama al editor Boutel. Al oír esto, el hombre aquel se levantó indignado: era el editor Chaussellet, primer editor de Víctor Hugo, que no pudo disimular su rabia y su envidia. Desde entonces el autor de «Hernani» se acarreó todo el odio de este editor.

Boutell, en anteriores circunstancias le había prestado á Hugo una pequeña cantidad de dinero á cambio de una novela, que éste le prometió escribir. Le escribió, pues, exigiéndole que le entregase sus trabajos, y Víctor Hugo, como el forzado que arrastra su cadena pesadamente y dolorosamente, empezó á escribir su obra para cumplir aquel compromiso.

Aquella obra fué «Nuestra Señora de París».

Cuando se dispuso á escribirla, compró una gran botella de tinta, y es curioso hacer notar cómo al terminarse la última gota de aquella botella, terminaba Hugo de escribir su última cuartilla. Trabajó de una manera inaudita, vestido con algo parecido á un hábito, escondiendo las ropas para evitar toda tentación, y escribía de 7 de la mañana á 12, desde la una de tarde hasta las 8 y desde las 9 hasta la una de la mañana. Al principio, escribió con pena y casi con disgusto: luego, poco á poco, se entusiasmó y vació en aquellas cuartillas lo mejor de su espíritu. Y más de una vez tuvo que abrir las persianas de su cuarto, porque, á pesar

de estar en pleno invierno, necesitaba que una racha de aire frío acariciase su febriciente cabeza. Cuando la terminó, la entregó á su editor, el cual tenía como esposa á una mujer marisabidilla, quien declaró que aquella obra era la peor. El público la conoce... y sabe que fué la mejor.

Es conmovedor ver como Víctor Hugo conoce ya profundamente el corazón de la mujer. Así su Esmeralda en la novela «Nuestra Señora de París» prefiere al poeta Gringoire, de triste aspecto, al capitán Febo, se decide por él y va hacia la belleza exterior y no hacia la del alma, como va Marte hacia Venus, como se prefiere en la vida todo lo que brilla aparentemente.

Después de «Nuestra Señora de París», Víctor Hugo no escribió otras novelas anunciadas, y se engolfó en el drama, produciendo «El rey se divierte», para el cual tomó de modelo á cierto jorobado que conociera en el «Seminario de Nobles».

Al estreno de este y los demás dramas, no existían ya las «tribus salvajes del romanticismo», pues el movimiento de esta nueva escuela duró sólo algunos años. El mismo Víctor Hugo desesperaba á sus entusiastas, porque nada había en su traje que lo distinguiera de los demás hombres, vestido como iba, de levita y corbata negra. Realmente, el escritor, el artista, debe distinguirse de los demás por las manifestaciones de su talento, pero no por una corbata, un sombrero ó unos pantalones. El artista debe vivir en comunicación con la humanidad, sin ambicionar más privilegios que el de la gloria. Eso ya es bastante. El arte es adorno de la vida, pero no toda la vida, y en el gran mecanismo de la sociedad, todos sus rodajes son útiles, lo mismo el gran artista que el humilde labrador. Es inútil querer dividirse en castas y razas, y el artista no puede exigir por el solo hecho de considerarse artista, que la sociedad lo proteja aunque no trabaje. El artista no debe, pues, exteriorizar ridículas vanidades, sino procurar igualarse á los demás hombres.

Así, Víctor Hugo parecía un buen burgués, de buena vida burguesa.

Donde comienza la división es en la vida privada. El artista no tiene la inteligencia como los demás. El creó cosas que los otros no ven y por eso su vida íntima no pudo ser

como la vida íntima de los demás. La vida de aquel señor correcto no era como la vida de los demás señores correctos. La vida de Víctor Hugo tiene una seria irregularidad. Antes de decirla, he vacilado por el lógico temor de desentonar y ofender castos oídos. Pero creo necesario decirlo, porque de otro modo no sería completo el estudio que de esta personalidad hago.

A Víctor Hugo le sucedió que amaba á su esposa, pero como llevaba el dominio de la imaginación en su cabeza de gran novelista,—el amor al desorden que suele ser la alegría de la vida,—un día en el estreno de su «Lucrecia Borgia» se enamoró de una actriz, de una partiquina, la Duhet, que era muy bella y se unió á ella.

En su hogar sucedió otro cambio que la historia literaria, muy cruel á veces, ha develado. La señora de Víctor Hugo aplicó á su esposo la pena del Tali6n, y se unió á Saint Beuve, otro escritor célebre.

Así mientras Mme. Hugo vivía en otro hogar con sus hijos. Víctor Hugo vivía con la Duhet.

Y sucedió que un día, invitado á una comida por el editor Ezzel, Víctor Hugo no quiso ir sin su amante. Y fué la esposa del gran escritor quien aceptó que su gran hijo fuera con la actriz, aunque Mme. Hugo era como una reina que llevaba dignamente el peso de los laureles conquistados por su ilustre esposo. Recibió á la Duhet con indiferencia, pero ésta, le ofreció un brindis con su copa mirándola como diciéndole «Perd6n. No tengo la culpa. Fué él... fué el amor, que es así».

Y Mme. Hugo parecía contestarle: «Cuida del poeta, piensa que es el gran maestro que debemos conservar para gloria de Francia».

Y lo que es el destino: Mme. Hugo, la esposa legítima, murió joven, como al peso de la gloria que llevaba, y la amante vivió hasta los últimos años, al lado del poeta, y todos recuerdan á esa pareja de viejecitos, á Víctor Hugo apoyado en el hombro de su anciana compañera, como representando la antigua fábula de Filemón y Fausia. Los dos llegaron al término de la vida, acompañados del amor, que suele perdurar, porque el cuerpo flaquea vencido por el tiem-

po, pero el espíritu, permanece activo, y parece exclamar: ¡Siempre! ¡Siempre! ¡Siempre!....

No escribió Víctor Hugo otra novela hasta veintisiete años después. Aquella novela fué «Los Miserables», leída seguramente por todos los que en este momento me escuchan, razón por la que no he de detenerme en su análisis.

Víctor Hugo hablaba siempre en forma apocalíptica, como decían sus enemigos. Era, en la vida práctica, un notable exagerador de la verdad. Una anécdota, entre las muchas que se conocen á este respecto, probará la verdad de este aserto.

El 2 de diciembre de 1851, se producía en París un movimiento revolucionario, del que milagrosamente escapó Hugo.

Huyendo de París en un ómnibus, se le acercó el conde Carini, un noble italiano aventurero que ofrecía su espada allí donde había guerras ó peleas. Carini se unió á Hugo en el ómnibus, en circunstancias en que un regimiento, con su general á la cabeza, pasaba por la proximidad del lugar. Indignado el noble italiano, sacó la cabeza y prorrumpió en una serie de insultos contra los soldados. Hugo cobró un miedo tal, que se hincó de rodillas y comenzó á tirarle de la levita para que cesara en sus insultos.

Muchos años después, Hugo y Carini se encontraron. Después de un rato de conversación, dirigiéndose á sus amigos, Hugo comenzó á hablar así:

—En verdad os digo que el valor cívico es mayor que el valor guerrero. Una vez en París, nosotros, el conde Carini y yo, nos pusimos á insultar á un regimiento y...—narró íntegra toda la aventura, en la que sólo Carini tuvo rol de protagonista.

Veinte años después, Víctor Hugo y Carini vuelven á encontrarse. Después de un rato de conversación, Hugo se dirige á sus amigos y dice:

—En verdad os digo que el valor cívico es mayor que el guerrero. Una vez en París me puse á insultar á un regimiento, y por cierto que usted, amigo Carini, se hincó de rodillas y me tiró de la levita.

SEXTA CONFERENCIA

Emilio Zola

Señoras y señores: Truncaría mi última exposición si no os hablara de Víctor Hugo en Guernessey y de la más gigantesca de sus obras.

Quedábamos anteayer en el momento en que Víctor Hugo caía la segunda República Francesa, proclamada en 1848, iba á emprender el camino hacia el destierro.

Sigámosle.

Una tarde tempestuosa desembarcaban en la isla de Guernessey, dos desterrados, fugitivos, sin patria en el mundo: Víctor Hugo y su hijo... Ocuparon una casa vieja, triste, lóbrega, á orillas del Océano. Según refiere el gran poeta, su primera impresión al verla, fué de fatalidad, de que era digna de su destino. Por las pequeñas ventanas apenas se deslizaba la luz en las habitaciones ensombrecidas, que acumulaban en los rincones oscuridades simbólicas de la melancolía de los expatriados.

Víctor Hugo, al sentarse al resplandor de la lámpara, en el estrecho comedor, con la única compañía de su hijo, le preguntó:—¿En este destierro, que se va á prolongar quien sabe cuántos años, tú que vas á hacer?—Traduciré á Shakespeare, ¿Y tú padre?—¿Yo? Algo semejante. Me entretendré en contemplar el Océano, inmenso, como el genio de Shakespeare.

Ninguna ocupación más singularmente propia para el genio. Pero como el hombre no vive sólo de la contempla-

ción, por más elevada que ésta sea, porque tiene también necesidades materiales y que atender á su subsistencia; como Víctor Hugo estaba pobre, sus libros de versos ya se conocían de memoria en Francia y sus dramas ya no se representaban, y eran los de un proscrito, necesitaba trabajar en esa oceánica soledad de su destierro. En el equipaje, entre apuntes para sus poemas y bocetos de nuevas producciones, tenía un legajo de papeles azulados por los años, y con letra breve, de sus primeras épocas literarias, diferente á los grandes rasgos de su edad mayor. Ese legajo eran «Las Miserias», un boceto de «Los Miserables», muy distinto á la novela de este título que todos conocemos.

«Las Miserias», habían sido escritas en 1846, antes de la segunda República, cuando Hugo era par del reino; y después de cinco años, al querer publicar esa novela, su autor encontró que no reflejaba sus ideas y sentimientos. Ya en la época del destierro, el monárquico liberal de hacía un lustro, habíase convertido en republicano socialista, y sin prejuicios de casta, miraba á la humanidad de su altura olímpica y á la vez melancólica, con un amor lleno de generosidad, que no hubiera sospechado antes. Así transformando su primera obra, de «Las Miserias», hizo muy diversamente, «Los Miserables», que las discusiones de la crítica impusieron en Francia como una novela sublime, casi á la fuerza, pero en que no todo es de Víctor Hugo, y se percibe que Balzac es el maestro. Víctor Hugo, es allí el discípulo, el imitador; pero como puede serlo el genio superando quizás al modelo.

Un crítico, André Lebretón—y esto me excusa de comentario—dice: «Los Miserables» son, cual la «Comedia Humana» la historia de la vida de Francia en la primera mitad del siglo XIX. Reflejan el imperio, la restauración y la monarquía de julio, al morir la sociedad del antiguo régimen, y el nacimiento de la nueva democracia. Aunque «Los Miserables», no están hechos á la manera de la «Comedia Humana», son como su resumen. Todo está hasta la batalla de Waterloo, cuya descripción prometiera Balzac y que no llegó á escribirla. Jean Valjean tiene algo de Bautrell y Ferravoud; Marius, que en su pobreza consigue equilibrar su presupuesto particular en 500 francos anuales; Marius, con sus pensa-

mientos á Cossette, en aquel capítulo «Un corazón bajo una piedra», recuerdan al joven enamorado que Balzac nos presenta en su obra «La piel de zapa». El anciano Gillernormand es reflejo de viejo Gaulois, y el pilluelo Gavroche es retrato de Nepomuceno, descriptos por Balzac. Lo mismo sucede con el pesquisa Javert, y con la bohardilla, que recuerda el antro de los 13 y el rapto de la duquesa trazados por Balzac. Sólo que como he dicho, Víctor Hugo imitó como puede imitar un genio. Y así, Balzac entrevió durante toda su vida «Los Miserables», pero solamente Hugo pudo describirlos. Y la verdadera grandeza de esta obra está en el evangelio de amor por los humildes, que palpita en la suprema poesía de sus páginas. El genio transforma todo lo que toca, y así Víctor Hugo como Shakespeare, como unos magos, convierten hasta el barro en diamantes...

Es curioso como trabajaba Víctor Hugo en su destierro. En su casa vestuta, construyó una atalaya de cristales, desde la cual dominaba el Océano, y en que reverberaba el sol y rugía la tempestad. Distraíalo el vuelo de las gaviotas. Había adquirido la costumbre de escribir de pie, frente á un alto pupitre, y así pasaba escribiendo durante todo el día y al fatigarse, se paseaba.

Hugo empleó nueve meses en escribir «Los Miserables», durante algunos de los cuales salió de Guernessey para irse á los campos de Bélgica, á ver el lugar de la batalla de Waterloo, donde pasó 60 días. Víctor Hugo se paseaba allí, como interrogando á los profundos barrancos y las altas colinas, hablando solo, figurándose que veía al águila, á Napoleón, con su ancha frente y ceño torvo, que le daba tan genial majestad. Veíale con su uniforme sobre su jaca blanca, pasando al través de la batalla; veíale meditando frente al ocaso, en aquellas horas en que estaba indeciso el porvenir de Europa; veía los regimientos de cascos rojos de los ingleses, y los escuadrones del gran capitán, y veía los cuadros de horror del choque entre los soldados y generales de Napoleón y los de Wellingtón, y la espantosa confusión de la derrota: el momento en que los coraceros franceses arremetían sobre los ingleses y caían en los hondos barrancos, pasando los vivos sobre los muertos, en una masa en que se agitaban cabezas, brazos

humanos y cuerpos y patas de caballos... Veía á Cambronne exclamando su palabra sublime é irreptible, y á Napoleón, desesperado, lanzándose, deseoso de perecer entre las filas enemigas.

Entre tanto toda Europa esperaba la obra que anunciara Víctor Hugo, y un editor, Michel Lacroix, que entre la gloria y el comercio, había preferido humildemente á éste, aunque no tenía á la sazón, sino el dinero indispensable para el viaje, desembarcando un día en Guernessey y proponía al gran novelista comprarle «Los Miserables».

Víctor Hugo era un hombre práctico, y lo que más asombraba en él es que cuando se trataba de ganar dinero, también era práctico. Sus contratos asombraban á los abogados. El nunca salía perdidoso, sino, en todo caso, el editor.

Víctor Hugo fué en realidad, un autor rico. Supo con sus obras redondearse una fortuna real y positiva. Cuando le sorprende la muerte entrega á sus herederos 3.000.000 de francos magníficamente colocados en negocios seguros. Cuando llegó hasta el Lacroix con sus entusiasmos de sincero admirador y sus sueños de grande futuro editor, se encontró con un Hugo que le imponía condiciones precisas para la entrega de su trabajo. Exigía 300.000 francos pagaderos en tres cuotas de 100.000 francos inmediatamente de ser entregadas cada una de las tres partes que comprendían su novela. Michel Lacroix á pesar de no tener un céntimo, apenas escuchaba aquellas condiciones. Miraba un montón de carillas sobre una mesa. Era el manuscrito de los primeros libros de «Los Miserables». Se sentía atraído. Sentía impulsión por leerlas. Y cuando extendió sus manos para tomarlas y leer aunque mal no fuera sino algunas frases, las frases de introducción de aquella obra después gloriosa, Hugo se lo impidió.

—Si yo acepto todo cuanto usted exige, pero permítame que conozca los originales.... Deseo saber lo que compro, dijo Lacroix.

Entonces Hugo en uno de sus arranques olímpicos que siempre lo acompañaban en su peregrinación de un dios por la tierra, le observó:

Lo de menos es la mercancía. Lo más importante es la etiqueta. Si esas cuartillas en lugar de estar escritas, llenas

de ideas, estuvieran en blanco, bastaría que sobre ellas se leyera «Los Miserables» de Víctor Hugo, para que usted vendiera á millares de ejemplares mi libro.

Lacroix aceptó las condiciones. No tenía un mal franco de capital, pero nada le importaba. Sabía que le bastaba decir soy dueño de «Los Miserables», para encontrar dinero. Y así, fué. Un banquero le adelantó los fondos necesarios. Una de las escenas más cómicas, señoras y señores, que ofrece la historia de como vió la luz pública esa epopeya sentimental, verdadera explosión de imágenes, enorme serie de capítulos soberbios, nos la ofrece Lacroix cuando llevando consigo 100.000 francos se embarca para la isla Guernessey para recoger la primera parte de la novela. El mismo editor nos la relata con minuciosidad de detalles en sus «Memorias». Llevaba el dinero en una banderola. Ni por un momento le quitaba la mano de encima, como temiendo se le esfumara. Sube á bordo de una embarcación de poco orden y el dinero le sirve de almohada. No respira tranquilo sino cuando teniendo bajo sus brazos las cuartillas codiciadas ofrece á Hugo el fajo de billetes, y el poeta con un ademan de Jehová, á quien no le preocupan las cosas terrenas, lo recoge satisfecho.

Lacroix fué gracias á «Los Miserables», durante 20 años, el editor más grande de Europa. Se enriquece rápidamente y de sus almacenes salen á millares obras que llevan á todas partes las arrogancias del espíritu francés. Hugo continúa en el destierro escribiendo. La pluma burila el «93», el «Hombre que ríe», obras que como sus novelas anteriores se caracterizan por una cualidad esencialmente huguiana. Hugo escribe novelas que llamaremos poemáticas. Su vista era una vista microscópica; aclararé mi pensamiento diciendo era una vista que agrandaba las cosas. Así en las páginas de Hugo un infusorio aparece como un gigante, una barricada toma los contornos de toda una epopeya, un conflicto de conciencia se magnifica, toma líneas infinitas en ese capítulo que se intitula: «Una tempestad bajo un cráneo»; sus personajes más insignificantes hablan como filósofos, manejan frases perfectas, juegan con las ideas. Sin embargo, ellas acusan un indiscutible progreso. En sus novelas se estudia, se revive el ambiente. Sólo que el autor es demasiado grande y nunca abandona la

escena: Le ocurre algo semejante á Maese Pedro el del Retablo de que se habla en el Quijote y que siempre esta moviendo sus personajes.

El arte principal de Hugo fué la de la antítesis, es la eterna antítesis. Toda su labor se explica por aquella escena de la niñez, cuando el hijo del general Hugo entra en la catedral de Burgos y nota el contraste que con aquellas naves soberbias, aquellos cristos sanguinolentos, aquel silencio que pesa en las almas, aquellos altares donde brilla el oro, hace ese tipo de alegría grotesca que el vulgo ha denominado «el papamoscas». Hugo es esa escena siempre renovada. Su «yo» en todas partes se denuncia. Cuando habla de la luz, habla también de la negrura de las sombras, cuando alcanza el cielo, no olvida de abandonarse en el infierno. Recordemos á su Fautina, meretriz, pero virtuosa, el abuelo de Mario, un mal carácter, pero un hombre bueno, Jean Valjean, un presidario que llega á encarnar el tipo del justo. Y una otra antítesis. La última y la más perfecta. Cuando se acercan sus últimos momentos, el gran poeta que sabe su muerte será un duelo nacional, cuando sin orgullos vanos podía estar convencido de que su patria dolorida concurrirá por millares de sus hijos á despedir sus restos, resuelve que su cadáver sea conducido en el carro fúnebre de los pobres, para que así lucieran mejor en el conjunto la humildad del vehículo y lo soberbio del espectáculo.

Y bien, señores, un día cuando Hugo se hallaba en la plenitud de su gloria, cuando era una especie de semidios, el representante más alto de la mentalidad democrática europea, un sumo pontífice de la literatura, cuando de su capilla eran fieles adoradores espíritus cultos que recogían con fervor religioso sus palabras y comentaban sus frases más banales como si fueran pensamientos profundos, como un trueno irreverente que interrumpiera aquel oficio sagrado, un escritor audaz, irreverente lanzaba un libro en el que lo discutía como poeta, lo atacaba como novelista, lo negaba como político. Era un libro iconoclasta. Estaba destinado á llamar la atención de su autor, un casi desconocido que había escrito dos ó tres novelas sin haber logrado convencer al público. Este rebelde, este gran rebelde, se llamaba Emilio Zola.

Esta manera de empezar su literatura, señoras y señores, no tiene nada de extraordinario, si á la vida se la respeta midiéndola en su concepto real. Yo tengo—y discúlpennme esta cita personal—una novela, «Sangre y Arena», en la que aparece un matador de toros, un alma ruda, pero ambiciosa de halagos populares. Alguien una vez le pregunta si le causan miedo los toros y contesta:

No, los toros no. Los que me infunden miedo son los toreros jóvenes, los que se inician, los que tienen necesidad de asegurarse su carrera.

En literatura ocurre lo mismo. No es la crítica la que nos atemoriza. Una vez que el público, siempre justo en el fondo, lee nuestras obras. Los que nos dan cuidados, son los principiantes, los que tienen el empuje de la juventud. En literatura ocurre como si fuéramos ya en una barca propia, navegando seguros, y otros sin poseer aún una embarcación se agitan en las aguas. Son los «tiburones». Los que nos amenazan y al mismo tiempo nos impulsan. Pasó mi juventud sin ser viejo todavía. Fuí «tiburón» también. Cuando somos desconocidos nos parece afirmamos nuestras fuerzas atacando á los maestros, deseándoles un mal rato. Complace el combatir contra los que se hallan en las alturas. Este fué el acto de Zola. Atacó al dios de las letras de una época. Un acto natural, lógico. Y creedlo,—no soy un maestro—cuando nos ataca un «tiburón» en el fondo sentimos simpatías, porque nos indica que quien lo hace nos quiere bien. Son como aquellos que hablan desdeñosamente mal de una mujer, y lo hacen porque ella no les cedió lo que pretendían. Lo que sí nos duele, cuando un igual nos combate. Es porque en el ataque hay por lo común una dosis de envidia....

Vamos á hablar de Zola, señoras y señores. El padre de Zola no era francés. Francisco Zola nació á fines del siglo XVIII, en Venecia. Teniente de artillería en los ejércitos de Napoleón, conoció parte de la campaña heróica. Después de la guerra se hace ingeniero. Torna al ejército como oficial de la Legión Extranjera que maniobra en Argelia. Vuelve á Francia. Se establece en Marsella. Concibe el proyecto de canalizar un río de los alrededores. Se dirige á París buscando del Gobierno le autorice la concesión. En París se enamora de una

mujer que tiene sangre griega en las venas. Se casa con ella. Obtiene del Gobierno lo que ambiciona. Y cuando de nuevo en Marsella se puso á la obra, la intrusa lo arrebató. Deja un hijo: Emilio. Este origen cosmopolita fué invocado por algunos franceses contra Zola. Porque de sus dos padres y cuatro abuelos, sólo tres eran franceses; patrioteros estrechos afirmaban que Zola no pertenecía á Francia. Con ese criterio ni Renán ni Eliseo Reclus ni el mismo Hugo sería francés. Hugo, por su énfasis, su solemnidad caballeresca, su retórica, es castellano. Los escritores lumináres no son de patria alguna. Son universales. Y cuando Maurice Barrés le decía á Zola que no era francés, porque á pesar de haber vivido en un ambiente, no lo comprendía, debemos reconocer que si ser francés es vivir del boulevard, ser frívolo, ser superficialmente espiritual, los escritores de Francia se llaman Henri Lavedan, Marcel Prevost, Paul Bourget. Zola amaba demasiado los hombres y su patria para conformarse en la fabricación de sonrisas, él que tenía las fuerzas para mover un mundo...

La juventud de Zola es una historia triste. Es la historia del pobre de talento y sin protectores. La madre al quedar viuda, contaba con algunos fondos, y con ellos trasladóse á París para internar á su hijo en un colegio. Soñaba llegara á ser abogado, y así, con su título, tener seguridades de triunfo en la lucha por la vida. Pero el joven Zola era un visionario. Fué un mal estudiante. En lugar de atender á sus profesores, se entretenía en hacer versos y más versos. En el examen que rinde para graduarse de bachiller, vió cortadas las ambiciones de su progenitora. En historia natural, matemáticas y geografía respondió bien. Zola tenía gran cariño por las ciencias, lo que después justificó con los Rougon Macquart. Pero en literatura fueron sus respuestas insuficientes. Le preguntó la mesa examinadora la fecha de la muerte de Carlomagno, y Zola fijó una fecha equivocada en 500 años. Hacía morir á Carlomagno bajo el reinado de Francisco I. Le dieron una fábula de Lafontaine para que la interpretara, y Zola, romántico, interpretó aquel trozo maestro en una forma tal que indignó á los catedráticos. Fué reprobado.

Empiezan los años de bohemia. El los recordaba después

en la riqueza. En el Barrio Latino paseaba su orgullo y su miseria. Muchos días pasó gastando tres sueldos y comiendo patatas. Otras noches se acostaba sin cenar. En los días que no tenía traje, «hacía el moro»—es su frase—envuelto en mantas, desde la ventana, con aparatos por su ingenio contruídos esperaba pacientemente se dejara coger algún gorrión, que luego en la estufa de algún amigo le permitiera distraer el apetito. Se cuenta que en un crepúsculo de bohemia, Zola iba acompañado por una compañera de azar. Y como no tuviera con qué obsequiarla, en medio de la calle, blanca de nieve, se quitó su roída levita, la entregó á aquella mujer para que la llevara al Monte de Piedad, mientras él, por la rue Sufflot, tiritando, se dirigía á su boardilla. Por fin, un día, pudo entrar como dependiente en la librería Hachette.

Aquel hombre tenía que ser el criado de otros señores, el empaquetador de los libros de otros lectores, y es seguro que al empaquetar aquellos libros soñaba con lo que ellos contenían, con hermosos ensueños. Una vez acaeció que, sabiendo Hachette, su patrón, que Zola tenía algunas debilidades y conocimientos literarios, llegó á pedirle que le escribiese dos cuentos que necesitaba para las páginas de dos revistas de segundo orden. Zola, entusiasmado, se puso á la tarea con ahinco. Cuando terminó su labor se los entregó á Hachette. Leyólos éste, cuidadosamente, y se los devolvió, diciéndole:

—Son muy bonitos vuestros cuentos, pero sois muy revolucionario. Creedme: en literatura haréis poca carrera.

Poco á poco Zola va ascendiendo en su carrera de empleado, sin aspiraciones siempre ó con aspiraciones tan limitadas que cuando llega á ganar un sueldo mensual de doscientos francos, se cree en el pináculo de la felicidad. Entonces como un buen empleado burgués, amante de la literatura, dedica íntegros sus domingos á escribir cuentos y más cuentos. Estos cuentos, señores, fueron los que más tarde se reunieron y publicaron en un volumen que lleva por título: «Cuentos á Ninon».

Es en esta época y con ocasión de este volumen, que Emilio Zola, lleno de timidez, miope, sin un solo adarme de valor moral ó de audacia, conoce á Michel, primer editor de Francia en aquel entonces, Zola fué á verle, y Michel,

al ver á aquel joven principiante y lleno de entusiasmos, recordó sus principios difíciles en el camino de la riqueza y, lleno de bondad, accedió á imprimir aquel volumen. Este primer volumen de la época primera de Zola, no fué leído por casi nadie y pasó para la inmensa mayoría desapercibido.

Más adelante, cuando Zola fué regularizando su vida y poseyendo un poco más de dinero se presentó de nuevo á su editor, haciéndole curiosas proposiciones, porque todo lo de raro y estrambótico que había en Balzac, había en Zola. El editor antes citado cuenta en sus memorias un episodio al respecto.

Cuando Zola tenía concluída su novela titulada «La Vergüenza», dijo al editor:

—Se me ocurre un medio notable para hacer que se vendan más de 100.000 ejemplares de esta obra. Cuando esté impresa, haremos publicar en los diarios y revistas el anuncio de que la novela está ya entregada á las cajas, pero que el impresor se niega á cumplir su compromiso porque entiende que la novela es demasiado escandalosa é inmoral. En esos mismos diarios publicaré la noticia de que os seguiré un pleito. Viene el pleito, se produce una vista fiscal, hay discusión, se hace ruido en torno de la obra y cuando aparezca, todo el mundo se lanza á comprarla, ávido de conocer las inmoralidades que encierra,

Así se hizo, en efecto. Se anunció el conflicto, se hizo el pleito, pero Zola tuvo un desengaño; sólo 1300 personas se interesaron, en aquella época de inmoralidad, por conocer las inmoralidades que Emilio Zola pintaba en aquella obra. Narro este detalle, señores, nada más que para pintar á qué extremos se ven obligados á recurrir los escritores cuando el público no presta á sus libros la atención y el interés que ellos exigen.

La verdadera celebridad de Zola comenzó recién mucho más tarde, con su serie inimitable de los Macquart Rougon, en la que historió una familia tomada en la época del segundo imperio. Fué con ella que nació en el campo de la literatura el verdadero naturalismo, definiéndose entonces á la novela no como decía Stedhal, como un espejo que se pasea á lo largo de un camino, sino como un rincón de la naturaleza visto á través de un temperamento (definición de Zola). La verdad que

hay en la novela, es la naturaleza. La imaginación que en ella campea, más rica ó más pobre, es el temperamento ó lo que el temperamento del artista coloca en sus páginas. El romanticismo era falso en cuanto se refería á personajes ideales. En el naturalismo, los personajes aparecían como reales, como en la vida, de carne y hueso. Los de Zola fueron personajes sacados del medio de la diversidad de tipos que la humanidad presenta. En la escuela del romanticismo, el autor aparece á cada instante en escena, entre bastidores, hablando con todos y hablando por boca de todos. Se ven los hilos del que mueve á los personajes, como se veía la acción de Maese Pedro en el retablo aquél de que Cervantes nos habla en Don Quijote. En las obras de Zola, no pasa así: los personajes se mueven solos, sólo por esas causas intangibles é invisibles que en la vida hacen mover á los seres humanos.

Otra innovación grande que surge con Zola en el campo de la literatura, es la manera de hacer novelas. Víctor Hugo y Balzac inventaban, ideaban primeramente el argumento de la obra y metían luego dentro de él á los personajes. Balzac, por ejemplo, escribía por justaposición. A un cuento le unía otro, lo alargaba y le resultaba una novela. Con Víctor Hugo, ocurría el caso inverso; cortaba tanto que á una novela la dejaba reducida á cuento, como corta el leñador en un bosque frondoso las largas ramas que conceptúa inútiles. Zola hizo un trabajo literario nuevo, aportando preciosos procedimientos que antes que él nadie había traído. Hablando entre amigos, íntimamente, confesó á uno de ellos su procedimiento para hacer una novela. Dijo así:

Yo no hago, propiamente dicho, una novela, sino que la dejo hacer. No sé inventar hechos y sucesos, porque carezco de una imaginación creadora y para inventar algo en vano me pasaría tres días sentado á mi mesa de trabajo, devanándome los sesos. Cuando me pongo á trabajar, ignoro los sucesos posteriores que han de aparecer en las páginas de mis libros. Tomo á mi personaje principal, lo estudio en sus modalidades, condiciones, manera de ser y de pensar, lo sigo á través de su familia, analizo la clase social á que pertenece, la gente con quien ha de tratarse, su profesión, su oficio, el ambiente en que se mueve, sus hábitos y sus costumbres. Después de

tres meses de este estudio prolijo, yo veo á mi personaje, lo siento, llego á identificarme en absoluto con él, y tengo la cabeza llena de retazos de la vida de ese personaje. Unir con un solo hilo todos esos retazos que son otras tantas impresiones, es el trabajo que más difícil resulta; y ese trabajo tiene mucho de parecido con la labor del comisario de policía, que por uno sólo de los indicios del sumario, trata de reconstruir un crimen misterioso y conocer á su autor.

En primer lugar, hace el bosquejo; ha escogido ya su personaje y sabe en qué medio ha de colocarlo. Habla con su personaje, desenvuelve sus ideas, sabe las contestaciones que daría en cada situación concreta de la vida. Del bosquejo de un personaje, pasa al bosquejo de los demás. A cada uno atribuye cualidades ó vicios, pasiones, particularidades. Recoge en seguida notas é informes acerca del asunto de la novela, ya recorriendo personalmente los lugares, como hizo con «La Tierra», ya valiéndose del conocimiento que sobre tales cosas le suministran sus amigos, como pasó con «Naná». Finalmente, viene al plan, la división en capítulos, un trabajo de mecánica inteligente. Con Zola, que va de lo particular á lo general, ocurre lo que con las sinfonías de Wagner. Las primeras que se escuchan, producen desconciertos. Mas luego se nota que en ellas todo es armonía.

Por este medio de concienzudo procedimiento de intensa observación, Zola hacía sus obras. A los que escribimos novelas, se nos suele preguntar con cierta ingenuidad, cuánto tiempo hemos empleado para escribirlas. Ante esta pregunta, sin querer, sonreimos. En una novela, lo de menos es escribirla, realizar la función mecánica, pues este acto, en la producción, es lo más insignificante. La novela creada en cuatro ó cinco años de aboreo mental, se escribe sólo en tres ó cuatro meses. Hace poco escribí en tres meses una novela, pero por temor de que la crítica dijese que había sido escrita con precipitación, modifiqué el tiempo. La escribí en tres meses, pero ¿y para crearla? Pasé cinco años de continua observación.

Es que en una novela, lo principal es la observación. Así lo comprendió Zola, que demoraba años y más años observando, de tal modo que cuando se disponía á escribirla, la novela había sido ya íntegramente vivida en su cerebro.

Ya os hablé, otro día, de la retina intracerebral del novelista, que aunque parezca distraído en otra ocupación, percibe imágenes. Pero lo que más ha menester es la memoria, no la vulgar memoria de nombres y de cifras, sino una función mental que á quienes la poseemos, nos hace dudar á veces si estamos bien de la cabeza ó locos.

Es una memoria elástica, que se carga y se descarga, se hincha y se deshinch a como una esponja. Antes de la obra está plena, llena de jugo, digámoslo así. Después de la obra se achata, vuelve á su estado normal. Es una memoria que aunque no recuerde seis palabras seguidas, como la común, se diferencia también en que es ocular, auditiva y olfatoria. Por ejemplo, á los 5 ó 6 años de haber contemplado el sol en el campo, yo, de pronto, un día, lo evoco y lo veo como como lo ví, y siento que me deslumbra los ojos, y sufro su pinchazo en la cara, y aspiro el aroma de la yerba, y oigo el rumor del viento en el follaje dorado por sus rayos. Describo esto, y después de trasladarlo al papel, olvido todo. Si el novelista conservara cuanto ve, fresco en su memoria, quedaría abrumado en sus obras y se repetiría... Por esto tiene la facultad de olvidar la obra una vez escrita, y al mes de publicarla recuerda el título, y los personajes principales, alguna escena culminante, y... nada más. Así, algunas veces cualquier persona nos pregunta el argumento de una novela, y no lo recordamos.

La manera de hacer una novela ya la definió Zola. Los personajes son como los pilares de la obra. Los vive el novelista en su imaginación y en todas partes se los representa. Y se dice: ¿Si yo fuese él, que haría? Tal y tal cosa. Y si se encontrara con tal otro, ocurriría un conflicto, etc. Claro es que la novela se desarrolla dentro de un marco que es el concepto general, y algunas veces el novelista incurre en el defecto—yo, por ejemplo—de convertirse en predicador de sus ideas propias, presentándolas directamente, en vez de presentarlas veladamente, como una derivación de lo que dicen los personajes y la trama misma. Este último procedimiento es el que gusta al público, al cual encanta eso de hacerse la ilusión de que tiene un gran entendimiento y descubre el sentido íntimo de la novela. Así, ya lo sabéis, señores, si queréis hacer novelas que gusten al público.

Después de tener el alma de la novela, necesitamos documentarla viviendo en el mismo ambiente de nuestros personajes, tomados de la vida real. Zola hacía así sus novelas, y los apuntes de «L'Assomoir», por ejemplo, son ridículos para quien no sea novelista. Hace un reparto, digamos, de sus personajes, indicándolos como á éste: Lantier, que es el traidor, va seguido de epítetos: grosero, canalla, granuja, etcétera. Y después estas palabras le bastan para ver el tipo tal como lo reflejará en su obra. Entre sus apuntes, se encuentran dibujos, toscos, pero que le sirven para describir las calles, los suburbios, las casas y las tabernas.

Zola se vió en figurillas cuando quiso escribir «Naná», la historia de una de esas mundanas que tanto influyeron en la vida del Segundo Imperio. Pues Zola, á quien una gran parte del pueblo europeo ha bautizado con los apodos más denigrantes y repugnantes, fué, en realidad de verdad, el hombre de más sencillas costumbres y un excelente hombre de familia.

Cuando tuvo que escribir «Naná» ocurriósele que con sus años, sus lentes de míope y su cara triste, no podía recoger observaciones del natural... y que las mundanas le contarían leyendas fantásticas acerca de su vida.

Por ese temor, procedió por intuición, por adivinación, si se quiere, y el mérito del acierto es tal, que el lector que conoce al verdadero Zola, se dice á cada momento, leyendo «Naná»:—Parece mentira que, sin conocer personalmente estas costumbres, Zola las pinte tan bien...

Zola hizo «Naná» de la manera que voy á indicar brevemente:

Un día le presentaron á un elegante, un «león». Lo convidó á comer en un restaurant, centro de la vida alegre, y el Don Juan le relató detenidamente sus amoríos, percances, hazañas y escenas íntimas.

Con esta conversación, con los informes que pidió á Guy de Maupassant y una visita á una gran mundana, sin más elementos propios, Zola escribió la obra que produce la impresión de que la ha vivido...

Fué gran artista hasta en sus aberraciones. El maestro tiene, sin embargo, páginas que, si bien excusa el arte, no

perdona el vulgo. Zola tuvo un defecto. Fué jefe de escuela, sacerdote de capilla, director de un partido literario. Por eso, muchas veces exagerando, aferrándose á los cánones, incurrió en excesos. Igual cosa ocurrió con Hugo con su romanticismo. Zola en la «La tierra», echando un guante de desafío á sus enemigos, extremó la observación, trajo páginas que violentan á los espíritus medios. Zola se asemeja á Wagner. El maestro de Bayreuth, en una de sus inmensas admiraciones, en algunas partes de sus óperas, soberbias de belleza, se hace pesado. Quizá esas partes las concibiera en momentos que, según el gráfico dicho vulgar, «se duerme la suerte». Pero dejemos al jefe de escuela. Concretémonos al novelista genial. Fué un alma enamorada de la moral. En todos sus libros fustiga el vicio, defiende los oprimidos, para los que reclama valientemente justicia, paz y libertad.

Aquel hombre, señoras y señores, á quien torpemente algunos han atacado, considerándolo como un removedor de inmundicias sociales, cuando es en realidad, uno de los más grandes artistas de todos los tiempos, en su vida familiar fué un hombre ejemplar. Se dice que en una ocasión, Guy de Maupassant, el gran Maupassant, mundano, amante de mujeres, enamorado de aventuras, le incitaba á que rompiera con su vida burguesa y entrara en los salones donde bellas admiradoras le preguntaban en cada velada por él. Zola ante esas perspectivas, exclamó:

—Gran Dios ¿otra mujer además de la mía? No. Me haría perder mucho tiempo.

Zola vivió dedicado á su esposa, amoroso, y rendido siempre. Ella lo acompañó dignamente en la suerte y en la desgracia. Y dejadme que haga un digresión. Uno de los detalles más tiernos de la literatura francesa es el que ofrecen las mujeres de los grandes escritores de aquel país. En Francia la mujer que se casa con un escritor se dedica á él. Es su secretario, su colaborador, es quien redacta sueltos elogiosos para anunciar la aparición de una nueva obra de su marido, es una madre, una esposa y una hija al mismo tiempo. En España, tal vez porque nos quieren más, las mujeres no nos tienen ningún respeto. Nos conocen en la intimidad, saben nuestras debilidades, conocen nuestros defectos y por eso, no nos

admiran y quizá en el fondo se ríen de ese público que lee nuestras novelas y hasta nos admira. Las mujeres de los escritores franceses he podido conocerlas en mis visitas por Francia.

Recuerdo que en un banquete me correspondió el honor de sentarme entre dos señoras, esposas de dos conocidos escritores. Durante la comida me acribillaron á preguntas sobre «el maestro». Inquirían si sus esposos eran conocidos en mi país, cómo los trataba la crítica, si los lectores sumaban cientos ó millares, y hasta el final, me quisieron convertir en una especie de propagandista de las lumbreras que tenían en sus casas. Es conveniente notar que á la mujer española que tiene hijos, poco tiempo les queda para dedicarlo á su «maestro». En la República Argentina debe pasar lo mismo. En Francia, donde las mujeres de escritores no tienen descendientes, tienen horas sobradas para ocuparse de obras literarias. De las muchas que directamente ó por referencias conozco, sólo la de Alfonso Daudet tenía hijos. Las demás, no. No nos extraña entonces que en esas fotografías de escritores que los popularizan unidos á sus esposas figure un perro ó algunos perros formando grupo.

Zola nunca quiso ser político. Cuando en sus primeros tiempos fué redactor de un diario de Gambetta decía: Aquí son todos aspirantes á diputados, menos yo y el mozo encargado del servicio. En momentos que Francia se halla invadida por el extranjero, Zola en Marsella, necesitando fondos para vivir y hallándose como se hallaban las imprentas cerradas y París envuelto en un cordón de tropas alemanas, se dirige á Burdeos donde funcionaba el gobierno provincial, y á sus antiguos compañeros de redacción que por el andar de los tiempos habían llegado á los más altos puestos, les pidió un cargo para poder sufragar sus gastos. Lo nombran subprefecto de Bayona, tal vez porque creían que su pluma serviría para redactar electrizantes manifiestos electorales. Felizmente, se levanta el sitio de París y Zola, sin haberse hecho cargo de la subprefectura dimite y se dirige á la capital de Francia. No fué un político ni deseó serlo en ningún momento de su existencia. Sólo cuando llega un instante en que iba á jugar su vida y su honra para salvar la honra de su patria,

entró en la lucha popular. El asunto Dreyfus lo arrojó á la vida pública. Escribió su «J'acusse», uno de los más formidables alegatos de la época contemporánea. Y al firmarlo, firmó la primera página de su calvario glorioso por la justicia, por más que la justicia, por la verdad.

Aquel documento, señores, llevó al gran Zola hasta los tribunales, y en los tribunales se vió condenado á un año de cárcel. El literato vió los vidrios de su casa apedreados por las muchedumbres, hechos añicos los cristales, su nombre lleno de fango, su honorabilidad por los suelos. Venía á ser, pues, un mártir de la humanidad. Cuando le condenaban, en el día en que su sentencia se dictaba, vióse á los oficiales del ejército que agitaban en el aire, llenos de entusiasmo, sus kepis. Era la única victoria que conseguían, y la festejaban ruidosamente, dando atronadores mueras al bandido, al enemigo de la patria, al canalla. Y Zola, entretanto, lleno de calma, cuando se le leyó la sentencia condenatoria, tornó su rostro, miró á su mujer y sólo pronunció una palabra:

—¡Caníbales!

Fué el único comentario que aquella amarga sentencia le sugirió.

Me encontraba entonces en Valencia, y quise hacer saber á Zola que no estaba solo. No sabiendo cómo demostrárselo, á la puerta del diario popular que entonces yo dirigía, hice colocar unas mesas, en las mesas unos pliegos de papel é hice decir que los que en ellos firmasen enviaban un mensaje á Zola. El espectáculo fué tierno é imponente: todo el pueblo pasó á firmar, acudiendo á mi llamamiento. Toscos obreros, con toscos caracteres de letras, ponían su firma. Muchos de ellos no conocían á Zola ni de nombre, otros sólo á través de una novela, los más firmaban porque sabían que Zola sufría. Venían las obreritas, las modistillas y colocaban entre los pliegos ramitos y las huertanas vaciaban allí sus canastas de flores, como si esas flores hubieran de ser remitidas á Francia. Vino Sorolla y con Sorolla otros pintores, y llenaron de acuarelas y de pinturas hermosas aquellos pliegos llenos de firmas. Más tarde, los obreros encuadernadores lo encuadernaron con marfil y cantoneras de oro, y los plateros pusieronle letras de plata. Por fin, con más de 60.000 firmas, fué el álbum enviado á París.

Poco tiempo después fuí á París é hice mi primera visita á Zola. Recuerdo que me dirigí á su casa de la calle Bruselas y que me anunció un portero de voz meliflua, asustado, como recordando aún los días en que aquella casa era tomada al asalto por las turbas nacionalistas. Zola me recibió afectuosamente y me trató como camarada y como amigo. La casa estaba adornada á estilo medioeval, porque es de observar que cuando un escritor llega á la comodidad pecuniaria, realiza los sueños que concebía su mente en las épocas de miseria. Zola, de quien la crítica apasionada, extremando la nota, calificó con adjetivos terribles, era extremadamente romántico.

Hablamos largamente, pero el maestro, á pesar de haber sido puesto en libertad como consecuencia del triunfo del «affaire Dreyfus», estaba triste. El indulto no le conformaba. Había aprendido que á los que dicen la verdad á los pueblos, los pueblos no les creen y los crucifican, como á Cristo, ó los apedrean. Conversé mucho y muy íntimamente con Zola, y recuerdo que al retirarme, en la escalera, besé su mano. Aquella mano era la primera que en mi vida besaba. La primera mano de hombre, se entiende.

Pocos meses después volví á París y de nuevo me dirigí á la casa de la calle Bruselas. Me informaron allí que Zola se encontraba en Medán, donde tenía su espléndida mansión, en la que había invertido una cantidad fabulosa: la compró en 9.000 francos y en mejorarla gastó 2.000.000. La viuda después no supo qué hacer con ella y la regaló para levantar un asilo.

Su esposa me recibió. Era en la mañana, y con todo el respeto debido al maestro, velando por él, me dijo que era imposible que á esa hora lo viera.

A las tres pude conversar con Zola. Estaba contento, nervioso. Charlamos de todo y recuerdo que cuando le conté mis treinta y tres prisiones y condenas por artículos políticos, mis destierros, Zola reía y me preguntaba por qué no escribía un libro con todo lo que me había pasado. Al ~~se-~~ un libro con todo lo que me había pasado. Zola reía. Al separarnos sacó un retrato de él—el último que se había hecho hacer,—escribió una amable dedicatoria y me lo regaló. Nos separamos más amigos que nunca. Y era aquella la última vez que había de verle.

Una tarde me encontraba en mi quinta Malvarrosa. En ella hay como un torreón de vidrio, una atalaya, en la que me encierro á escribir contemplando el mar, mirando el rauda revolotear de las gaviotas cuyas alas, algunas veces, vienen á golpear los vidrios de mi atalaya. En los días de temporal llega el agua, que entonces toma un tinte rojizo, como las del Río de la Plata, hasta los primeros peldaños de la escalinata. Aquella tarde tormentosa, mirando á lo lejos una goleta que hacia la costa se acercaba, trabajaba en las últimas páginas de mi novela «Cañas y Barros».

De pronto sentí abajo, en el teléfono, voces confusas, de las que me llegaba el eco, sin poder percibir las frases. Era mi esposa la que hablaba, la misma que pocos momentos después se me presentaba para decirme:

—¿Sabes?... ¡Zola ha muerto!

Permanecí un rato silencioso y, sin darme cuenta, pregunté:

—Pero ¿qué Zola?

—Don Emilio Zola, el novelista. Ha muerto asfixiado...

Quedé como se queda después de una de esas que no son noticias, sino moles enormes que caen sobre nosotros y anonadan por algunos momentos todo nuestro organismo. Continué mirando el mar brumoso de aquella tarde melancólica, siguiendo con la vista perdida el torbellino de las gaviotas y ví de pronto que mis hijos traían flores de la silvestre adelfa de los prados, tegían con ellas una corona y la colocaban sobre el retrato de Zola.

Entonces me volví hacia ellos y les dije:

—Cuando muera vuestro padre, como mejor elogio de él, decid que fué amigo de Zola...

Y otra vez volví á mirar el mar inmenso y sentí por mis mejillas correr algo... que no sé si fueron lágrimas ó efectos de la humedad de la melancólica tarde.

SÉPTIMA CONFERENCIA

La madre patria frente al futuro

Señoras y señores: Ante todo, debo declarar la satisfacción con que me encuentro entre vosotros. Desde mi llegada á este país, no he tenido sino motivos para congratularme, pues he expuesto mis conferencias con un éxito de afectuosidad y de simpatía superior á mis méritos, ante un público en que figuraban elementos de alta significación en la intelectualidad y en la literatura argentina. Estoy íntimamente agradecido á esas deferencias.

No obstante, para darme por satisfecho, necesitaba algo más. Yo, obrero como otros muchos, obrero de una profesión literaria, necesitaba comunicarme directamente con la masa obrera, con quienes son trabajadores, lo mismo que yo lo soy.

Bien sé que estoy en este teatro ante representantes de todas las clases sociales. Empero, me permitirán que les diga: —No me dirijo hoy á ustedes, sino á los que, esclavos de sus tareas durante toda la semana, hoy domingo han venido á oirme. Desde este escenario yo saludo á los obreros; á la juventud comercial, aferrada al escritorio y al mostrador, y á todos cuantos no disponen de más tiempo para escucharme, que el de esta fiesta, que, por recordar á España entre tantos que son mis compatriotas, pudiera llamar fiesta de la patria y del corazón.

No vengo yo aquí representando á la España de los blasones y de la monarquía. Yo soy el hijo de un pobre comerciante, y á mi vez, un pobre escritor sin más facilidades que

mi trabajo para ganarme la vida. No soy, y ya lo he insinuado en otra conferencia, de los que pretenden establecer dentro de la sociedad algo así como privilegios y separación de castas entre los obreros manuales y los obreros intelectuales. Igualmente respetables creo que son todos los que contribuyen al engrandecimiento de su país, así sea en unos grande el esfuerzo, y en otros como para aportar un grano de arena. Tan importante como el más excelso pensador ó artista, ó sabio, paréceme el hombre que rotura la tierra, ó el industrial, ó el comerciante. Iguales son ante el verdadero criterio sociológico cuantos aportan sus elementos al gran capital, que es el trabajo humano.

La sociedad es como el mecanismo de un reloj, en que el simple muellecillo, leve como un cabello, es tan necesario para su funcionamiento cual el rodaje más saliente. Así, todos los trabajadores valemos, en realidad, lo mismo. ¡Todos somos señores, soldados del ejército de la libertad y del progreso!

Vosotros, mis compatriotas, los que sois españoles, yo aprovecho esta oportunidad para haceros una confesión, que desearía llegara á España, y que, si no llega, la repetiré allí cuando regrese yo. Y es que una de las más grandes alegrías de mi viaje, no es, con ser hermosísimo, el espectáculo de este Buenos Aires tan adelantado y progresista, cuya grandiosidad nos halaga á los españoles, por ser la de la capital de un país que es hijo de España; sino el espectáculo de la colectividad de mi patria, presentándose como modelo de laboriosidad dentro de la nación en que trabaja y para la nación de que proviene. Yo diré allí á quienes piensan que España se desangra viniendo á incorporarse á un pueblo de su sangre y de su raza, que aquí vosotros, compatriotas míos, venís á perpetuar el pueblo español, y sus censuras son torpes, pues cuantos vienen de la madre patria, vienen accediendo á las solicitudes del moderno progreso. Así como en el siglo XV, los conquistadores venían con la cruz y con las armas, así ahora vienen á sostener con todos los atributos del trabajo, también el prestigio de España en América, para que aquí donde vienen todos los pueblos del mundo, el nombre de España no se extinga.

Vosotros los españoles, que estáis aquí, sois como la imagen de la España que habéis dejado y que debe seguiros con ojos amorosos, por ser los soldados de una gran campaña nacional en favor de la civilización. Sois los hijos de una España que ha caído, pero como Anteo, como el héroe mitológico, que cobraba fuerzas nuevas cuando sus espaldas tocaban la tierra. Sois los representantes de un país que tiene en sí todas las razas históricas y todos los climas conocidos; en la dulce Galicia, con sus verdes praderas, sus altas montañas, sus ribazos melancólicos; en la risueña Asturias, á que se ha llamado por sus bellezas naturales, la Suiza española; en la férrea Vasconia y la hermosa Navarra con las poderosas riquezas minerales de su suelo, que parecen fortificar á sus hijos; en la industrial Cataluña, que levanta al espacio, como incensarios del progreso, millares de chimeneas; en las moriscas Valencia y Murcia; en la austera y grande Castilla; en la deslumbradora y florida Andalucía, que aun hoy es el museo de Europa, destacando ante el mundo su Alhambra como Parthenón de la arábica cultura. Sois, en fin, vosotros, el resumen de esa gran nación española que ha provocado grandes amores y grandes odios... ¡Odios, sí, pero no por ella, sino por la torpeza de sus gobernantes!

Tenía que circunscribirme á un punto, tenía que fijar un tema á esta conferencia. Conversaremos, señores, sobre España en el siglo XIX. Me he impuesto el punto, porque creo que es materia desconocida en este país como lo es entre muchos de los mismos españoles. Y no se extrañen de esta mi afirmación. En la historia lo que por lo común se ignora es la contemporánea. Los apasionamientos partidistas desfiguran, violentan los hechos. Nos limitan á un orden de ideas. Nos impiden la mayoría de las veces, abrazar el conjunto en su amplitud...

No debemos asombrarnos de que hay españoles que ignoren la vida de su país, que los americanos la conozcan poco. Ocurre en esto lo que ocurre entre amigos que riñen. Al cabo de un tiempo tendrán de nuevo que simpatizar, llegar á una amistad tan honda como la que interrumpieran, pero entonces sus confidencias se reducen al presente; casi no les preocupa aquella época en que para nada tal vez intervinieron senti-

mientos comunes. Algo parecido ocurrió entre mi patria y la América española. Cuando ésta, obedeciendo á sus impulsos de libertad se libró del poder extranjero, se lanzó á una vida propia, tenía á su frente grandes problemas que la absorbían. Hoy abierta á todas las corrientes civilizadoras, fija la mirada en todos los pueblos y es su porvenir el que la atrae, la mueve, la precipita...

Cuando á España se la estudia en el detalle, si el espíritu que tal tarea emprende no sabe volar, le es difícil apreciar sus progresos. Pero, si haciendo altos en su crónica, se miden épocas, sus avances surgen inmediatos, evidentes. A principios del siglo XIX, nuestro país tenía 11.000.000 de habitantes—en épocas anteriores tuvimos 22.000.000; los malos gobiernos y la intolerancia disminuyeron el número que significaba fuerza, poder, cultura, florecimiento—hoy tiene 20.000.000. En un siglo hemos progresado en 9.000.000. Hace cien años la enseñanza era un mito, la intolerancia lo constreñía todo; hoy, exceptuando una ínfima minoría de fanáticos, los que piensan y trabajan, sienten y aman la lucha somos liberales, republicanos, nos hallamos envueltos en el vértigo del progreso, no volcamos en el futuro...

La vida ordinaria, señores, se mueve entre grandes recuerdos y grandes esperanzas. Lo mismo, los pueblos. Se nutren de su pasado, piensan en el porvenir. España es de los pocos países que pueden beber energías en la fuente de lo que fué. Ese ayer no es lo que algunos espíritus estrechos encuentran simbolizado en Ignacio de Loyola, en el absolutismo de los monarcas austriacos, en el tétrico tribunal de la Inquisición. Castelar, el verbo magnífico, decía: «el pasado de España respira libertad, democracia!»—Y decía una verdad. En el Medio Evo el pueblo español marcha á la cabeza de los demás. Es libre y grande. Uno de los misterios que al extranjero superficial se le presenta hojeando nuestros libros de historia, es el ofrecido por la guerra de la reconquista. Pocos se explican tardáramos siete siglos para expulsar de nuestro territorio á la morisma. Olvidan los que así opinan que España era en aquellos tiempos indiferente en materia de religión. Durante largos períodos en su suelo vivieron en perfecta paz mahometanos, judíos y cristianos. No recuer-

dan que reyes moros y reyes que adoraban la cruz llegaron en ocasión á ser buenos amigos, que príncipes que rezaban en templos de Cristo se unieron con princesas islamitas, que los moros se radicaban en los estados cristianos—esos moros se llamaban mozárabes—y viceversa—los cristianos se llamaban mudéjares.—Fué necesario que llegaran los Carlos V, los Felipe II, los Felipe III para que España se viese lentamente estrechada por el fanatismo, para que en nombre de la religión, aquellos hombres de otra fe se vieran obligados á abandonar una tierra que amaban y fueran derramando sus energías, llevando sus ideales por otras naciones.

En aquella época gozó España de una indiscutible libertad política, y á este respecto séame permitido recordar un hecho que entraña un craso error y un craso desconocimiento de nuestra historia institucional. Poco tiempo hace, con motivo del triunfo obtenido por el partido revolucionario de la joven Turquía, las Cámaras inglesas saludaron á las Cámaras turcas recién instaladas, con un mensaje que decía así: «El Parlamento más viejo del mundo saluda al más moderno de la joven Turquía». Este mensaje entraña un error. No es cierto que el Parlamento inglés, que es ejemplo de los parlamentos de Europa, sea el más viejo. Estaba yo entonces en España y escribí al respecto demostrando cómo ciento veinte años antes que por vez primera se reuniera el Parlamento inglés se congregaban en mi patria, en León, las cortes castellanas, dejando así sentado por vez primera como hermosa conquista de progreso los principios del sistema parlamentarista.

Creer que los reyes españoles de la Edad Media eran absolutos, equivale, sencillamente, á creer un gran error. Casi puede decirse que no eran sino presidentes de república, con todas las limitaciones legales de tal. La real corona no pasaba de padres á hijos sino cuando en tal pase estaba conforme la nación, cuando el pueblo encontraba en el hijo cualidades que le hicieran digno de suceder al padre. Había entonces en España las fórmulas y las formas de una democracia, forma y fórmula que no son hoy, naturalmente, aplicables, como no lo son las corazas, los arcabuces y otras armas de ofensa y de defensa de los tiempos que fueron, inservibles ante los inventos de los cañones de tiro rápido.

La fórmula del juramento de los reyes es tan gráfica, que pinta mejor que nada las relaciones de mutuo respeto entre pueblo y soberano. El rey, para serlo, tenía que presentarse ante las cortes reunidas. Allí se le presentaban los sagrados evangelios y por ellos y ante ellos juraba ser servidor del pueblo. «Nos—le decían—que valemos tanto como vos, os hacemos rey si guardas nuestra libertad y nuestros privilegios. E si non, no».

Es que después vino lo moderno—y lo moderno no es lo contemporáneo—porque lo moderno es la tiranía, el espíritu de intolerancia religiosa, en una palabra y para ser más breve, la ruina de España. Por eso es que el relato de la España de á principios del siglo XIX es un relato triste, esencialmente triste, que arranca lágrimas. Nuestra historia es historia de eterno civismo. Terminada la historia de la tradición y del atraso iba á comenzar la historia del progreso. El cambio resultaba así demasiado fundamental, y esta clase de cambios no se realizan en la historia sin que sobrevengan grandes crisis. Se han descubierto muchas cosas, pero no se ha llegado aún á la receta que permita cambiar tranquilamente la situación de los pueblos por medio de discursos. Para estos cambios es necesario, es indispensable la lucha, la batalla, el combate. De otra manera no es posible conseguirlos.

Ocurre en la historia lo que pasa con un pedazo de la naturaleza cuando el ambiente que la rodea se encuentra contaminado por miasmas de diversas enfermedades contagiosas. La dulce y suave brisa, llena de poesía, que mueve las frondas, no puede higienizar el lugar, porque no tiene fuerza para ello. Pero el huracán, la tempestad llena de rayos y relámpagos, sí nos libra. En la historia de los pueblos, estos dolorosos huracanes son indispensables. En la vida individual misma pasa algo semejante. Cuando venimos al mundo no venimos en medio de risas, sino en medio de los dolores de la que nos da el ser, gimiendo como la noche gime.

España á principios del siglo XIX presenta un cuadro de tristeza intensa, y—¿por qué no decirlo?—un cuadro de vergüenza intensa también. Habíamos tenido un rey, Carlos III, que no era una gran cosa en materia de inteligencia, que por el contrario era pobre en concepciones geniales, pero

que tenía una admirable condición: la de sentir admiración hacia los hombres grandes, hacia los hombres de talento de quienes solía rodearse. Por el sólo, considerando aislada su figura, es un rey malo. Es grande por sus ayudantes y por sus colaboradores: Aranda y Floridablanca, cuyos nombres han pasado á los anales históricos rodeados de consideración. Hoy mismo, cuando se recorre la península, se puede admirar la profusión de canales, fábricas, asilos, obras de agricultura y de beneficencia, asociaciones y agrupaciones creadas en los tiempos del rey Carlos III, por él ó por sus ministros.

Durante más de un siglo, Floridablanca y Aranda, han sido maldecidos por los representantes de la intolerancia, y aun en la época actual, hace dos meses, maldecíanlos en una sesión académica, el P. Coloma y Pidal, cantando los tiempos en que Aranda y Floridablanca no existían. ¿Sabéis por qué? Porque expulsaron de España á la Compañía de Jesús.

Y permitídmelo este recuerdo de paso. En un banquete de escritores españoles, íntimo, sin brindis ni discursos, pero de afectuosísima comunidad intelectual, dímonos á pensar varios de nosotros, de los que sin mayores méritos ponemos nuestro patriotismo al servicio de las causas elevadas, cuáles han sido los tres más grandes hombres de España. Y después de evocar casi una por una todas las gloriosas figuras, sin decidírnos á incluirlas en esa trinidad incomparable que buscábamos, nos acordamos de tres españoles que nos parecieron los más dignos de constituirla. Era el primero don Juan de Padilla, que de los héroes de Villalar, defensor de las comunas libres en tiempos de Carlos V, y que continuó las tradiciones liberales y democráticas de la España medioeval. Representaba á la España que hubiera avanzado en el progreso si no la torcieran en su camino las alianzas extranjeras. Era el segundo el conde de Aranda, aquel noble de voluntad de hierro, que luchaba con tesón inquebrantable por el engrandecimiento de su patria, y á quien Carlos IV llamaba «tozudo como una mula española», el conde de Aranda, á quien saludaba elogiosamente Voltaire y que contribuyó á la expulsión de los jesuitas, no sólo en España, sino también en Portugal. Y era el tercero don Juan Alvarez Mendizábal, antiguo dependiente de comercio que llegó hasta el Gobierno de su país, y encontrando que España no se

enriquecía porque más de la mitad de sus tesoros iban á poder de los conventos, implantó la desamortización, entregando á la nación esos bienes, dotándola de ferrocarriles y de carreteras que le faltaban.

Iniciase la historia española en el siglo XIX con uno de los reyes más ineptos que ha conocido nuestra cronología. Era Carlos IV una figura insignificante, pálida, que vivía con la inconsciencia de un sonámbulo. Cuando su pariente Luis XVI estaba en capilla para ser decapitado por la guillotina; cuando Europa se conmovía con los sucesos revolucionarios de París, él, Carlos IV, que tenía en Aranjuez un pequeño campo, entreteníase en la agricultura y en la caza, y si sus embajadores ó ministros le hablaban de los acontecimientos de París, el rey les contestaba: «Hoy he matado tres ciervos y dos gamos».

Gobernaba á España un privado incapaz, Godoy, deseoso de hacer algo por el país, pero á quien el país odiaba. Otro elemento gobernante era María Luisa, protectora de Godoy, como lo había sido de otros antes y lo fué después de muchos. Godoy, á la sombra de esta protección, alcanzó el poder y gobernó, sin preocuparse del país, sino de la reina, cuyo mal-humor desvanecía tocando la guitarra. En esa época, todo lo que sucedía en España y en sus dominios se debe á la fatalidad de las leyes históricas. Ya existían en América, San Martín, O'Higgins, Bolívar, Sucre, todos los grandes caudillos militares. Era, pues, natural que la historia se desarrollara como se desarrolló, y yo, que por encima de todo amo la lógica y la libertad, encuentro muy natural la emancipación americana. Mientras que España estaba falta de gobernantes, América tenía grandes generales.

Era una política desacertada la de Carlos IV. Por miedo, —no por entusiasmo, no, señores— en lugar de unirse, como le aconsejaban sus intereses dinásticos, Carlos IV con las naciones que se levantan contra la revolución, se une con esta última. Se dió así el espectáculo grotesco de que un país, que aun contaba entre sus instituciones ordinarias, el tribunal de la Inquisición—tribunal que ya no funcionaba porque, como muy bien lo dijo Larra, «la Inquisición murió de puro vieja»—que tenía leyes retrógradas, se aliara con la República, surgida entre una explosión de liberalismos, de ideas nuevas,

revolucionarias. Aquel pacto indispuso á Inglaterra en contra nuestra. Y se produce aquel desastre—que es página de derrota, pero de gloria para España—que se conoce con el nombre de batalla de Trafalgar. Trafalgar, señores, nos arrebató el dominio marítimo. Y de aquel combate, aureolado de heroísmos, no admiro tanto á Gravina, á Alcalá Galiano y á otros muchos que murieron, como admiro á aquel sabio, aquel cosmógrafo que no era ni marino ni guerrero, á Churrua, figura melancólica, dulce, que fué á aquella emboscada contra sus opiniones, que cuando llega el momento decisivo del encuentro, que fué fatal por torpeza del almirante francés, sin hacer proclamas al estilo napoleónico, dice sencillamente á sus soldados:—Españoles: que conste que la bandera de la patria está clavada en el palo mayor. Y que si nos hundimos en el abismo, la bandera se hundirá con nosotros.

Y así fué. ¡Así cayeron aquellos nobles corazones!

Esa derrota es obra de aquellos reyes ineptos. La corte de Carlos IV era una corte de intrigas. Su hijo Fernando VII ambicionaba impaciente la corona. Y ambos se emulaban en adular á Napoleón, el soldado de suerte, que se apropiaba de la herencia de la Revolución. Cuando se estudia la política de este emperador corso, su conducta para con España es inexplicable.

He hablado al respecto con sus historiógrafos más notables; he leído libros que tratan esta materia con gran altura y detenimiento, y sin embargo, ni los unos ni los otros aclaran este punto obscuro, que lo será tal vez para siempre. Nada podía temer de España. Era su aliada. Sus ejércitos lo habían seguido hasta Dinamarca en su campaña contra Rusia. Nuestra escuadra se hallaba á sus órdenes, anclada en el puerto de Brest. Y sin embargo, nos invadió con sus compañeros de la victoria. Estalla la guerra de la Independencia, y mientras los hijos del pueblo se sublevaban, luchaban contra el extranjero, nuestro rey en París felicitaba al Emperador á cada victoria que ganaba, y se condolía por cada derrota que sufría...

Sobre esta época, señores, corren versiones infundadas. Una de esas versiones que se arrojan entre los párrafos de un artículo de fondo de algún periódico, y que luego son acep-

tadas como si se tratara de un artículo de fe. Se dice: la causa francesa en España era la causa del progreso contra la del obscurantismo. Nada más incierto. La Constitución que dió Napoleón era mucho menos liberal que la de Cádiz, promulgada en 1812. Napoleón no era la Revolución. Era el Imperio. Con José Bonaparte podrían estar escritores como Moratín, escépticos como Goya, que siendo pintor, pintaba lo mismo para Fernando VII como para José I; es verdad, pero en cambio, con el pueblo se hallaban espíritus de la talla de un Quintana, de un Arriaga, de un José Barbalón Gallardo, autor de un diccionario cristiano burlesco, que es muy superior al de Voltaire... y toda una legión de hombres que querían la independencia para pensar con libertad....

No es cierto que la causa francesa representase la causa de la libertad y que los otros representasen la causa de la reacción. Lo que hubo entonces fué la separación que se opera siempre, cada vez que se produce un movimiento de opinión, la división eterna de la humanidad: de un lado los listos ó los hábiles, del otro los entusiastas, los egoistas y los altruistas; los cobardes y los valientes, los que aspiran á tener una prebenda dada por José Bonaparte y los que se animan á perder la prebenda. En una palabra: los que se quedan donde están, porque donde están se encuentran bien, y los que llenos de entusiasmos se lanzan á la romántica aventura, á reconstruir la patria, á darle independencia y libertad, á reconstruir las antiguas cortes y con ellas la institución política, á hacer una España progresiva y á encaminarla por el sendero del adelanto, en medio del fragor de las luchas y de las guerras.

Después viene la reacción, la reacción amarga. España, mientras creyó en sus reyes, tuvo el dolor de sufrir amargos desengaños. Desde lejos, cuando no se conoce á fondo la psicología de aquel pueblo, resulta difícil explicarse cómo pudo luchar durante seis años consecutivos, en guerra abierta, por Fernando, por aquel Fernando tan ansiado de su pueblo, que pasó á la historia con el adjetivo de «El Deseado». Su retrato se colocaba en los altares á guisa de imágenes sagradas, originándose las jornadas de Gerona y Zaragoza y cien más que son ejemplo de la bravura indomable de la raza.

Es extraño, en verdad, lo que por aquel rey se hacía, tanto más que encontrábase éste, entonces, en París, y felicitaba á Napoleón cada vez que sus huestes vencían á los ejércitos españoles. Al volver á España, trajo Fernando la reacción. De una sola plumada suprimió las libertades políticas, suprimiendo las cortes y la Constitución del año 12, que era una de las más completas y adelantadas de su época. Vióse entonces á hombres ilustres presos en presidio por el simple delito de pensar. Argüelles fué enviado á Ceuta, y grandes generales del ejército fueron desterrados ó presos en Castilla. La reacción comenzaba enérgica, haciendo surgir á Clariá, Bernier y otros tantos caudillos de la independencia. Era aquél, señores, un momento que resultaba terriblemente absurdo. Todo lo que viene después no es sino consecuencia de aquel momento, y consecuencias lógicas, por cierto, dentro de la ensambladura de los hechos de la historia.

Se comprende, en efecto, que en un país donde todas las esperanzas y anhelos de libertad están muertos, que tiene disueltas sus cortes de Cadiz por orden real, que carece de toda esperanza para el futuro, que ve á sus hombres intelectuales perseguidos y penados, cuyo ejército estaba como blanco de persecuciones, se comprende, digo, que no tuviese simpatías más allá de las fronteras, y se explica que España fuese de mal en peor. Los españoles—muchos españoles, por lo menos,—consideramos aquello lógico, y aseguramos que no es imputable á España, sino á los hombres que á España gobernaban. Los pueblos que se quejan de la poca libertad que entonces la madre patria les daba, deben pensar lo que era entonces España. Los españoles de allá no gozaban de mayor libertad que los súbditos de allende el mar: gozaban de menos. Se comprende que se perdiera á América íntegramente, desde Texas hasta el Cabo de Hornos y que se separasen las que después fueron repúblicas americanas, que han quedado unidas á la madre patria por los lazos del idioma, del afecto, del espíritu de la raza.

En el fondo de la vida de los pueblos, una fuerza misteriosa hay que los guía. Unos, la llaman Dios; otros, Providencia; y otros, fatalismo de la Historia. Creyóse en España que por la fuerza de las armas se podría reconquistar el

afecto perdido y á tal efecto una nueva aventura se intentó. La Santa Alianza formada para terminar con los últimos destellos dejados por la Revolución Francesa, auxiliaba á España, y Rusia le prestó de buen grado sus barcos para transportar en ellos, hasta Méjico y Perú, una fuerte expedición militar, que no serviría sino para retardar el momento de la independencia de estos pueblos, ya que la independencia era cosa que fatalmente había de ocurrir.

Las tropas se reunieron todas en Cádiz y al verse juntos y reunidos aquellos militares, á quienes se despreciaba porque se decía que entre ellos había cundido el espíritu de la masonería, ocurrió algo que la monarquía no esperaba: la sublevación de Cabezas de San Juan, en la que aparecen figuras que son como figuras de mártires de la humanidad.

Y surge la figura de Riego, uno de los héroes y mártires de la libertad, uno de los que sublevaron las fuerzas que debían venir á América á incorporarse al ejército español.

Aun hoy, cuando los republicanos hablamos de la libertad, hay reaccionarios, partidarios del retroceso á otras épocas, que nos dicen: «¡Bah! ¡Por la libertad perdió España á América, porque las tropas que debían venir á obstar la emancipación americana, se sublevaron!» Esto último es verdad, pero también lo es que se sublevaron porque pensaban: «Antes de combatir en el exterior, debemos combatir en el interior». Y así hubo libertad en España, gracias al ejército.

Este no tiene ahora el prestigio de antaño, ni conviene lo tenga, pues no es ya como entonces. Pero el ejército ha sido en España un factor de cultura, á principios del siglo XIX. La masa popular no lo era. Es doloroso decirlo, pero es cierto también. Estaba educada en el respeto á la tradición monárquica y carecía de medios y de energías para imponer nuevas ideas. La masa popular ha contribuido al progreso de España, pero no entonces, en esa época, cuando gritaba ¡Viva Fernando VII! ¡Vivan las cadenas! La tendencia á la libertad estaba representada por la clase media, por los capitanes, por la oficialidad del ejército, hijos de esa misma clase. Y así, ese ejército hizo la revolución de 1820; y entre las figuras de ese ejército, la de Riego ha quedado como emblema de la libertad. Acaso en otra época, este héroe que era una

personalidad sin relieve, sin gran cultura, hubiera quedado obscurecido. ¡Pero la página del martirio es en su historia la que lo glorifica!

Después de derramar sangre por su país, Riego, encerrado en un serón y escarnecido por la muchedumbre, fué llevado á una plaza y allí lo ultimaron, como si fuese un criminal. Pero no murió su espíritu de soldado altivo. Dejó su himno, que tantas veces habréis oído, y que acompañaba á su columna cuando él á su frente buscaba las partidas realistas; el himno de Riego, que aún hoy disgusta á los reyes, y que siempre canta el pueblo cuando se lanza en demanda de libertad.

En el primer tercio del siglo XIX, España pasó por los mayores conflictos. Desde el año 23 la libertad sufrió una vida precaria. La monarquía quiso hacerse dueña de todo, pero la libertad se sublevó. Y la monarquía española se unió entonces á Francia, en la Santa Alianza, y la invasión francesa de los cien mil hijos de San Luis acabó con la libertad con una reacción tal que Francia misma mostrábase arrepentida de haber sostenido el poder de Fernando VII. Fué esa reacción tan horrible, que no se conoce suceso en que el mundo viejo se haya visto más ensangrentado.

Los que rodeaban á Fernando VII, eran fanáticos absolutistas. Más que el mismo rey. De aquella época es la frase: «Más realista que el rey». Ellos aconsejaron todos los excesos, los reclamaban, los imponían. Las ejecuciones se sucedían á las ejecuciones. El pensamiento moría aplastado en aquellas horas sombrías. Hubo universidad, señores, como la de Cervera cuyos catedráticos ignorantes que no sabían enseñar sino tiquis miquis teológicos, en una nota elevada al rey se atrevían á escribir: «Lejos de nosotros la fatal manía de pensar».

La reacción llegaba con todos sus excesos. Un español que revivía el Cid en pleno siglo XIX, un hombre de pocas letras, de la clase popular, pero un alma grande, valiente, gloriosa, Don Juan Martín el Empecinado, el que en la guerra de la reconquista sigue la tradición de lucha que se iniciara en Viriato, recurriendo á la guerrilla para hostilizar al imprudente invasor, fué sin respeto alguno por sus merecimientos, so pretexto de que profesaba ideas liberales, encerrado en

una cárcel y en las ferias del pueblo de Roa mostrado dentro de una jaula y expuesto á los insultos de la canalla realista. Un día aquel viejo arrancado de un canto de la Iliada, se yergue, se subleva contra la chusma; con sus músculos habituados al combate rompe los hierros de la jaula, se apodera de un sable que pende del cinto de un guardián y muere batiéndose solo contra todos como un león.

Las víctimas fueron muchas. Todas las clases sociales dieron un tributo al martirio. Cuerpos de obreros pendían de las horcas, oficiales valientes, hombres como Torrijos, Chapa-langarra, caían fusilados; mujeres como Mariana Pineda subían al cadalso á purgar la imprudencia de haber con sus manos bordado una bandera que en una revuelta liberal se hubiera agitado como un llamado al progreso. Los crímenes se sumaban á los crímenes. Pero, españoles, mientras la opresión reinaba arriba, la rebeldía persistía en el llano, incesantemente repetida, sin cesar nunca, adelantándose al triunfo que en una hora lejana sería suyo.

Fernando VII se cansó de vivir entre sombras.

A esta altura es imposible seguir en su rápido vuelo la elocuencia arrolladora del señor Blasco Ibáñez al describir y pintar con nítidos colores las escenas cruentas del movimiento anticlerical de 1836, en que se asaltan en las principales ciudades de España los conventos y casas de religión, especialmente en Madrid, cuya página histórica es conocida con el nombre de «la matanza de San Francisco». Como frase gráfica de la época, reproduce el parte que un alcalde elevó al Ministerio respectivo diciendo:

«En este pueblo, sin novedad. La matanza de frailes se prosigue dentro del mayor orden».

Después pasa el conferencista á tratar del ocaso del reinado de Fernando VII.

Hicieron la guerra á Fernando VII en Cataluña los que se consideraron, según la frase clásica ya citada, más realistas que el rey. En ese momento, Fernando se siente en peligro inmenso, pues en palacio comienzan las burlas y las hábiles intrigas de la corte. Fernando casóse con la italiana María Luisa, que, al igual que Isabel II, se inclinaba hacia los liberales, iniciándose así en una vida que bien parecía una novela.

Había de por medio á los efectos de la sucesión en el trono y la corona, el inconveniente de la existencia de la ley sálica, que dominaba en todas las casas de los Borbones. La ley Sálica, como se sabe, impedía que una mujer heredase el trono. Tal es el gran conflicto en que Fernando se encontraba. Como no tenía sino una hija, la corona tenía que ir á manos de su hermano Don Carlos, que representaba la reacción.

Aquel rey no acababa nunca de morir. Cada mes redactaba un nuevo testamento, y en cada testamento que hacía, dejaba la corona á diversas personas. Un instante hubo en que Calomarde, poniendo en juego toda su decisiva influencia de ministro del rey, consiguió hacerle dejar la corona á Don Carlos. Al lado de María Cristina estaba la infanta Carlota, mujer fuerte y varonil, sólida, resuelta, especie de Walkiria, de amazona. Cuando ésta tuvo conocimiento del testamento, corrió á la cámara real, se encontró con Calomarde, le quitó el testamento y le aplicó un par de sonoras bofetadas.

Calomarde no tuvo sino una frase:

—Señora, manos blancas no ofenden.

Y era, en verdad, lo único que podía en tal situación decir.

Después de esto, vuelven de nuevo los partidarios de Isabel á pedir insistentemente que derogue la ley Sálica. Así se hizo, en efecto, y Fernando VII murió por fin, y salió de la historia de España, odiado por los reaccionarios y odiado por los liberales. Tal fué Fernando, persona fatal, tan fatal, que aun después de muerto, fué nefando para el país: dejó como herencia la guerra carlista.

Fué éste un conflicto curioso que nos costó tres guerras, y del que sólo es responsable el apasionado carácter español, que pinta Eliseo Reclus al decir que cuando un español toma una idea, la toma con tal calor, que muere en ella y la deja inoculada en el espíritu de sus hijos. En cualquier otro país, tal conflicto no hubiese originado sino una guerra. En España costó tres, y aun hay quienes sueñan con una cuarta, cosa que es hoy imposible, porque hay en España ferrocarriles que harían imposible la existencia de las guerrillas y de las montañas.

Creo que tendré que terminar, porque es ya un poco tarde. En España, ni hay optimismo absoluto, ni hay pesimismo absoluto.

En la vida sólo se es joven una vez. Después viene la decadencia y la vejez. Los pueblos—la historia nos lo dice—sólo son grandes una vez, y España ya fué grande. Inglaterra perderá un día su actual hegemonía, que es posible pase á los pueblos de América. Pero dentro del concierto de las restantes naciones, no es España tan mala como decimos que es en los momentos en que los españoles nos reunimos para charlar. Es que somos apasionados con las cosas y las que veremos ver realizadas pronto, lo más pronto que ello sea posible. Nos pasa, en la exageración, lo que á una persona que llevase mucha prisa y viajase en ferrocarril, y al ver que no llegaba rápidamente á su destino, dijese que el ferrocarril marcha más despacio que una carreta. España progresa, está en marcha, avanza, y tan grande es la fuerza de impulsión, que hace avanzar hasta á su peso muerto.

Nosotros seguimos trabajando en la gran obra nacional de una España nueva. Pensamos que España no es solamente el territorio encerrado por sus fronteras, en donde flamea la bandera roja y gualda, ni la concreción política obediente á la monarquía. Creemos que España es una manifestación del alma humana, que encarna una raza, la raza española, toda la inmensa raza que tiene la misma sangre y el mismo idioma. Creemos que España es una concreción de la humanidad.

Los que alzamos la inteligencia arriba de las divisiones de patria, vemos como nuestro, algo más que la península española, y cuando notamos manifestarse el progreso en una nación de nuestra familia, nos alegramos y queremos que la raza española esparcida por el mundo sea grande, al lado ó detrás del Atlántico, queremos en todas partes la grandeza de España.

En esa misma historia que yo os relataba, cuando la libertad se ve frente á la reacción, la libertad se salva por algo que viene de América. Cuando estalló el conflicto entre las dos ramas de la monarquía, los palaciegos se decidieron por el infante Don Carlos, sin que en ese momento pudiera ser contrarrestada la monarquía por los partidarios de la libertad, que eran pocos y no tenían caudillo, y entonces empezaron á llegar de América á las playas españolas soldados que tenían el gesto melancólico de los vencidos, no por la falta de valor, sino por la fatalidad; soldados vencidos por una de las más

gloriosas campañas del siglo XIX; soldados que se habían batido en todos los climas con la arrogancia y el impulso de los héroes homéricos. Eran vistos en España como apesados, diciéndose que traían el contagio de influencias malas. Entre esos grandes soldados estaban Rodin y Valdés, Espartero y otros y todos ellos pusieron sus espadas al servicio de la libertad en España. Eran españoles que habían luchado en una guerra prodigiosa, que no ha tenido aún Homero que la cante, ni historiador que la narre con toda su grandeza: la guerra de la emancipación americana.

OCTAVA CONFERENCIA

La novela moderna

Séame permitido breves palabras á guisa de introducción antes de entrar en lo que puede llamarse el tema de esta conferencia.

Yo he venido desde España á la República Argentina, sabiendo que venía á un país de prodigio, á un país de civilización mágica, de verdaderos milagros. Yo sabía que en este país de improvisación, donde ayer era una pradera inculta por donde vagaban las yerbas, aparece hoy un pueblo que mañana puede convertirse en una gran ciudad. Yo sabía que esta República tenía por capital á una inmensa metrópoli, que hace más de un siglo sólo contaba con unos miles de habitantes y que hoy es la segunda ciudad del mundo latino y una de las tres ó cuatro capitales de la humanidad. Yo sabía los grandes prodigios de este pueblo, pero yo que sabía todo esto por los labios; yo que sabía todo esto por las ligeras observaciones que he podido hacer en los pocos días desde que permanezco en vuestra capital, en la gran ciudad de Buenos Aires, os aseguro, os afirmo y os juro que la sorpresa mayor que he experimentado es al visitar vuestra ciudad de La Plata.

Esta, señores, es una sorprendente improvisación de la cual no tenemos idea en Europa, improvisación tan enorme que nuestra pobre imaginación no puede contenerla dentro de los límites del sentimiento.

Hay en los antiguos libros, no en los antiguos libros de caballería, en los cuentos fantásticos, en las leyendas que

formal la literatura popular de un pueblo, escenas mágicas en que por vía de encantamiento, aparecen del suelo y surgen castillos luminosos con palacios inmensos; pero yo os digo que esto ha sido obra de imaginación, que esto ha sido obra de edificación vuestra, por vuestro trabajo, por vuestra iniciativa, porque es esfuerzo, porque es inteligencia.

Jamás en 25 años, he podido contemplar palacios como los que hay en esta ciudad, que es hija de la energía, del valor y del progreso.

No, no bastarían la hermosura de vuestra ciudad, el esplendor de vuestras calles y paseos, la facilidad con que se ha improvisado, no bastarían á estos elogios que estoy dirigiendo en este momento, que no pueden ser más justos ni más legítimos, cuando se tributan á la ciudad de La Plata, capital de una provincia, que ha alcanzado el justo renombre que hoy conquista; porque yo os aseguro, y en esto no hay adulación alguna, porque yo sabré justificar más tarde mis palabras, yo os aseguro que de toda la América del Sur, La Plata es la ciudad más conocida de todos los intelectuales de Europa, y de la que oímos hablar constantemente.

Por que hay en vuestra ciudad algo más que la hermosura de vuestras calles y paseos, que la hermosura de vuestra edificación y que la prontitud con que la habéis construido; por que en vosotros no sólo hay una envoltura material, sino porque vosotros tenéis un alma, un alma espléndida, un alma de poeta y el ideal del progreso intelectual.

Las naciones son lo mismo que los órganos humanos, hay ciudades músculos, ciudades que se dedican al trabajo, á la actividad, á la producción, y hay otras ciudades de calles que parecen tranquilas donde palpita el ambiente sereno que necesita el hombre estudioso para dedicarse al trabajo del alma; ciudades que como las otras, son músculos, éstas son cerebros, y vosotros sois la ciudad cerebro de la República Argentina, y sois el cerebro que se asemeja á la Europa que piensa.

Yo al visitar La Plata, múltiples sensaciones he experimentado, como escritor, como hombre intelectual, como hombre de trabajo, dedicado á esta labor literaria; digo que he sentido las sensaciones que uno encuentra en su propia casa.

Han acudido á mi memoria los recuerdos más gloriosos de

aquella España que esparcía las luces de su ciencia por todo el mundo, al ver vuestros edificios de enseñanza, al ver ese imponderable Museo, que no es de La Plata ni de la República Argentina, sino de la humanidad, en el cual están consignados los orígenes de vuestra raza; en el cual está guardado el secreto de la creación del mundo.

Al ver todo esto, pensaba en otra ciudad, que hay en España, ciudad decadente, pero que conserva todavía esplendor de su antiguo prestigio, pensaba en aquella Salamanca, madre de la ciencia, madre de las letras que cumplió su misión enseñando á sus hijos, como la madre que educa á su prole, que está regocijada ante los progresos de los hijos que ha dado á la humanidad.

Yo pensaba que vuestra ciudad era la Salamanca del nuevo mundo, que vuestra ciudad será la Salamanca en el porvenir y vuestra ciudad me ha sugerido el recuerdo de una persona que es el símbolo de la grandeza intelectual, de un hombre por cuya personalidad yo he sentido más admiración que nunca, por la que puede llamarse el padre espiritual de esta hermosa juventud estudiosa y el padre de vuestra ciudad. He pensado y sentido admiración hacia ese doctor, hacia ese hombre de ciencia que es honradez de las letras y del pensamiento argentino; hacia ese hombre que tiene un apellido clásico, el apellido castellano de aquellos sabios de Salamanca, que eran gloria del pensamiento; hacia ese doctor que reúne las altas cualidades del hombre moderno, del hombre de estudio, hombre que es la tradición de la raza, que tiene de más noble y de más grande la nueva España, y permítame este detalle, el doctor González, este recuerdo que hago á su nombre, y que lleva en su rostro, en el color y hasta en la fisonomía, el sello de la raza.

A este hombre señores, le tengo envidia, la santa envidia de aquel que trabaja por el progreso, de aquel que cultiva su imaginación para crear; y yo pienso que por más trabajo, por más esfuerzo, nuestra obra, la de los escritores, es deleznable, nuestra obra de fabricantes de libros que viven cincuenta años ó menos, y que la humanidad olvidará, mientras que la obra del doctor González se va acrecentando y haciéndose con el tiempo cada vez más grande; cuando hayan pasado si-

glos, cuando la República Argentina tenga millones y millones de habitantes, cuando sea uno de los países más grandes del mundo, cuando sea el conductor del progreso, cuando sea el conductor de la humanidad, el conductor de la vida moderna, la fama del doctor González vivirá y La Plata será uno de los centros intelectuales del mundo, que esparcirá sus rayos por todas las naciones y servirá de foco para todos los hombres amantes de la ciencia.

No he elegido un tema científico para mi conferencia, pues considero que el auditorio que me escucha está compuesto de personas que tienen al respecto amplios conocimientos.

Creo más oportuno tratar un tema que está más en contacto con mi persona, y nada más propio por consiguiente, que hablar de literatura, de esa literatura al alcance de todos, que constituye el regalo del alma en momentos de aburrimiento y de dolor. Voy á hablar pues de la novela.

La novela es el género literario que está más en contacto y en relación inmediata con una necesidad que siente el ser humano; es el género que aparece en todo su esplendor con los pueblos, llegando á su definitiva formación en los tiempos modernos; es, en fin, el resumen, el conjunto de todos los géneros literarios; es epopeya, porque trata de los hechos históricos; es drama porque descubre los grandes conflictos de nuestra vida; es comedia porque establece con humor y con ingenio los rasgos ridículos de nuestra existencia; es epopeya literaria, en fin, porque describe la más noble de las pasiones, la que es fuente de vida y de grandeza: el amor á la patria.

Sus orígenes, se remontan á tiempos remotos, pudiéndose afirmar que hace su aparición con la vida de la humanidad. El hombre posee en su ser dos elementos: la inteligencia y la imaginación, el primero de los cuales suele también encontrarse en ciertos seres inferiores, lo que no pasa con la imaginación, que es una de las facultades que nos distingue y hace superiores con respecto á los demás seres. Estas dos facultades son necesarias y se complementan armoniosamente en el hombre, pues la falta de uso de la inteligencia conduce á la barbarie y al salvajismo, en tanto que la falta de imaginación trae como consecuencia el tedio y el aburrimiento.

Apenas venimos á la vida, apenas sabemos comprender las

palabras que escuchamos, siendo aún muy niños, en las largas veladas invernales le pedimos á la buena madre, ó al abuelo bondadoso, que nos relate un cuento. La humanidad, esa eterna niña, procede del mismo modo y queriendo hacer un paréntesis en la lucha diaria, se dirige al artista, al escritor y le pide también un cuento, una novela, que tienda á distraer el espíritu de las muchas preocupaciones que lo absorben.

Los orígenes de la novela se remontan á los tiempos prehistóricos, si es que en aquellos tiempos existía la palabra. Claro está, que allí no podía encontrarse propiamente la novela, tal como actualmente se concibe, sino se la hallara en una forma rudimentaria por así decirlo. ¿Acaso no es novela el relato que aquel hombre de las edades lejanas, tosco y sin los refinamientos que más tarde adquiere con la civilización, haría á su semejante, de las luchas mantenidas con las fieras, de los temores que ha pasado en las selvas, en el combate librado ha poco?

En las condiciones características del temperamento de los pueblos hebreos, asirios, persas y egipcios, encontramos en la tendencia de esos pueblos á lo maravilloso, la razón por la cual nacieron novelistas. En Grecia y Roma, la misma religión constituye una novela, una fábula muy hermosa, invención de los filósofos para alimentar á la humanidad con eternas quimeras.... El cristianismo, hace también uso de ellas, apelando á la parábola, que es una pequeña novela y usándola además, como propaganda en los sermones y pláticas de los sacerdotes.

Como género literario, hay que reconocerlo, la novela tuvo poca importancia en el antiguo mundo. En Grecia y Roma abundaban los historiadores y filósofos, pero no existían novelistas propiamente. Así Roma no tiene más novela que la obra grosera de Petronio, el Satiricón, y el Asno de Oro de Apuleyo. Es que no existía entonces la vida del hogar, sino tan sólo la preocupación de la vida pública, y es bien sabido, que donde no hay vida de familia no hay novela, porque ésta no se basa en los hechos públicos.

Se puede decir, sin temor de equivocarse, que la novela tiene su verdadera manifestación en los libros de caballería,

cuya pintoresca narración llámase romance en francés y novela en castellano; romances primitivamente en verso, que los trovadores de aquel entonces recitaban de castillo en castillo y de campamento en campamento. Pero el lugar de su nacimiento, remontándose á sus orígenes, se encuentra en una península europea: en España. Y no podía ser de otra manera, por el temperamento de aquel pueblo, cuyo territorio servía de tránsito á los celtas, á los fenicios, á los griegos, á los romanos, á los hebreos y á todas las razas de la Europa, que, al pasar, dejaron allí su sedimento. De ahí que España haya resultado un pueblo tan raro, en el que se encuentran mezclados todos los vicios, todas las virtudes, todas las debilidades, todas las robusteces del hombre. Y es por eso precisamente que el español puede adaptarse á todos los climas de la tierra, viviendo lo mismo en los países cálidos, donde se hace casi imposible la vida, que en las zonas frías, donde la vegetación se hace por lo mismo estéril.

Es grande la influencia ejercida en España por los judíos y los árabes en su larga dominación. Estos últimos, grandes imaginativos, dotados de temperamento ardiente, produjeron, cuando apenas sabían escribir, ese gran poema mágico que todos conocemos y cuya lectura nos ha deleitado en nuestra niñez: «Las mil y una noches». Una vez en la península, empezaron á cultivar aquellos romances caballerescos que constituyen la primera manifestación de nuestra literatura.

Como consecuencia de la influencia decisiva de toda esta labor literaria, cuyo mérito es indiscutible, surgió un pueblo novelista por excelencia, que si no escribía novelas, las hacía en acción, en cada combate y en cada batalla.

Pero es claro que esa situación tenía que modificarse con

Pero es claro que esta situación tenía que modificarse con literatura especial, realmente épica. Y fué más tarde cuando surgió un hombre, un superhombre, que no podrá ser nunca igualado, el creador de la novela española, el que no es sólo gloria de España, sino de todos los puntos donde se habla lengua castellana, un humilde soldado, pobre y desgraciado, dotado de cualidades imaginativas y de observación sorprendentes, que produjo la obra más admirable, más estupenda, más imperecedera: la obra que constituye la biblia de nuestra

raza. Comprenderéis, señores, á quien me refiero: me refiero á don Miguel Cervantes de Saavedra. Sí, «Don Quijote» es el libro representativo del espíritu español y del espíritu de toda la humanidad. Esta tiene un tesoro de obras célebres, de obras inmortales, de obras de genio. Pero en materia literaria, debemos hablar francamente, y hay que confesar que entre este tesoro de libros que admiramos, hay muchos que no hemos leído, que conocemos tan sólo de nombre, á pesar de lo cual les profesamos gran admiración. Acaso no pasa así con Homero, á quien todos clasificamos como el primer poeta del mundo, sin conocer una de sus estrofas? ¿Quién de vosotros no le admira? ¿No pasa lo mismo con el Dante? Todos sabemos que fué el autor de «La divina comedia», y muy pocos, no obstante, han leído la obra completa. Yo mismo he leído la parte del Infierno, solamente, dejando la del Cielo para otra oportunidad. Lo mismo puede decirse de Milton, cuyo «Paraíso perdido» sólo conocemos por las ilustraciones de Gustavo Doré.

Empero, no sucede así con Cervantes ni con Shakespeare, porque sus obras están basadas en nuestras luchas, en el estudio del carácter humano.

Pero aun así, Cervantes está más arriba que Shakespeare, pues la obra de éste al ser teatral, posee el carácter convencional de este género literario. Así, cuando transitamos por la calle y vemos pasar un joven pensativo, macilento y pálido, de ojos fatídicos, á nadie se le ocurre decir que es un Hamlet; cuando divisamos á un viejo ciego, de barba blanca, á nadie se le ocurre decir que es un Rey Lear; sin embargo, en la vida ordinaria, lo mismo que en la calle, en la casa, en una gran capital, ó en medio del campo, cuando existe un hombre imaginativo que vive fuera de la realidad, al más rústico se le ocurre decir, señalándole: «éste es un señor Don Quijote».

Cervantes es eterno, porque encontró para su obra, en un momento de exaltación, el verdadero tipo representativo de la humanidad.

En cada uno de nosotros existen dos tendencias. Llevamos dentro de nuestro ser un ángel bueno que representa los sentimientos altos y un ángel malo que son los instintos de la perversidad. Existe entre ellos una perpetua lucha. Y

esta verdad, que Pascal dejó escrita, la dijo antes Cervantes, con ese poder de adivinación excepcional que es forzoso reconocerle, al afirmar que la humanidad está compuesta de estos elementos.

Por ser, pues, humana y no ficticia la obra de Cervantes, conserva aún y conservará siempre la misma frescura y el mismo interés, sin que el tiempo pueda ejercer sobre ella su acción demoledora.

España brillaba en su Quijote inmortal. Francia, en tanto, producía obras de escaso valor literario, pero de cierta popularidad.

Surge el Gil Blas de Santillana, cuyo autor se creyó en un principio fuera español, por el conocimiento que demuestra de las costumbres de este país y que resultó ser Lesage, un mistificador literario. Aparece después en el siglo XVIII, la Historia de Manon Lescaut, novela amorosa. Pero, España, como si hubiera hecho un gran esfuerzo con el Quijote de Cervantes, permaneció durante mucho tiempo anémica, en lo que se refiere á la producción literaria, tal como hoy pasa con el arte musical, estacionario si no retrógado después de la desaparición de ese genio estupendo de Wagner, que parece se hubiera llevado, al morir, la inspiración, sin que por el momento se sepa cuando hará su aparición un émulo de su talla.

Un país nebuloso y frío, Escocia, producía un gran novelista de todos conocido, Walter Scott, cuya labor intelectual adquirió grandes proporciones, influyendo en el movimiento literario de Europa. El más grande elogio que se le puede hacer, se sintetiza al señalarlo como el creador de un estilo hasta entonces desconocido: el de la narración; estableciendo en sus obras el diálogo, en la forma que hasta hoy se usa.

Carlos Dickens viene después para introducir en la novela pasional el espíritu tranquilo de la sociedad inglesa. Dedicó su pluma á los pequeños, á los desgraciados, á los humildes, poniendo en las páginas de sus obras ese sentimiento cristiano de la piedad, que nos hace sentir hondo, que nos hace derramar lágrimas...

Ya en el siglo XIX, Francia empuña el cetro de la novela, que ha perdido ahora con la muerte de maestros ilustres. Lo

empuña con Balzac, ese gigante de la idea, ese gran psicólogo que sostiene sobre sus espaldas el peso de noventa y seis novelas, entre las cuales resalta ese conjunto que él envuelve bajo el título de «La Comedia Humana».

Víctor Hugo, el popular autor de «Los Miserables», es una brillante personalidad como novelista y lo mismo Balzac, pero no me detendré sobre ellos por haberme ya referido en conferencias recientes.

Pero hablaré de otro, aunque no tiene la importancia literaria de estos últimos, porque no es un maestro; merece sin embargo el mayor respeto, ya que su obra ha sido fecunda y original. Me refiero á Alejandro Dumas (padre) el titán de la imaginación que ha creado personajes fantásticos en la trama de sus grandes aventuras. El mismo fué un escritor que vivió fuera de la realidad hasta en la vida ordinaria á punto de que su propio hijo, decía refiriéndose al autor de sus días, con cierto aire protector: Yo no tuve padre; mi padre es un hijo que tuve cuando yo era pequeño.

Esta manera de ser le causó grandes decepciones.

Cuando Garibaldi arrojó á los Borbones del territorio de Nápoles, Alejandro Dumas, creyó que era necesaria su presencia y que Garibaldi no haría nada sin su auxilio. Consecuente en esta idea se embarcó en una goleta llevando algunas armas, y una vez en Nápoles en presencia del general, le manifestó en el tono familiar que acostumbraba, que venía á defenderlo.

Los napolitanos, al ver llegar este hombre de tez cobriza, con una gran cabellera que formaba sobre su cabeza una especie de almohada, creyeron encontrarse en presencia de un rajá de la India.

Los napolitanos entusiasmados por el honor que se hacía á Garibaldi enviándole tan importante delegación, fueron en tumultuosa manifestación á constituirse debajo de los balcones de la casa donde tan ilustre embajador se hospedaba.

Dumas, entusiasmado á su vez, con esta manifestación espontánea, decía á sus escribientes: Ya lo veis, esta es mi popularidad, y seguro estoy de que aquí cada uno de estos conoce perfectamente mis obras y especialmente á Monte Cristo.

Ordenó que subieran á sus habitaciones y hasta que estuvo aquello repleto fueron entrando. Corrieron de mano en mano los vasos con el licor que se escanciaba, á la vez que Dumas les decía: ¡Tomad! ¡Bebed! que yo lo pago todo aun cuando Monte Cristo no me produzca, á causa de los editores todo lo que debiera producirme.

Y aquel populacho que encontró muy razonable lo que el novelista decía, manifestó en coro: ¡Monte Cristo era muy malo! ¡Muera Monte Cristo!

Detrás de esta escuela, llamada en el lenguaje corriente, de la novela romántica, viene la escuela naturalista. Aparece como supremo representante de ella Emilio Zola.

El maestro quizo abandonar la torre de marfíl, donde moran ciertos genios que no son más que la personificación del egoismo y la impotencia para confundirse con la multitud y vivir su vida.

Encontré en mi visita al maestro abatido, con el doloroso abatimiento de los esforzados y de los que luchan; lo encontré triste y cansado después de haber llevado á cabo la grande obra. De sus labios no salió empero ninguna protesta airada, sino estas sencillas palabras repletas de amargura: «Yo creía que cuando se tiene la verdad, bastaba presentarla á la muchedumbre, pero veo que la humanidad no ha cambiado y que el que expresa una nueva verdad es condenado como el Cristo». Y ante la pregunta de si empezaría de nuevo la obra, él me contestó, después de una vacilación, con ese cansancio de los titanes que luchan con la ignorancia humana: «Sí, la comenzaría».

El imperio universal de las novelas de aventuras de Dumas, tuvo naturalmente su influencia en España, donde surgieron de pronto dos grandes autores: Pérez Escrich y Fernández y González, éste ha sido un talento sin cultivar, malogrado por su falta de ilustración, que él supo suplir con su genio.

Novelistas han sido y son, Benito Pérez Galdós, José María de Pereda, Alarcón, Juan Valera, la Pardo Bazán, la mujer más intelectual de Europa. Nosotros, los novelistas, somos de tal naturaleza, estamos constituídos de tal manera, que allí donde vamos, la novela viene con nosotros. Somos como

una placa fotográfica que conserva la impresión de la visión, En nuestros cerebros llevamos la impresión imaginativa que es retina cerebral, nuestra imaginación se hincha como la esponja, tomando los recuerdos de las sensaciones. Os digo esto, porque mientras estoy en la Argentina, parece que hago una cosa y en realidad hago otra. Yo doy conferencias, deseo dar conferencias, deseo hablar con el público; pero como tengo una doble personalidad, mientras hablo, en mi espíritu se gravan todas las sensaciones, todas las imágenes; parece que no tomo nota de nada y, sin embargo, más tarde, un día cualquiera, cuando yo esté lejos de vosotros, un día digo, sentiré la necesidad de tomar un montón de cuartillas de papel, y ya veréis entonces cómo en el libro que sobre este país pienso escribir, habrá muchos de vosotros que yo no recordaré con exactitud, pero que son imágenes y visiones que no salen de la memoria.

Aunque parezca que nuestra obra es superficial, aunque parezca que nosotros somos de los que todo lo vemos de color de rosa, como cosa agradable, somos algo más de lo que aparentamos.

Nosotros, por medio de la novela moderna,, esparcimos el progreso de la humanidad. Antes los novelistas eran como los antiguos trovadores que entonaban himnos de amor; hoy los novelistas somos los propagandistas de todas las grandes ideas y de todos los progresos que surgen en el mundo.

Las mismas ciencias físicas y exactas tienen su difusión por la novela; la humanidad no puede comprender las abstracciones de la ciencia. Podrá comprenderlas la juventud estudiosa; pero el hombre científico tendrá que darle color, y no todos ellos tienen facilidad suficiente para hacerlo. Y entonces viene el novelista, que son los obreros modestos del progreso, los sembradores que abren el surco arrojando la semilla que más tarde ha de fructificar en el cerebro de los pueblos.

Pienso que vosotros, con ideas tales, lo habéis aprendido en una capital intelectual como esta, en el libro de los filósofos, porque todos vosotros sois científicos que sabéis desentrañar con claridad el pensamiento; pero, hay otros que no han tenido tiempo de estudiar en esos libros científicos, y entonces

lo saben por los novelistas y por el periodismo, que es una diseminación y una continuación del novelista.

Bien, no tienen los republicanos las ideas del republicanismo, más que lo que hicieron todos los grandes hombres de la convención, más que lo que hicieron todos los grandes filósofos, todos los grandes políticos.

Ved cómo todos nosotros, desde jóvenes, cuando nos sentimos republicanos, no nos hemos sentido republicanos por los tratados de derecho político que hemos leído, sino porque nosotros lo hemos sentido en los capítulos de la barricada, de esa monumental obra de «Los Miserables».

¡El arte! ¡el arte! es la suprema manifestación, es la suprema propaganda de toda idea nueva. Como los antiguos tiempo de los espartanos, cuando enviaron á los atenienses aquel poeta Tirteo, que era la invocación del hombre débil, pero que llevaba dentro del alma el genio de la santa epopeya; aquel hombre dió más victorias á los espartanos que todos sus grandes hombres científicos.

El arte tiene una gran influencia en la vida de la humanidad, y por eso es que nosotros somos responsables del gran poder que llevamos en nosotros mismos, porque nosotros también somos la mente que educa á las generaciones y hacemos loable el progreso y lo hacemos democrático.

Nosotros, los hombres de novela, somos la suprema grandeza, y lo que hacemos en ciertos momentos de la vida, tiende á que el rico dé algo al pobre, no teniendo mayor satisfacción que saber que la virtud se inclina del lado del bueno, y el mayor premio es que no caiga un aplauso, sino que caiga una lágrima de impresión!....

Cervantes

Al hablar de Cervantes, el espíritu se encuentra en presencia de la primer figura de la literatura española, é indiscutiblemente frente á una de las más grandes de la literatura universal. Podría, siguiendo una costumbre que se ha hecho carne cada vez que se habla del que con tanta justicia se llama Príncipe de los Ingenios, haber aprendido de memoria

cuatro párrafos grandiosos, cuatro arranques literarios que vienesen á ser como una oda entonada en honor del autor del inmortal libro. No he seguido tal procedimiento, empero, porque ocurriría que después del caluroso elogio—bien merecido, por cierto,—quedaríamos sin conocer íntimamente su figura humana, su personalidad real, y en este autor, como en pocos, existe una conexión íntima y mediata entre el autor y la obra, entre el hombre y su producción.

Suele ocurrir con Cervantes lo que suele pasar en España con ciertas preciosísimas imágenes, verdaderas obras de arte talladas en madera, colocadas en ciertas iglesias ó catedrales. Las estatuas en sí son preciosas, pero á la devoción exaltada de los fieles se les ocurre que quedan mejor con mantos de franjas de oro y colocan mantos sobre el cuerpo, coronas sobre las testas, joyas en todas partes y, lo que era antes sublime, queda convertido en algo que bien puede tildarse de mamarracho.

Algo de esto, decía, ocurre con Cervantes, de quien, sin temor de caer en el terreno de las exageraciones, puede decirse que hay que volver á descubrirlo. Lo han puesto tan alto, tan inmoderadamente alto y tan fuera de la corriente de la humanidad los admiradores, que, como los fieles con sus santos, olvidan que han sido hombres. En este culto á Cervantes, formado durante años y años y siglos y siglos, hay mucho de meritorio, acreedor al aplauso. En España, á la cabeza de los grandes críticos, marcha el ilustre sabio don Marcelino Menéndez y Pelayo, y sé que es la República Argentina una de las naciones americanas donde mejor se conoce é interpreta el «Don Quijote». Timbre de honor para la ciudad de La Plata ha sido la cuidadosa edición allí hecha y no ignoro las bellezas de todo género que contiene la obra del doctor Adolfo Saldías, «Cervantes y Don Quijote», en la que ha dado muestras de ser un gran literato.

Nada más extravagante, en efecto, que lo que ha venido ocurriendo con los críticos del Quijote. Cervantes, que fué un desgraciado durante toda su vida, continuó desgraciado hasta después de su muerte. Ha pasado con él lo que pasa con ciertos fakires hindúes, que en honor de sus creencias se entregan á extravagantes ceremonias. Una plaga de fal-

sos cervantófilos se han dedicado á escribir libros en los que se pretende demostrar que Cervantes fué todo y todo lo suyo. Se ha hecho así un Cervantes filósofo, un Cervantes militar, un Cervantes católico, un Cervantes librepensador, y Cervantes no ha sido nada de eso. Se ha llegado á decir que en las páginas de su gran libro profetizó el vapor, la electricidad, el ferrocarril, y es extraño, en verdad, que no hayan dicho que profetizó el aeroplano, porque con un poco de buena voluntad hubiesen podido ver el aeroplano en el caballo volador de que en cierto capítulo se hace mención.

En cuatro siglos se ha venido tejiendo todo este himno, desfigurando su personalidad. Cervantes no fué sino un gran novelista, el primer y más grande novelista, y para su gloria este título basta.

La mayoría de los novelistas somos á modo de máquinas de escribir. Cervantes fué todo lo contrario. Fué ante todo un hombre, un temperamento de batallador, en combate siempre con los infortunios, de los que fué su vida larga cadena. Los primeros cincuenta años los pasó sin escribir una sola línea. Sus libros más grandes fueron escritos en período de plena vejez, entre los 55 y los 69 años de edad. De todas las glorias que en sus páginas encierra la historia de la literatura universal, es la más fresca, sin duda alguna, la de Cervantes; y conste que no digo esto por ser español y por afinidades de raza, porque estoy convencido que su figura no pertenece sino á la humanidad entera. Pero hay en esta gran figura que todos conocemos, mucho de exageración, mucho de convenido que se acepta y se repite, porque es resultado de los estudios realizados en los primeros años de la vida. Cuando se nos pregunta cuál es el poeta lírico más grande del mundo, contestamos sin vacilar que Homero. Y sin embargo, siendo sinceros, la mayor parte tenemos que confesar que no conocemos ni «La Iliada» ni «La Odisea». Casi lo mismo ocurre con el Dante y con «El Paraíso Perdido», de Milton. Una y otra obra sólo en parte las conocemos. Con el Dante, por ejemplo, lo seguimos gustosos mientras está en el Infierno, con menos gusto cuando llega al Purgatorio, y son pocos, muy pocos, los que le acompañan cuando penetra al Cielo.

Una anécdota pinta mejor que nada lo que deseo signi-

ficar. Un noble italiano, á consecuencia de haber reñido con otra persona sobre cuál de los dos era más grande, si Dante ó si Petrarca, fué al terreno del honor y en él recibió mortal estocada. En el lecho, moribundo, hablando á su hijo, le decía: «Y es la verdad que muero por Dante, aunque no he leído su obra».

Las consideraciones de mérito las aceptamos sin beneficio de inventario, de buena fe, porque provienen de personas que han hecho estudios al respecto, evitándonos la labor de que los hagamos nosotros.

Entre la enorme pléyade de genios que fueron, sólo dos conservan frescas sus glorias y sólo dos han estado en más contacto con el pueblo: Cervantes y Shakespeare. Ambos pintaron la pida intensamente y crearon figuras que pasaron á la humanidad, y hay que convenir que en lo que se refiere á la oportunidad, éxito y juventud de las glorias, Cervantes está más cerca que Shakespeare. Es que Cervantes fué el príncipe de la novela y la novela es el género literario que permite permanecer en contacto más permanente con el público. Shakespeare para ser puesto en escena, necesita modificaciones y adaptaciones al gusto de la época. Cervantes permanece grande siempre, como esos peñascos que están junto al torrente, y que en vez de disminuir de volumen por los embates del agua, lo aumentan con la agregación de la vegetación que en su torno se acumula. En el mismo público, entre el vulgo, en las situaciones ordinarias de la vida, se recuerda á Cervantes á cada momento. Nunca oiréis decir que Fulano se parece á Amlet ni á Rey Lear; pero estéis donde estéis, en cualquier país civilizado donde se hable ó no el idioma español, cada vez que se hable de una persona de grandes empujes por los grandes ideales, se dirá que es un Don Quijote, y cada vez que se hable de una persona de espíritu material y estrecho, se dirá que es un Sancho Panza. ¿Qué es lo que esto demuestra, sino que las dos grandes creaciones de Cervantes son infinitas personalidades destinadas á reproducirse en el infinito de los tiempos?

La gran mayoría de los novelistas no aspiramos sino á que quede de nosotros una faceta ó una chispa; pero Cervantes es el primero de los novelistas en un doble sentido

de la palabra. Primer novelista, porque nadie lo ha superado en la creación de tipos, y primer novelista, porque en el orden cronológico es el primero que aparece, siendo así el creador de la novela moderna.

En anteriores conferencias, al referirme al concepto que el vocablo novela encierra, he dicho que ella recién aparece como última manifestación de todas las literaturas, después del período de la epopeya, de la poesía lírica, del drama, como resumen de todas ellas. Pero aunque sea esto la novela, no impide que, como manifestación primera, haya aparecido antes de la formación de los pueblos, apenas aparecida la humanidad, antes de inventada la escritura, y antes de perfeccionado el idioma. El hombre en los primeros tiempos, llevaba ya en el cerebro la novela.

Por más que se trate de encontrar otras, se verá siempre que la diferencia que separa al hombre de los otros seres que en la escala zoológica ocupan un lugar más ó menos inferior, no es sino el poder imaginativo del hombre. La función de la inteligencia, que es como la carta de nobleza, como el título de superioridad del hombre, aunque en mucha menor magnitud, la poseen también los animales. Pero la imaginación, el poder creador del género humano para hacer surgir de la nada imágenes que agradan, recrean y entretienen, sólo el hombre la posee.

La imaginación necesita alimento, como lo necesita el cuerpo. Cuando ella no se alimenta, caemos en las horas negras del aburrimiento. Cuando niños, satisfechas las necesidades corporales, pedimos un cuento largo y bonito que nos entreteenga mientras inclinamos la cabeza en el regazo de la madre; y tengo la casicerteza que el hombre de la edad prehistórica, semisalvaje aún, cuando en las noches se reunía á sus compañeros para pasarlas en vela junto al fuego, á fin de defenderse de las fieras, mataba las largas horas contando cuentos y relatos de sus combates, de sus encuentros con animales fabulosos.

Los pueblos de Oriente, de tan exaltada imaginación, que como el rey Midas de la leyenda, convertían en cuento todo cuanto tocaban, no necesitan ser recordados. Los indostánicos demostraron ser grandes imaginativos cuando tuvieron que

legislar y crear sus grandes poemas sagrados con mitos, dioses, mitologías, que no eran otra cosa que novelas. Imaginativos fueron los persas, los asirios, los babilonios, que sólo á los iniciados enseñaban la parte substancial de su religión, dejando al pueblo la novela de las mismas; y el afán de lo maravilloso se nota hasta en los orígenes del cristianismo, porque su primer propaganda fué hecha entre orientales, por personas de exagerada imaginación. Jesús mismo demuestra gran afición á la novela, y sus frases y sus palabras están llenas de apólogos, ejemplos, cuentos. Tal, por ejemplo, la parábola del hijo pródigo, la de las vírgenes locas y las vírgenes sabias, etc.

Los pueblos de más tradición eran en aquella época los más imaginativos, los más aptos para la creación de la novela; y al extender Grecia y Roma su influencia por Europa, la literatura reviste formas luminosas; nace lo que hoy se llama el clasicismo; pero la novela no adquirió verdadera importancia sino entre los pueblos orientales.

La novela moderna necesita de dos elementos primordiales para su existencia: el amor y el hogar. Ha menester del ambiente de la familia, con todas sus intimidades y todas sus grandezas.

Y la sociedad antigua griega y romana, en otros conceptos grande, no lo era para la novela, porque en realidad no había familia, los ciudadanos pasaban el tiempo en la plaza murmurando de los magistrados, la mujer quedaba olvidada en su casa, sin participación directa ni indirecta en la vida pública de aquellas sociedades. Se comprende, pues, que no existiera la novela. Los griegos nos han legado en este género únicamente las «Fábulas Milesias», en exceso inmorales. Los romanos, el «Satiricón», de Petronio, ilegible para hombres y para mujeres, porque en esa obra se hiere profundamente la dignidad humana; y legáronnos también «Las metamorfosis», «El asno de oro», que es apenas una transcripción de los diálogos de Lucrecio.

Como he dicho, en los pueblos no existió en realidad la novela.

Pero cuando el cristianismo modificó la constitución de las antiguas sociedades, cuando se formó en verdad la fami-

lia, cuando la mujer no fué mueble de lujo, ni objeto de placer, adquiriendo su natural personalidad, entonces, sólo entonces empezó á aparecer la novela como origen del género literario que ahora con ese nombre conocemos.

Apareció con los libros de caballería, precedida por dos obras, por dos manifestaciones, tendientes á la verdadera novela: la «Historia Etiópica», en que el obispo Eliodoro describe los amores de Teógenes y Clerisandra, y otra de un autor desconocido, que según se cree nació en Bizancio, quien escribió «Dafnae y Cloe». La obra de Eliodoro fué modelo de Cervantes para su «Persiles y Segismunda». «Dafnae y Cloe» inspiró á un escritor francés, Bernardino de Saint Pierre, su «Pablo y Virginia». Sólo que esta creación es pura, y su predecesora está llena de immoralidades.

Vino con la Edad Media el florecimiento de la novela, que había empezado por el romance, cantado por los trovadores de castillo en castillo, de ciudad en ciudad, de aldea en aldea. La prueba de que el romance es padre de la novela está en que ésta conserva aquél nombre en varias literaturas, como la de Francia é Italia. En Francia se llama «romance», en Italia «romanzo». Cervantes fué quien impuso la palabra «novela», que no clasifica con precisión este género, pues «novela» es un cuento largo. De manera, que cuando es más amplia que un cuento extenso, debe llamarse romance.

En España hubo una influencia literaria que dejó hondas huellas. He hablado ya del gran poder imaginativo de los orientales. Pues bien: ninguno entre ellos de más poderosa imaginación que los árabes. Todos vosotros conocéis su libro mejor: «Las mil y una noches», que sin autor determinado, colosal maravilla á que contribuyó todo un pueblo, es el más brillante exponente de su fantasía.

Era España en la Edad Media, como una carretera del mundo, por donde afluían todos los hombres, y vió reunidos en su seno á los celtas, los íberos, los romanos, los cartagineses, los godos, los árabes y los hebreos. Y esto explica los caracteres diversos y las múltiples aptitudes del pueblo español, en que predominaban libremente las virtudes guerreras. Ocurrió entonces en España algo de lo que sucede ahora en América y en la Argentina, adonde convergen hombres de

todos los orígenes y de todas las razas. Y en España, la imaginación exaltada de los árabes, á la vez que el profundo misticismo de los hebreos, influyó en la literatura creando libros que obtuvieron difusión en toda Europa, los libros que ya he nombrado, los libros de caballería.

Esos libros nos hacen reir en la época actual. Para un comerciante ó un hombre de gabinete de nuestros días, resulta ridículo «El caballero de la ardiente espada» ó «Pentapolín el del arremangado brazo», aquellos gigantes que derribaban á mandobles las torres ó las ciudades. Pero eran otra cosa en aquellas épocas de lucha, de guerras, donde todos eran soldados, y casi todos los lectores creíanse con fuerzas y con arrestos bastantes para realizar esas ó parecidas hazañas. Resultaban libros admirables para ese pueblo español que, como dice Michelet, era el pueblo novelista por excelencia, que ponía en acción y llevaba al triunfo verdaderas novelas heroicas, como la conquista de Méjico y del Perú, hechas con un grupo de guerreros, y como esa conquista espiritual de Ignacio de Loyola, que se lanza á través de toda Europa para combatir por sus ideas.... Sí, novelas en acción fueron todas las proezas realizadas por España en aquella época. Y forzosamente había de nacer entonces quien fuera el padre de la novela moderna, el maestro de los que á través de los siglos cultivaran ese género literario, el genio á quien pudiéramos llamar el ingenioso hidalgo D. Miguel Cervantes de Flandes, ó veníanse á América, atraídos por la esperanza de

Fué una perpetua contradicción, un invariable contraste, la vida de este príncipe de la inteligencia, de este rey de los donaires, quien poseyendo la gracia como no la ha poseído escritor alguno, vivió entre la ingratitud, entre las lágrimas, entre el envilecimiento, del que le sacó su ingenio peregrino.

Semejantes á esas siete ciudades de Grecia que se disputaban cuál había sido la cuna de Homero, siete poblaciones de España se disputaron cuál había sido la cuna de Cervantes. Sábese ya positivamente que nació en la ciudad universitaria de Alcalá de Henares, de que os hablaba en otra conferencia, al recordar la fundación de su Universidad por el cardenal Cisneros, y en la cual siete mil estudiantes, viviendo entre serenatas y cuchilladas, preparábanse en los estudios

clásicos ó disponíanse á buscar plaza entre los tercios de Flandes, ó veníanse á América, atraídos por la esperanza de labrarse con su espada un virreinato.

Con Cervantes acaece lo que se lee en la historia de muchas grandes personalidades: su ascendencia es humilde. Este escritor de genio fué hijo de un cirujano insignificante, Rodrigo de Cervantes, que, aunque con el título de cirujano, era un vulgar sangrador, y además sordo como una tapia, defecto por el cual vivía recluido, siendo uno de esos jefes de familia que para nada sirven en su hogar, donde todo lo hace la madre, trabajadora, solícita y hacendosa, que cuida de sus hijos y á la vez provee á la subsistencia de toda la familia.

La madre de Cervantes, doña Leonor de Cortina, tiene, así, más importancia que su padre, y es quien cuida de sus hijos, Miguel y Rodrigo.

Una extraña curiosidad, un problema en la vida de Cervantes, es que siendo natural de Alcalá de Henares, no cursara estudios universitarios, ni de ninguna clase. En las listas de alumnos de la Universidad, durante todo un siglo, no aparece el nombre de Cervantes ni el de nadie de su familia. El mismo Príncipe de los ingenios nos da á entender que por pobreza de los suyos y por su carácter enérgico, independiente, indisciplinado, no recibió instrucción universitaria. Nos cuenta que su avidez por la lectura era tal, que leía cuanto le caía á la mano, y recogía hasta pedazos de papel escrito que encontraba en las calles; que su educación fué popular, adquirida en el trato de la multitud. Así resultaba semejante á otro escritor bohemio, de gran talento, que un día en el Ateneo de Madrid, decía á un grupo de académicos: «Y bien; no os asombréis de que yo sepa tanto como vosotros. Vosotros venís de la universidades y yo vengo de algo mejor que las universidades: ¡yo vengo de la calle!»

Cervantes fué también un discípulo de la calle, como lo fuera después de las ventas, de los caminos y de la cárcel. Conoció así las miserias de la vida, la vida real, y pudo reír y llorar con risas y lágrimas verdaderas; no con las falsas de los que no han visto la existencia sino á través de los libros. A los 20 años, mientras componía sus primeros sonetos ó daba cuchilladas, aprendió á conocer el mundo, ad-

quirió la experiencia que después le hechaban en cara no poseer.

En el transcurso de su vida aventurera, encontró á una especie de monseñor, á Julio Aquaviva, que estaba en misión diplomática entonces ante la corte de España. Aquaviva, que poco después llegó á ser cardenal, propúsole llevárselo á Roma en calidad de camarero, lo cual no significaba envilecimiento, dadas las costumbres de aquella época, muy diversas á las actuales. Entonces los escritores ponían dedicatorias á los reyes y á los nobles en esta forma: «Criado de V. M. — Criado de V. E.» Y era ello honor que se disputaban los hidalgos, y medio que les servía para hacer carrera.

Con el cardenal Aquaviva emprendió Cervantes el camino con el entusiasmo que años después mostrara Don Quijote en su primera salida. Y el mismo cuenta la impresión de su llegada á Roma, la gran metrópoli del catolicismo, que era entonces la capital del Renacimiento. Los Médicis, al transportar su trono desde Florencia á Roma, habían llevado allí también el cetro de las artes. Y Cervantes se encontró en Roma con los últimos destellos del Renacimiento. Como soldado que era, se encontró mal en aquel ambiente de cámaras pontificias. Advirtió que el cardenal Aquaviva no viajaría ya por el mundo, pensó en que los tercios de Flandes cubríanse de gloria en cien batallas y, obedeciendo á su vocación, dejó de ser compañero del cardenal para convertirse en soldado.

Entró entonces en el tercio de Moncada, acantonado en Nápoles.

Hay que comprender bien lo que significaba figurar en los tercios de Flandes, pues ser soldado no era entonces como hoy, una probabilidad de gloria y una situación inferior. Los soldados de los tercios eran como los granaderos de la guardia imperial de Napoleón. Cuando los jefes hablaban á los tercios, los trataban de señores. «Señores soldados», les decían. Eran cuerpos formados por segundones de la nobleza, salidos de las grandes universidades y figuraban en ellos simples soldados como Alonso de Ercilla, que escribió «La Araucana»; como Lope de Vega, Calderón de la Barca y el mismo Cervantes; simples soldados pero que llevaban pajes y

eran los hidalgos más elegantes y caballerosos de España; soldados que podrían ser hoy príncipes y que, de regreso del combate, escribían «La vida es sueño» y «Don Quijote de la Mancha».

Después, cuando á Cervantes le daban á elegir entre ser autor del Quijote ó ser simplemente el manco de Lepanto, prefería este heroico apodo y manifestaba: «Mi página más gloriosa es haber asistido á esa batalla», de la cual diría en el Quijote: «la acción más gloriosa que vieron los tiempos presentes, pudieron ver los pasados y verán los venideros». Se ve, señores, se ve bien que este recuerdo de Lepanto es el más memorable de su vida: aparece de continuo en todas sus obras.

Iba Cervantes como soldado en la galera llamada Marquesa, que formaba parte de la gran flota que al mando de don Juan de Austria, reunieran Venecia, el Papa y España para contrarrestar los avances del turco, que amenazaba por tierra con sus ejércitos y por mar con sus galeones, inundar y avasallar la Europa.

Cervantes, enfermo y débil, estaba en la cala del navío, donde apenas cabían cien hombres, olvidado de todos, entre el amontonamiento de inmundicias producidas por los que habitaban aquel tétrico lugar. Al oír los primeros disparos que iniciaban el combate entre las dos gruesas escuadras, vióse salir de aquella penumbra medrosa uno á modo de esqueleto pálido y calenturiento que á tientas buscaba su espada y su mosquete. Subió á la cubierta y resueltamente entró á las filas de los combatientes.

El comandante de la Marquesa intimó á Cervantes, que no otro era aquél que subiera al lugar de la lucha, á que abandonara el sitio del peligro, pero él siempre grande, contestó: Yo, que no he huído nunca, no quiero huir en esta ocasión. A los ruegos de Urbina, negóse tenazmente á dejar su lugar, y este marino, reconociendo en él las grandes dotes de dominio de las muchedumbres, aunque era un simple soldado, le dió orden para que pasara con doce hombres más á un esquife y combatiera desde uno de los costados del buque.

Así lo hizo el intrépido Cervantes, pero con tan mala for-

tuna que uno de los primeros disparos dirigidos contra la frágil embarcación que se le confiara, le hirió en la mano izquierda, arrancándole algunos de los dedos. Siguió combatiendo á pesar de la herida, pero poco después, certeros disparos dirigidos desde el castillo de popa de un galeón cercano lo hirieron de nuevo, cayendo imposibilitado para la lucha.

Trasladado á la Marquesa, sufrió horriblemente, ya por la magnitud de las heridas como por lo embrionario de la sanidad militar y la medicina en aquellos tiempos.

Entre sus delirios de enfermo cúpole la dicha de ver en repetidas ocasiones al mismo don Juan de Austria que junto á su lecho de dolor preguntábale por el estado de su salud.

Restablecido volvió á la guerra, realizando una gloriosa carrera militar que le valió afectuosidades de don Juan de Austria y el duque de Sesa, quienes al embarcarse en la galera «El Sol», que desde Sicilia partía con rumbo á España, diéronle cariñosas recomendaciones para el rey. Y él, aventurero y visionario, vió en aquellas queridas cartas las gracias reales y la banda de capitán.

Pero Cervantes fué siempre desgraciado. Ya habían hecho la mayor parte de la travesía, ya estaba su galera próxima á las costas de España, ya pensando en sus recomendaciones pensaba en lo que había de pedir al rey, cuando apareció juntándose con la línea del horizonte la plaga infecta de los mares en aquellos tiempos. Sobre las azules aguas dibujóse un navío pirata berberisco, que como ave de presa á las que tenía semejanza por su casco negro y su pico rojo, cayó sobre la galera que conducía á Cervantes.

Defendiéronse intrépidamente los tripulantes de la galera, pero agobiados por el número, fueron poco á poco cayendo, cayó herido Cervantes, cayó su hermano Rodrigo, y al fin rindióse el navío, y el que buscaba la gloria encontró la esclavitud.

Preso por los berberiscos y conducido á Argel, pasó más de cinco años de encierro y privaciones, cinco años éstos, los más grandes de su accidentada vida, en los que se muestra más grande y magnífico.

Únicamente reconociendo en Cervantes ese don de gen-

tes, que hacían su persona admirable y respetuosa, se comprende cómo los argelinos desalmados no lo sacrificaron, aunque hacía vivir á sus dueños en constante inquietud.

Su vida en las mazmorras argelinas fué inquieta y desasosegada. Intentó fugarse una vez solo y sin ningún auxilio, otra vez, de acuerdo con unos marineros baleares, huyó á una cueva cercana acompañado de varios compañeros de cautiverio, pero descubierto dijo á los que con él fueron que declarasen que él y sólo él tenía la culpa y los había incitado á escaparse.

Grande en todo, soñó hasta en sublevar á los 25.000 esclavos que con él estaban, trabar combate, apoderarse de la ciudad, arrojar de ella á los moros y devolver la plaza al monarca español.

En una de sus intentonas de escapatoria, y al presentarlo como elemento levantisco al rey de Argel, como no diera por nada el nombre de sus cómplices en la fuga, echáronle una soga al cuello para ahorcarlo. Se cree que bastó una de sus incendiarias miradas, una chispa de su intelecto para evitar el horrible suplicio.

No quiero insistir en la vida que hizo durante su cautiverio. Es tan accidentada que debemos pasar por ella como por sobre ascuas.

Un día unos frailes trinitarios que fueron á redimir á un opulento caballero, como no les alcanzara el dinero que para su rescate llevaran, se acordaron de Cervantes y decidieron redimirlo de la cautividad. Así volvió á la vida libre.

Volvió á España, pero desconocido, sin más bagaje que unas comedias y unos cuantos sonetos compuestos durante su cautiverio y que le recordaban sus compañeros de encierro y llevaban hasta él el encanto novelesco de manos blancas que por entre tupidas celosías dejaran caer junto á él pergaminos blancos escritos con caracteres de oro.

Este pasaje romántico de su prisión se refleja en aquel capitán cautivo que en el Quijote tiene amores con una princesa mora.

Hay detalles en esa narración que demuestran la certeza de algo amoroso y que algo había de fundamento, pero como novelista, aumentó la intriga para que terminase como él quería, no como en realidad fué.

Llegó á España solo, abandonado, marcado por su heroísmo y tuvo entonces una idea incomprensible en su miseria y sólo también posible por ella misma. Se le ocurrió casarse.

Tuvo el infortunio de casarse con una mujer vulgar que no lo comprendió.

La familia de Cervantes conocía en Esquivia una de regular riqueza dentro de los muros de un pueblo mezquino, la que tenía una hija, doña Catalina, de 19 años, señorita de pueblo que, como acontecía y sucede en España, en esos pueblos de ínfima categoría, sólo podrá aspirar ó á casarse ó á ingresar en un convento. Doña Catalina no tenía vocación religiosa, pero en su pueblo no podía elegir como esposo otro que algún gañán, rudo é inculto. Por tanto, estaba condenada á eterna soltería.

Llegó á Esquivia Miguel de Cervantes, quien, aunque tenía veinte años más que doña Catalina, la encantó con sus narraciones novelescas de viaje y combates, con su porte apuesto y gentil, con su charla amena que perturbaba.

Antes de casarse, Cervantes escribió su «Galatea», en la que idealizó á doña Catalina, pintándola como pastorcilla bucólica y se retrató á sí como gentil pastor que constantemente la seguía tañendo la zampoña y diciéndole galanteos.

Yo que conozco á Esquivias, puedo decir lo que fué casi su vida de casado en aquel estrecho marco para su imaginación.

Tenía asegurado sólo el pan cotidiano. Las posesiones de su mujer constituían unos olivares y tierras de siembra.

Seguramente que el Manco de Lepanto tenía que despertarse á las cuatro de la mañana al estrépito del pateo de las mulas y el rodar de los carros. Indudablemente tenía que bajar á las cuabras y vigilar la medida de la cebada y el reparto del forraje, para evitar distracciones en criados mal intencionados y así entregarse á todas las vulgaridades de la existencia, de labrador pobre, que tiene que escatimar todo para defender el mendrugo diario del pan.

Doña Catalina, para mayor mal de Cervantes, tenía un tío sacerdote, de virtud acrisolada, intachable conducta, sin grandes estudios, pero con un defecto muy común en esos

hombres que no tienen familia, era avaro de los bienes de la tierra, creyendo que Dios los daba para que fueran bien administrados.

¡Figuráos dentro de aquel caserón á estos dos hombres!

Ella amaba á su poeta, á su aventurero, pero sentía respeto por el sacerdote y sus económicas ideas.

Un buen día Cervantes dijo adiós á esta vida mal avenida con su modalidad, y partió á la ventura, representando así la segunda salida de su héroe el «Ingenioso Hidalgo».

Empieza entonces otro gran período de su vida aventurera. No podría ser sino soldado ó poeta; viejo, nadie tenía fe en su espada, la literatura no daba para las más perentorias necesidades.

Pidió entonces un empleo y le dieron el encargo de recoger comestibles por las campiñas de Andalucía, para abastecer la armada llamada Invencible, y que por aquel entonces se alistaba.

Figuráos á este gran novelista recorriendo los lugares, luchando con el clero que creía suyo lo que se llevaba, con el pueblo que lo recibía á silbidos y pedradas, hasta con un alcalde que, desconociendo su autoridad, lo mete tres días en la cárcel.

Un año llevó de esta suerte, y tan triste, que pensó en embarcarse y venir á América. Sólo esto era lo que le faltaba para completar su biografía de soldado de aquella época. Según él mismo decía: las Indias Occidentales eran el refugio de todos los desesperados de España, y él, como desesperado, pidió empleo en Guatemala ó Perú. No pudo, sin embargo, conseguir sus deseos.

Fué luego corredor de cereales, recaudador de alcabalas, y luchando y rodando, arrastrando esa vida, estudió en el pueblo, en la carretera, ese ambiente de sus obras que es el encanto del «Don Quijote».

Una sola penalidad le faltaba. Al rendir cuentas de sus recaudaciones, fué acusado de desfalco. Se decía había distraído una suma poco más ó menos igual á 750 pesos de nuestra moneda.

Durante mucho tiempo apareció como ladrón. Demostróse luego que esa cantidad la había girado á un mercader, y éste fué el que se quedó con ella.

Yo acepto y me congratulo de ese aserto, pues que libra á Cervantes de una infamia; pero si se hubiese quedado con ese dinero, lo encontraría muy justo y muy natural en un soldado de Lepanto, que sólo sacó en premio de su heroísmo la ingratitud. Si se lo hubiese quedado, hubiese sido más hombre y más humano, pues que lo necesitaba para su subsistencia.

Preso por la acusación de desfalco, fué llevado á la cárcel de Sevilla, y allí nació la idea de su gran libro. Dice Cervantes que su idea nació en un lugar donde reinaba todo escándalo é inmundicia, y por tanto, mal puede ser la cárcel de Argamasilla de Alba el recinto que le inspiró, pues que esta prisión no era sino un sótano en una casa particular, donde mal podía reinar tal bullicio y escándalo.

Cervantes, preso en la cárcel de Sevilla, cuyo desorden cuentan los sainetes de la época, incubó allí su Hidalgo Manchego.

Absuelto, cuando recuperó la libertad, vagó mucho tiempo llevando en sí el admirable plan. Se cree que lo escribió en Sevilla, entre la más espantosa miseria y con la más absoluta falta de medios para atender á sus necesidades.

En todo este período no tiene otra manifestación de su talento que unos poemas leídos en un certamen de honor de Santa Teresa de Jesús, en el que recibió como premio tres cucharas de plata.

En otro de los certámenes, consiguió un premio, para él de gran importancia. Era en invierno y tenía rotos los zapatos y destrozada la raída ropa. Fué premiado, y como el premio consistía en algunos metros de paño, quedó contentísimo.

Más tarde fué llamado á Valladolid, donde estaba entonces la corte, á fin de rendir nuevamente cuenta por aquellos pocos escudos que era seguro no se los sacarían, por la sencilla razón de que no había de donde sacárselos. Al viajar, en la maleta que le servía para apoyar su cabeza, llevaba algo grandioso: un manuscrito escrito con diversas tintas y con diversos caracteres de letra, en cuartillas desiguales de papeles viejos, recogidos al azar aquí y allí, para evitar el gasto de comprarlos. Aquel manuscrito era el Quijote.

En Madrid encontró al editor don Juan de la Cuesta, quien le adquirió la obra por la insignificante cantidad de mil reales.

¿Aquella primera parte del Quijote, fué escrita en Sevilla? A mi juicio, sí. Los que sostienen lo contrario, lo hacen diciendo que no era posible que, escrita en Sevilla, hubiese tenido como protagonista á un manchego, ni la Mancha como teatro de la misma. Pero, ¿es acaso poder imaginar un Don Quijote andaluz? No, porque ello sería incompatible con la inmensa realidad romántica que constituye el fondo del héroe de Cervantes. Tampoco Sancho pudo haber sido reclutado en las calles de Sevilla, porque Sancho no dice chistes. Habla como habla la gente del pueblo. El chiste resulta del contraste. Por otra parte, aquellas escenas que en las páginas sublimes de la gran obra se escriben, no podían desarrollarse sino en la Mancha, campos inmensos y tristes, que son como las pampas argentinas.

Apareció Don Quijote, y su gran éxito, no literario, sino popular, acompañó la obra. Cervantes tiene de diverso con los demás escritores, que nunca en la vida vivió en contacto con los demás escritores ó literatos. Su vida fué una batalla continua con Lope de Vega, digno rival de él, lleno de riquezas, honores, y gozando del favor de damas y reyes, y que, sin embargo, tenía envidia á Cervantes. Para dar cuenta de lo injusto de aquel odio, baste recordar que una vez dijo:—No hay poeta nuevo tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe su Quijote.—En España, por otra parte, no pocas veces la crítica ha sido así. Fué por eso que Beaumarchais escribía que antes de llegar á Madrid, unos lobos le salieron al encuentro; pero que no era á esos, sino á los lobos literarios á los que temía.

Una novela titulada «Novelas Ejemplares», siguió á la primera parte del Quijote, llamadas así por Cervantes en oposición á los cuentos de Bocaccio, y es de advertir que, en cierto modo, fué Cervantes siempre más moral en sus escritos que en su vida.

La vida de Cervantes en Valladolid puso un triste coronamiento á todas sus desventuras é infortunios. Su existencia era tan difícil, que se pasaba el día en las casas de juego,

deseoso de poder ganar algo en ellas, para cooperar á los gastos del hogar. Vivían en su casa su hermana mayor Andrea, con una hija de Doña Andrea, su esposa Doña Catalina, otra hermana de Cervantes y Doña Isabel Saavedra, hija natural de Cervantes. La leyenda ha querido hacar aparecer á esta hija como resultado de amores habidos entre Cervantes y una dama de la corte de Portugal. No hay tal cosa: fué hija de una modesta mujer de Madrid, casada poco después con un alguacil. Las mujeres, cosiendo y bordando, sacaban lo suficiente para vivir con modestia extrema.

Una noche acaeció que el noble señor Gaspar Ezpeleta fué hallado muerto frente á la casa de Cervantes, y éste encontrado con la espada en la mano. Aun cuando pretextó que así estaba porque había querido prestarle auxilio, no se le creyeron, y de nuevo fué á la cárcel, de la que se libró para volver á su casa, en la que vivía ya entonces el sacerdote tío de su mujer.

Cervantes pasó nueve años sin continuar el Quijote, sin cumplir su promesa de continuarlo, como no cumplía, desde treinta años antes, la promesa de publicar su «Galatea», y en esas circunstancias apareció una segunda parte de su obra. La escrita por Avellaneda, pseudónimo tras el cual no se ha adivinado aún el nombre verdadero del autor. Unos creen que es el padre Aliaga, confesor del rey Felipe IV; otros que de Lope de Vega; algunos que de Mateo Alemán.

Las últimas averiguaciones del eminente Menéndez Pelayo, atribuyen esa segunda parte á un escritor aragonés, sin importancia, Alonso Lamberto. La mejor demostración de que el autor no era ningún ingenio memorable de la época, es que Cervantes aludió en su original segunda parte al que la falseara, como se alude á un insignificante. De lo contrario, hombre de valor era para haber develado públicamente el pseudónimo. El Quijote de Avellaneda no es pésimo, como se ha dicho. Su trama es buena. Pero le falta la gracia, el encanto, el donaire sin igual de Cervantes.

El Quijote de Avellaneda sirvió para sacar á Cervantes de su pereza, y así, cumpliendo su promesa, Cervantes escribió la segunda parte. Fué una gran suerte. Sin ella no existiría el verdadero Quijote, pues la primera parte es sólo ale-

gre, sin más finalidad que combatir ligeramente los libros de caballería. Mientras que en la segunda parte, Cervantes, ya en la plenitud de sus facultades, y conociendo el éxito de su creación, sabía lo que podía hacer para engrandecerla.

Aunque dice en la segunda parte: «Nunca segundas partes fueron buenas» esto no resulta exacto. Y allí ya no presenta sólo al hidalgo aventurero y á su marrullero servidor, ya no es sólo el Cervantes que divierte, sino un Cervantes conocedor de todos los resortes y secretos del alma. Cervantes, como Shakespeare, tiene la magia de convertir las sonrisas en sollozos y el llanto en carcajadas. En la segunda parte, no le bastan á Cervantes su Don Quijote y su Sancho. Ve que ellos no son la total personificación de la humanidad, y crea al Caballero del Verde Gabán, que representa el positivismo vulgar, el burgués hombre de familia que comiendo con Don Quijote no comprende cómo éste, teniendo ama y sobrina, sale al mundo en busca de ideales y generosas aventuras, y al despedirse del caballero andante piensa: «Tal vez este señor loco, es la Poesía que pasa». Crea también al bachiller Sansón Carrasco, que significa la sonrisa fría, el egoísmo burlón, que en su saber se ríe de las locuras y caídas humanas. Es el prototipo del político de nuestra época, espíritu malicioso y estrecho, atento á lo que da resultados prácticos únicamente.

Pero Cervantes no comprendió la importancia de su gran obra inmortal. Fué un artista intuitivo, que presentía y adivinaba, mas no tuvo la medida de lo que valía su creación.

Testimonio de que no creyó en la grandeza de su Quijote, es que á los elogios y felicitaciones, contestaba: «Sí, es una obra apreciable, pero esperen ustedes, para admirarse mi novela «Los trabajos Persiles y Segismunda». Y resulta que esta producción no es sino un libro de caballería, de valor casi exclusivamente bibliográfico».

Cervantes escribió la segunda parte del Quijote un año antes de morir, y asombra pensar que hubiera quedado trunca, quizá olvidada su obra, si muere el gran escritor un año antes.

En la última época de su existencia, habitaba en un piso bajo, con reja á la calle, de la calle de Francos. Escribió «Per-

siles y Segismunda» sofocando sus padecimientos, su enfermedad del corazón, cuyo síntoma más mortificante era en él una gran sed que hostigaba sus días y sus noches.

En esa época el conceptismo, los afiliados á la escuela de Góngora, volvían las espaldas á Cervantes, que les parecía mediocre, y no lo respetaban, á pesar de sus años y de sus canas.

El pobre Cervantes, con el presentimiento de quien está cercano á la muerte, dedicaba parte de su tiempo á visitar el convento de las Trinitarias y la cofradía de los Esclavos del Santísimo Sacramento, y esto se explica, pues entonces no había clubs ni casinos y el único centro intelectual era esa cofradía, á la que estaban afiliados Lope de Vega, Calderón, entre otros grandes ingenios, y buen número de hidalgos, condes, duques y marqueses.

Buscando algún dinero, Cervantes dedicó sus obras á grandes personajes que allí conociera: al duque de Béjar, cuyo nombre se recuerda sólo por estar escrito frente á la primera parte del Quijote, y cuya verdadera nobleza se la dió así Cervantes, sin que él le retribuyera ni con agradecimiento, ni con favor, ni con dinero. Otras obras las dedicó al conde de Lemos, que le protegió en cierto modo, pero como protegían los grandes de la nobleza, sin acordarle el primordial beneficio de una completa independencia.

La verdadera independencia de los escritores, no existe hasta después de la Revolución Francesa. Antes de esa gran reivindicación de los fueros del pensamiento humano, los escritores eran lacayos que obtenían como merced y como premio de sus obras, algún traje de su señor.

Cervantes nada obtuvo nunca, y hasta las satisfacciones del escritor le fueron casi desconocidas.

El mismo lo demuestra cuando cuenta en «Los trabajos de Persiles y Segismunda», cómo viniendo de Sevilla á Madrid se encontró con un pobre estudiante que, al saber que aquel anciano decrepito era Miguel de Cervantes, se le acercó, y tomándole la mano llevóla á sus labios, mientras lo colmaba de agasajos, congratulándose de conocer á tan alto talento al acercarse á Madrid. A tales muestras de afecto, contestó el laureado manco: «En mala hora me habéis conocido; nada me queda ya de la vida».

Lo mejor que escribió lo hizo dos días antes de morir. Fué aquella célebre poesía dedicada al conde de Lemos, que lo protegía en parte, y que dice:

Puesto ya el pie en el estribo
Y en las ansias de la muerte,
Gran señor, esto te escribo.

Poco después, aquel animoso anciano, aventurero y guerrero, pagaba su tributo á la vida, olvidado de todos y envidiado de muchos.

La muerte de Cervantes es sólo comparable con otra por el descrita; es en la que este gran burlón, en su Quijote, relata cómo cuando volviendo su hidalgo con Sancho, éste lo anima en su derrota, diciéndole lo que harán en su pueblo. Pero al llegar á la aldea y ver correr una liebre perseguida por los perros, el Manchego Caballero le dice á su escudero: «Mala señal». Cuando llega á su casa y se despide de todos, exclama: «Adiós, locuras; adiós fantasías doradas». Igual ocurre en el lecho de muerte de Cervantes: ¡adiós, alegrías; adiós, ilusiones! y se va del mundo, sin conocer más que tristezas, y le deja en cambio la caricia de su alegría, que es lo que más distingue y enaltece á los hombres.

Cervantes, por rara coincidencia, murió en la misma fecha, y si no en la misma, porque Inglaterra no había hecho aún en su calendario la corrección gregoriana, el mismo día en que nacía el gran poeta Shakespeare.

Cervantes vivía en la misma calle que habitaba Lope de Vega y junto á la en que vivía Quevedo; sin embargo, ninguno de ellos fué á su entierro. Sólo dos poetas pobres, del vulgo, acudieron solícitos á la muerte del maestro.

«Don Quijote» lo leían, como él dice, la clase popular, los del pueblo; fué popular, pero no admitido por la envidiosa crítica. ¡La crítica! Muchos de los libros que se admiten hoy servirán quizás mañana para papel de envolver.

Su cuerpo fué llevado al convento de las Trinitarias y enterrado mal, y de prisa se alejó su escaso acompañamiento.

Pasaron años y siglos, el convento sufrió modificaciones, fué restaurado y derribado en parte, y hoy sólo sabemos que

los restos del gran novelista están en un convento de Madrid, pero no sabemos en qué lugar. Están bajo el recinto que marcan unas paredes, pero no se sabe en aquella fosa común, cuál fué la mano que escribió el Quijote.

Cuando estoy en Madrid, cansado de trabajar, algunas tardes del pálido invierno me echo sobre los hombros la capa española y voy á la antigua calle Francos, hoy Lope de Vega, voy al convento de las Trinitarias, vago por aquellos alrededores, evocando la gran figura de Cervantes, á esas horas en que en las estrechas calles reina la noche, y en lo alto, sobre los tejados, llamea la puñalada anaranjada del sud poniente.

Oía sonar las campanas del convento con acompasados golpes, escuchaba los arpegios del órgano y los monjiles cantos y pensaba, pensaba con qué gusto no adoraría su tumba si existiera, si una losa me marcara el sitio donde descansaba el cráneo que cobijó la grandiosa gloria de Cervantes.

No queda nada, el vacío, sólo su nombre, y me alejaba viendo brillar en lo alto del firmamento los millares de estrellas. Frente á su estatua, en la plaza de las Cortes, he sentido luego el recuerdo inmenso que queda y, como Don Quijote, veía en lontananza brillando como las escamas de oro de la quimera el grandioso nombre: Miguel de Cervantes Saavedra.

NOVENA CONFERENCIA

La Revolución de Septiembre

Hube de interrumpirme el domingo anterior, en el momento que se colocaban frente á frente, durante el siglo XIX, las dos Españas: la del pasado ante la del porvenir, en lucha entre las tradiciones dinásticas y el régimen constitucional.

Por extraño acaso, la bandera de las instituciones libres estaba simbolizada en la corona de Isabel II, á quien, afectando, romanticismo, los liberales como los monárquicos, llamaban la inocente, la angelical Isabel, quizá por los pocos años de esta reina.

Al trazar esta figura, siento escrúpulos, explicables en un conferenciante ante su público, y aun cuando puedo excusar describirla en su vida íntima, que por la historia escrita y oral todos vosotros conoceréis. Pero como soy republicano y no me intereso en mistificar el pasado de los reyes, diré que, en medio de una corte de cortesanos ambiciosos y aduladores, la inmoralidad de Isabel II no es un hecho excepcional en la monarquía europea, y no fué ella la primera reina así, ni será la última. No son escuelas de educación los palacios, con su ambiente de servilismo puesto al servicio de bajos intereses; y menos para una joven reina, que se encuentra rodeada de toda índole de atenciones manifiestas y de solapadas intenciones, á que no siempre puede resistir la debilidad propia de su sexo. Compréndese, pues, que Isabel II, ensalzada constantemente y por todos como la más hermosa de las mujeres, fuese como fué. Y además, considerando que recibió una educación muy descuidada, y que su madre, la regente doña

María Cristina, tuvo que salir de España, dejándola sola á una edad temprana. Mientras permaneció bajo la tutela de Espartero, el intachable militar, de Argüelles, llamado el Divino, gran orador de las cortes constituyentes, y de la virtuosa viuda del general Espoz y Mina, supo resistir á las tentaciones que la acechaban. No así al caer los progresistas y volver las cortes con Narváez, época en que Isabel II encontróse en pleno ambiente de seducción, de torpe cortesanía, de inmoralidad, donde los políticos se prevalían para ascender, de viciosas intrigas.

Como anécdotas demostrativas de que, á pesar de haber tenido tan preclaros preceptores, su educación moral era deficiente, como la de su hermana Fernanda, refiérese que ambas se entretenían en su dormitorio en quemar papeles. ¿Sabéis qué papeles? Billetes de Banco que les entregaban sus cortesanos. Así, Isabel II murió de vieja, sin conocer el valor del dinero; y como tenía generoso corazón, hizo derroches que son verdaderas locuras. Una vez, compadecida de un cortesano que le lloraba desgracias de familia, ordenó al intendente del palacio le entregara 10.000 duros. El intendente los amontonó en monedas, sobre una mesa, y al presentarse la reina la dijo: «Vea, vuestra majestad, lo que son 10.000 duros». Formaban pilas enormes de oro, ante las cuales la reina quedó en la mayor de las sorpresas, pues ni sospechaba semejantes montones. Esta reina, mal educada, manirrota, cuya explotación por sus cortesanos pagaba el país, el tesoro público, fué, como he dicho, ¡el símbolo de la libertad! Los partidarios del liberalismo tuvieron que luchar siete años contra los partidarios del absolutismo, que defendían á don Carlos, pretendiente á la corona. La primera guerra civil fué salvaje por ambos bandos, un continuo fusilamiento, demostrándose una vez más el irresistible valor de los españoles, hasta cuando combaten entre hermanos. Y aquella guerra concluyó por agotamiento, sin que pudiera extirpar el espíritu absolutista. Acabó con el convenio de Vergara, en virtud del cual desaparecieron momentáneamente los carlistas, formándose un partido moderado, un carlismo sin don Carlos, que bajo el régimen constitucional deseaba prolongar la tendencia de atraso en que había España vivido siglos, bajo el dominio de los Borbones y de los Austrias.

Como en guerra civil la libertad había triunfado, se había impuesto por la espada; toda la historia de España, en la época de la revolución de septiembre, es militar. La gente de milicia, suplantaba en los más altos puestos á la gente civil. Y así, esa época puede caracterizarse por cuatro grandes generales; el moderatismo estaba representado en su faz reaccionaria, por Narváez; en su faz avanzada, por O'Donnell, y el progresismo, deseoso de llevar adelante á España, por Espartero y por Prim. Son ellos los cuatro principales protagonistas de la Revolución de septiembre.

Narváez, de triste memoria, era un militar de principios revolucionarios, de carácter más propio para defender al pueblo que á la monarquía. Siendo oficial, había decidido la victoria contra los dinásticos, contra Fernando VII, y durante esos tiempos del absolutismo fué perseguido como sospechoso, creyéndosele liberal. Mas, llegado á general y personaje, se encontró con que el papel principal de revolucionario y de progresista lo ejercía Espartero, y cediendo á los halagos de las clases conservadoras, se hizo monárquico. En cuanto á Espartero, había hecho sus primeras armas en las guerras de América, y era entusiasta por la libertad. Había cruzado su espada con los generales americanos, en ese choque heroico en que parecían los ejércitos en lucha comunicarse recíprocamente su grandeza. General obscuro, no tenía los principios de estrategia de Fernández de Córdoba, Rodin y Valdez, pero destacábase por su férrea energía, que lo glorificó en la batalla de Luchana, en que, enfermo, febril, á caballo bajo la nieve de una noche cruel, púsose al frente de los liberales en el sitio de Bilbao, exclamando: «Partidarios: el sol de la mañana ha de vernos sobre las colinas», y cumpliendo la hazaña, al romper el cerco de la ciudad y alcanzar aquella gran victoria que en discurso memorable evocaba don Joaquín M. López, en las cortes españolas. En cuanto á O'Donnell, fué un general tan valiente como aquél, pero no más culto. Descendiente de soldados irlandeses que habían peleado por España, frío, con grandes ambiciones, aunque no las aparentaba, y con grandes condiciones de estrategia, su cultura era, no obstante, poca cosa. La primera vez que como jefe del ministerio español habló en la Cámara de Diputados, empezó así: «Ahora que tengo el honor de hablar en este establecimiento».

Siguiendo un relato histórico, diré que la regente María Cristina, madre de Isabel II, fué expulsada de España por los progresistas, que veíanla como un obstáculo para manifestar libremente sus ideas. Quedó de regente del reino el general Espartero y su principal preocupación debió ser contribuir á la educación política del pueblo.

Más allá de las fronteras de España, los generales, descontentos por no obtener comandos, los políticos descontentos también por su poca figuración, hicieron una sublevación militar, dirigida por Narváez. Y así cayó Espartero, vencido; surgió el moderantismo, y durante mucho tiempo, España continuó su régimen tradicional, el que siguiera antes del régimen constitucionalista. Las Cortes fueron hechuras del Gobierno y las leyes tapujos de la despótica voluntad reinante. Entonces, con la revolución de 1848 se conmovió Europa.

Existía en España un partido democrático y un partido progresista. Las ideas se dividen, chocan, y por fin estallan en aquel movimiento de 1854. Son tres jornadas eminentemente ciudadanas. El pueblo de Madrid, sin jefe y casi sin armas—con las solas armas de que ha podido proveerse en el registro de sus casas—pudo vencer. Pero no supo imponer su voluntad para modificar el régimen. Educado dentro de la fórmula monárquica, siguió después de la victoria proclamando á Isabel II. Para aquel pueblo, la reina no era, no podía ser culpable. Con esa inocencia de latinos, hallaba culpables en todas partes menos en donde verdaderamente existían. Se contentó con un cambio de ministerio y con lograr que se armara la milicia nacional. Y la camarilla que rodeaba en dos años habilidosamente borró las conquistas de aquel movimiento.

Es el general O'Donnell una figura española definida. Al subir al poder, con cierta clarovidencia de intuitivo, se trazó una línea de conducta que tuvo el mérito de distraer las aspiraciones regeneradoras. Habló de conquistas, señaló como un campo de aplicación de energías tierras extranjeras. Al pueblo español tiranizado, le ocurre como á las ratas dentro de un saco; si se las deja tranquilas, roen el saco y se libentan; pero si se las agita continuamente, no atinan á salir. Ese fué el procedimiento de O'Donnell. Hizo vibrar la cuerda patriótica, la visión de un pasado glorioso pasó iluminando las masas. O'

Donnell fijó sus ojos en Marruecos. Y así comienza una guerra heroica, sembrada de proezas, fecunda en hazañas, pero inútil. Fué una epopeya como pocas se verán. Un derroche de valor en una, al fin y al cabo, lucha civil. Guerra civil, sí, señores; la hacíamos con hermanos nuestros, decaídos, degradados, si se quiere, pero que vivieron entre nosotros, que tienen mucha de nuestra sangre. Los que crean que en esta paternidad hay algo de deshonesto, están equivocados. Se puede vivir con derechos entre las clases cultas y tener hermanos á quienes azota la desgracia, envicia el alcoholismo. Marruecos tiene virtudes, señores, que ya quisieran poseerlas algunos pueblos. Todos los países han sufrido el yugo extranjero, por un día, por un año, por un siglo; Marruecos ha resistido contra toda la Europa coaligada en contra de sus intereses, y si os hablan de la influencia comercial de algunos pueblos, decídeles que tal influencia no existe; son latrocinios organizados.

En esta guerra surge un tipo legendario, heroico, magnífico, gigantesco: don Juan Prim. Hay en la historia del siglo XIX dos soldados de la libertad y de su patria. Cuando pasen cuatro ó cinco siglos, tal vez los consideren los historiadores como productos imaginativos más que reales. Esos soldados se llaman: José Garibaldi y Juan Prim. El primero es de una heroicidad suma. Cuando de su vida se recuerda que un día, cubriendo su pecho de valiente con una camiseta roja, se embarca seguido por mil estudiantes mal armados de fusiles viejos en dos embarcaciones que parecían más destinadas á hundirse en los mares que á surcar atrevidas las aguas, realiza aquella expedición de Sicilia que derrumba el poderío de los Borbones y tiende á determinar la unidad italiana, se cree asistir á una evocación fantástica. Prim, caudillo de hondos prestigios, héroe de una novela tan humana que parece inverosímil, que entra en las trincheras saltando con su caballo sin preocuparse de las balas que cruzan como lluvia á su alrededor, sin que lo rocen ni lo alteren en lo más mínimo, es un personaje de un canto épico soberbio. Los mismos poetas marroquíes, que en versos relataban los episodios de la guerra, lo admiran. Lo creen un ser sobrenatural. Se cuenta, señores, que una vez Muléy Abas, el general moro, conferenciaba con O'Donnell en la tienda de este último. Al fondo, de pie y silencioso, asistía Prim; Muley Abas se dirige á él y le dice:

—Gran cristiano, como enemigo leal que soy, os pido que al entrar en combate os quitéis esa placa de brillantes que siempre lleváis sobre el pecho. Mis tiradores, en cuanto la ven, os reconocen y todos apuntan sobre vos...

—Esta condecoración, contestó Prim, es mi mejor coraza. No me la quitaré; la bala que ha de matarme, no se ha fundido todavía.

Aquel soldado, en efecto, concluyó la campaña sin recibir el más leve rasguño. Años más tarde, en una callejuela de Madrid, debía ser asesinado por hombres que no han sido descubiertos.

Prim era respetuoso de la libertad de los pueblos. Cuando Napoleón III, en su ambición por dominar, pone sus ojos en la República de Méjico, y pretendía al principio reconstruir el único trono que existió en la América Española dándolo á uno de los suyos, y luego, ante las amenazas de la diplomacia europea, transa y se pacta esa corona que se improvisaba adornara las sienes del archiduque Maximiliano, envía un ejército francés. Con ese ejército marchó uno inglés, otro español, al mando de don Juan Prim. Va á Méjico á regañadientes. Debe reclamar el pago de ciertas deudas. Prim se pone al habla con Juárez. En la conferencia de delegados, habla en favor de la República mejicana. Y cuando ve de un modo claro las pretensiones de Napoleón III, sin consultar á la reina, de «motu proprio», embarca su ejército para Cuba y él se dirige á España. No quería hacerse cómplice de aquel atentado contra la libertad de un país.

Creyó que iba á ser castigado. Llega al palacio de Aranjuez, donde se halla Isabel II. Esta lo recibe. En las antenas, O' Donnell, jefe del ministerio, y su enemigo, espera con un decreto que destituye á Prim y lo declara reo de alta traición. Prim explica sus razones para justificar su noble conducta; pintó á su soberana los peligros de la política imperialista de Napoleón III, política que debía fracasar algún día. Y por último, como un argumento, le dijo:

—Majestad, fuí á Méjico á servir á España; mi espada no podía estar al servicio de Francia. Lo sabéis, y lo reza la copla, que fué una copla gloriosa, en el sitio de Zaragoza:

«La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa...»

Y la reina Isabel, en uno de sus raptos de españolismo, perdonó.

Desde aquel momento, Prim quedó desligado de la política monárquica. Era hijo del pueblo, simple soldado que simpatizaba con el progreso. Se necesitaba una espada para las cruzadas futuras del liberalismo. Espartero era viejo, había concluido su carrera, y Prim ofreció la suya.

Esta época es la época de la revolución, en que tan culminante papel hizo Prim, quien en el momento á que me refiero, se sublevó con dos regimientos en Calella, después de una serie de guerrillas á través de España, se dirigió á Portugal, de donde pasó á Londres, con el propósito de volver inopinadamente á España. Un día, Isabel II, tranquila en su palacio de Madrid, fué sobresaltada por el fragor de los tiros. El inmensito cuartel de San Gil, se agitaba, llenándose de tropas de artillería. Era un pronunciamiento preparado por Prim. Pero éste, por uno de esos azares frecuentes en la Historia no pudo á tiempo pasar las fronteras francoespañolas. Y los capitanes y oficiales al frente del motín, no tuvieron cabeza para dirigirlo. Después de todo un día de cruenta lucha, vencidos los revolucionarios, Isabel II se ensañó con los enemigos del trono, ordenando una infinidad de fusilamientos. Esa sangre vertida sirvió no para calmar sino para exacerbar la fiebre de la reacción, que deseaba ahogar en sangre también al país. Fué extremosa la reacción. Los mismos generales de la llamada Unión General, los compañeros de O'Donnell, fueron considerados sospechosos, y la reina entregó el Gobierno á González Bravo y desterró esos generales á Canarias.

Estalló entonces la revolución entre los hombres que podían sostener el trono... Prim, entretanto, sufría una vida de continuos infortunios y sacrificios, hallándose en difícil situación, rodeado de espías, en Londres. En París estaban, asimismo, gran número de desterrados, desde que se produjeron los sucesos de julio, á que creo ya me he referido... Allí estaban Sagasta—que se veía obligado á ir al río á llenar su cubo de agua para atender sus primeras necesidades—allí estaban dos

jóvenes, pobres también, que vivían de escribir correspondencias y traducir folletines para un diario de Méjico, y que eran Martos y Castelar, príncipes de la tribuna y la elocuencia españolas. Allí estaba un anciano de barba blanca, Pi y Margall, y, en fin, las grandes personalidades de las cortes constituyentes del año 69, toda la España intelectual y artística desterrada, que luego había de regresar á su patria á imponer sus ideas generosas de libertad y de progreso.

La vida mísera de la emigración era difícil que coordinara un movimiento fatal para concluir con la monarquía. Figuraban entre los más decididos á ello los generales Serrano y Topete, aun con prestigio en el ejército. Pero Topete era en realidad monárquico y no deseaba una revolución precisamente, sino un pronunciamiento que cambiara el ministerio de gobierno, dejando en el trono á Isabel II. El talento de Prim, su astucia, vivacísima velaba sobre los trabajos de los complotados. La marina española estaba ya avisada, prevenida, y Prim, con un arranque decisivo para la suerte de la revolución, se trasladó desde Londres á Gibraltar para activar el acto inicial.

Debía, por designación especial, iniciar el movimiento el general de marina Topete, cuya agudeza y carácter enérgico está pintado en esta anécdota: Siendo jefe de una corbeta, visitó esta República durante la tiranía de Rozas. Vino á hacer una simple reclamación ante los diplomáticos españoles aquí acreditados, y para hablar á Rozas fué á su palacio de Palermo, donde el dictador le recibió en mangas de camisa, diciéndole irónico y sonriente: «Dispénsame, pero así estoy mejor». A lo que replicó Topete: «Es cierto, hace mucho calor—y se quitó la casaca del uniforme, agregando:—ahora estamos bien los dos». Sin embargo, Topete estaba dominado por su señora, como suele suceder con estos «leones de las batallas», dóciles á menudo en el hogar, y por esta circunstancia, su señora que era muy devota y creía vender su alma si su esposo tomaba parte en una revolución, casi le impidió que ocupara á tiempo su lugar en la fragata, para el día de la sublevación. Por lo demás, Topete, no tenía convicciones incommovibles, y si se sublevó no fué sino porque le dijeron que era necesario sublevarse.

En momentos que Topete había reunido á la oficialidad y la alentaba para la sublevación, se acercó un simple remolcador

que venía de Gibraltar, y un hombre gritó á la marinería, hizo echar una escala y subió á la fragata. Era el general Prim, pero en su precipitación no llevaba el uniforme, ni aquel medallón brillante que comentaba Muley Abas en la guerra de Africa ni su vencedora espada. Creyéronle en la fragata un simple paisano. A la mañana siguiente, Prim se consiguió, por medio de los marineros, un fajín rojo, cortado de una bandera española vieja, un fajín de general, y con un gorro de oficial de marina subió al puente de la fragata cuando asomaba el sol en el horizonte. Era el 29 de septiembre de 1868. Era el día de la gran revolución que iba á cambiar los destinos de España.

Es una práctica en las escuadras europeas, cuando se halla á bordo de un buque de guerra extranjero un rey ó un Presidente, suba al puente de comando el capitán y grite: ¡viva el rey! ó ¡viva la República! y conteste siete veces la marinería. Topete, aquella mañana, gritó ¡viva la reina! y la tropa acompañó su grito. Prim, que lo había acompañado, nervioso, trémulo, escuchaba aquella forma tímida de proclamar la revolución; se trataba de un simple golpe de Estado, uno de tantos golpes vanos, estériles. Sin poderse contener, dijo, apartando á Topete:

—Con el permiso de usted, general.

—Y echando el cuerpo fuera, electrizando á aquellos hombres, gritó: ¡Viva la soberanía nacional! ¡Viva España con honra! La chispa estaba arrojada, el incendio tomaba cuerpo; una aclamación atronadora acogió su palabra; habían reconocido á Prim, la revolución estaba hecha.

Gracias á Prim, por primera vez se vió en España que un trono quedaba vacante sin que otro trono viniera á sucederlo. Pero no sin luchas; los monárquicos armaron un ejército contra los revolucionarios, que felizmente triunfan en Alcolea. Un triunfo hondo conmueve el país; se inicia una España nueva, una España que avanza libre, que se mueve hacia el porvenir.

Se reunen las Cortes Constituyentes, que escriben una página que enorgullece á nuestra patria y legislan, cambian, modifican. Todas las aspiraciones de una época se debaten, se purifican antes de convertirse en hechos. Prim, que pagó

con su vida su error, fué causa porque no se proclamara la república en esas tan favorables circunstancias; él no creía en la capacidad política del pueblo. Si se hubiera decidido, estoy seguro de que la monarquía no hubiera vuelto á España; si se hubiera proclamado dictador, si se quiere, y preparando el camino á otros que llegarían en una hora de orden á gobernar, la democracia hoy estaría triunfante en la península. Prim, liberal y revolucionario, era un escéptico en lo que se refiere al ejercicio de los derechos ciudadanos en aquellos momentos y decide que una corona venga á España á regir sus destinos.

Amadeo llega en una hora desfavorable; su mejor amigo, Prim, había sido asesinado; los conservadores agitan las banderas carlistas, los moderados piensan en los hijos de Isabel II; las masas republicanas sueñan alcanzar el triunfo; sólo los liberales están de su parte, ven en él al caballero hijo de Víctor Manuel, el enemigo del Papa. El rey Amadeo era una persona simpática, amiga del progreso, enemiga de la intolerancia, presentárase como se presentara, sea en forma de intolerancia política, sea en forma de intolerancia religiosa. Comprende que su acción y sus buenos deseos no pueden completarse ó cumplirse. Y un día, el 11 de febrero de 1873, después de dos ó tres años de reinado, sorprende al país con su dimisión; se marcha llevando el respeto de todos, amigos y adversarios. Se proclama la República, pero llega tarde, cuando teníamos los carlistas en el Norte, una guerra en Cuba, el tesoro exhausto, la nación en una situación difícil. Fué un milagro que durara quince meses; cuando Martínez Campos da su grito de guerra en Sagunto, en favor de los Borbones, todos deseaban la paz; la República cayó sin resistencias; venía la restauración. Aparentemente, la revolución de septiembre estaba á la larga vencida; pero, no es así; su triunfo es tan grande que dura todavía.

Ella ha introducido permanentes caminos en el orden moral; lo ha renovado todo; los partidos se organizan con principios más amplios y generosos; España ya no es más regida por generales que daban el predominio al ejército; pasa á manos civiles. El mismo Martínez Campos, que dió el trono á Alfonso XII, fué una vez jefe de gabinete, pero por poco tiempo, en el que fué blanco fácil de los ataques de

Práxedes Mateo Sagasta y Antonio Cánovas del Castillo. Yo no sé si los abogados son mejores que los generales,—en mi opinión los considero una verdadera calamidad cuando intervienen en la política, y debo añadir que yo soy también abogado; no se olvide tampoco que todo español es abogado mientras no demuestre lo contrario;—pero, es preferible, más lógico, que gobiernen hombres de leyes que hombres de espada, civiles que militares.

El pueblo, abiertas las vías, se reforma después de la revolución, hasta tal punto que puede afirmarse sin temor de ser desmentido, que es hoy por hoy un pueblo tan culto como cualquier otro del mundo civilizado. Daré un prueba de este aserto; hice editar una vez «El origen del hombre», de Carlos Darwin, y en sólo mi país se han vendido 40.000 ejemplares; aquel libro es conocido en todos los rincones de España, no pretendo decir que por el labriego, pero sí por todos los que se precian de intelectuales dentro de lo circunscripto de su medio. Es un pueblo que ama las ciencias y las letras, que lee, estudia y sabe admirar.

Después de la revolución, señores, la libertad de la prensa se afirma; yo, aunque he sido víctima de esa libertad, creo que debe ser todo lo amplia posible. Por eso, creo que debemos batallar mucho todavía, los españoles, para ponernos en este punto á la altura de otros países. Y notad un contraste que ofrecen las leyes de mi país; dibujo, por ejemplo, una caricatura, en la que pongo en ridículo al rey, y se me castiga; escribo un libro de 300 páginas contra don Alfonso XIII y la monarquía, y se me respeta. El libro en España es sagrado; ningún tribunal persigue al autor.

Otro de los beneficios que debemos á la revolución de septiembre, señores, es la reforma de las ciudades; se abaten las murallas que las cercan, se abren calles nuevas, se reemplaza lentamente aquel carácter medioeval que las hacía pintorescas al viajero, pero incómodas á sus moradores fijos; entran dentro de las formas modernas, menos artísticas si se quiere, pero más convenientes.

La restauración trae, no por sus virtualidades propias, sino por las exigencias del ambiente, leyes laicas, tolerantes, democráticas, como la del matrimonio civil, la de la constitución de los jurados, la del sufragio universal.

En lo que principalmente influyó la revolución de septiembre, fué en el arte, la literatura, las ciencias y la vida intelectual de España. Esto no quiere decir que antes no brillara la literatura española, que floreció á favor de aquella revolución contra Isabel II y el pretendiente don Carlos. Los que conocen la historia literaria, habrán oído hablar de aquella asociación romántica que se llamaba El Parnasillo, cuna de los grandes escritores de España desde el año 30 al año 68. Allí Martínez de la Rosa, el exquisito académico y poeta, allí Quintana, el gran poeta de las odas magníficas, el bardo de la revolución de septiembre, y con ellos dos grandes escritores que han influído notoriamente también en la cultura intelectual española: un gran poeta, don José de Espronceda, y un gran crítico y satírico: don Mariano José de Larra.

Zorrilla, el preclaro poeta de «Don Juan Tenorio», uno de los más grandes poetas que ha producido la humanidad, predomina en la historia de la literatura española, en el teatro y en la lírica, pudiendo sólo comparársele, como predecesor Bretón de los Herreros y como continuador Narciso Serra, entre los comediógrafos de costumbres.

En cuanto á la novela, el período anterior á la revolución no fué gran cosa: sólo aparecen entonces dos novelistas populares: uno de ellos, de escaso valer literario, menor que su valer moral, fué don Enrique Pérez Escrich, que alcanzó gran éxito en el hogar, y en este concepto merece todo homenaje. Otro novelista, quien por desgracia fué una inmensa fuerza malograda, es don Manuel Fernández y González, cuya imaginación únicamente puede ser comparada por su riqueza á la de Dumas, y por sus desórdenes á la de Balzac. Es necesario haberlo conocido para apreciarlo. Cuando yo comencé mi vida literaria, tenía la tontera de ensayar novelas, que resultaban disparatadas. Y con la ilusión de quienes creen que basta un manuscrito para escalar la gloria, con un manuscrito bajo el brazo me escapé de Valencia, pasando en Madrid una negra bohemia, con los tormentos del hambre; ¿por qué no decirlo? Mi alivio fué ser secretario de Fernández y González, que en esa época estaba casi ciego, y era conocido en toda la capital de España por su figura y su rara indumentaria, descuidada y no muy limpia. En la existencia extraña de Fernández y González, nos reuníamos de noche, para escribir hasta la salida

del sol, y durante la velada solía quedarse dormido, á lo mejor de un capítulo, y me decía cabeceando: «Bueno, hijo. Ahí quedan conversando la baronesa y el marqués. Continúales el diálogo». Y yo amontonaba tonterías, creyendo que eran donaires.

A partir de la revolución de septiembre aparece la novela, una literatura novelesca que puede figurar en primera línea entre las de Europa. Sólo que al desconocimiento de la novela en cada país, contribuye la inferioridad política de ese país mismo. Nosotros hemos producido novelitas tan originales como los de la más adelantada nación, pero nos ha sucedido en parte como á Rusia, cuyos grandes novelistas no han sido conocidos hasta después de la alianza franco-rusa. Y es posible que si hoy saliera en Rumanía un autor como Cervantes, y escribiese otro «Don Quijote», nadie lo conocería. Hoy Francia, muertos Zola, Daudet, los Goncourt, tiene necesidad de echar mano para su mercado literario de la novela española, y los editores franceses las hacen traducir. Por eso se va conociendo más á los escritores de mi patria, en donde han brillado y brillan novelistas de tanta talla como Pérez Galdós, cuyas primeras novelas y sus «Episodios Nacionales» forman otra «Comedia Humana»; cual Alarcón, el autor de «El sombrero de tres picos» y otras novelas de gracia y colorido incomparable; cual Pereda, que si como hombre de pensamiento, pues fué carlista, no merece grandes respetos, cual descriptor de la naturaleza parece tener ojos hasta en las manos; cual el exquisito Palacios Valdés, el preciosista Octavio Picón, cual doña Emilia Pardo Bazán, cuyo talento es tan poderoso que no parece de mujer, sino de hombre.

En la poesía tenemos á ese gran lírico que se llamó don Gaspar Núñez de Arce, un espíritu superior y ético, don Ramón de Campoamor y don Manuel del Palacio. La pintura que toma vuelos con Rosales, el autor de «La muerte de Lucrecia» y «El testamento de Isabel la Católica», que con Fortuny, ese mágico del color, encarna el alto romanticismo de nuestra patria, es seguida por Pradilla y tiene hoy una cumbre en ese pintor de la luz que vosotros conocéis, Joaquín Sorolla. La escultura cuenta con hombres gloriosos: Benlliure, Blay, Querol y otros. El teatro ofrece á don José Echegaray, cuya vida es un antítesis; orador, político, ministro sin las etapas

de su primer período; un día se estrena en un teatro de Madrid un drama y cuando el público pide entusiasmado la presentación del autor, ve con asombro que se presenta al proskenio el señor secretario de Estado en la cartera de Hacienda, un hombre de 40 años, de perilla romántica, don José Echegaray.

En las ciencias hace pocos años, señores, bien lo sabéis, cuál era sobre el punto la situación de España; yo al cursar en las universidades he tenido que sufrir profesores verdaderas momias de museo, vejestorios, que vivían del pasado; llevo sobre mi conciencia el haber aprobado Economía Política sin que el profesor me enseñara en qué consiste el socialismo; hoy tenemos catedráticos como el ilustre señor Altamira, que acaba de llegar á estas playas. Dominaba en ciertos círculos antes de la revolución de septiembre, una doctrina filosófica: el Krausismo, que si hoy ha muerto, en cambio, mucho debemos agradecerle como disciplina mental, ¡con esta doctrina comulgaron hombres que se llamaron ó se llaman A. Sanz del Río, Francisco Giner de los Ríos, Salmerón, Gumersindo de Azcárate. En ciencias naturales nos ocurre algo como con aquel baturro, que con una maza y metido en el agua, pescaba truchas y como alguien se extrañara del procedimiento, dijo: se pescan pocas; pero trucha que pille vale por una docena. Tenemos pocos, pero grandes. Se llaman por ejemplo Carracido, hombre ilustre en el campo de la química, don Santiago Ramón y Cajal en el de las ciencias médicas. Todos los días de 2 á 4 en el café Suizo de Madrid, se ve un hombre modesto que no hace comedias ni «paradas», sentado alrededor de una mesa, junto á varios profesores y discípulos. Viste levita no muy nueva que denuncia y no miente, pobreza; una mala corbata le adorna el cuello, es un tipo de sabio distraído, es Ramón y Cajal. ¿Sabéis quién es Ramón y Cajal? Es como si dijéramos el Cristóbal Colón del sistema nervioso, el que dió la teoría del sueño.

Aragón, señores, la tierra que á veces y sin malicia la consideramos de pueblo de ideas tenaces y no muy largos alcances, da «buenas truchas». Ha dado entre otros, á Ramón y Cajal, el Colón del sistema nervioso, repito, y Miguel Servet, el Magallanes de la circulación de la sangre.

DÉCIMA CONFERENCIA

El misticismo batallador de los españoles

Señoras y señores: Lo confieso: jamás he empezado una conferencia con tanta preocupación y tanto miedo. Quizá una gran parte de vosotros venís con el preconcepto de que aprovecharé esta oportunidad para insistir en las ideas en cuya defensa he gastado tanto entusiasmo y tanta energía. No es así. Hablaré de altos personajes históricos que son santos, dejando á un lado mi juicio sobre la santidad, para hablar sólo de sus características humanas y del ambiente en que actuaron. Otra parte del público pudiera preguntarme por qué he elegido este tema en que hablaré de personas que no se ajustan á las doctrinas de que he sido siempre sostenedor. Respondo: porque esta conferencia era imprescindible entre las que he venido dando acerca de España, pues hablaré en general del misticismo, una de las genuinas manifestaciones del alma española.

Comprendo que esta es, de todos modos, una conferencia de peligro; no saldré incólume, sino como los toreros cuando luchan con un toro superior á sus condiciones. Quedaré «alcanzado», pues me encuentro en esta ocasión entre dos escuelas antagónicas, y aunque pretenda sostenerme en el «justo medio», por no hablar como un predicador, seré atacado por unos; y por no hablar como un excéptico, seré atacado por otros. Pero sé también que en la vida de todo pensador, de todo artista, hay algo más repugnante que la adulación, y es la cobardía, y que debe importársele menos del juicio ge-

neral que de sus propias ideas, manifestándolas con sinceridad. Digo, pues, como los creyentes: Suceda lo que Dios quiera! y entro en la conferencia.

El misticismo español es distinto al de los demás pueblos católicos, por ser el más enérgico, completo y rotundo. No resulta filosófico, á la manera del misticismo en la escuela de Alejandría. Es un misticismo más bien guerrero, que no produce la inmovilidad como el de los faquires, por ejemplo, sino que busca la lucha. Es un misticismo batallador, que encontrando estrecho el claustro monacal, lánzase por el mundo para difundir y arraigar sus ideales.

Todos los místicos han dejado absorberse por el cielo, digámoslo así, ascendiendo su espíritu hacia allá, para quedar flotando en esas regiones. El místico español ha hecho que el cielo bajase hasta él, que Dios se infundiera en su cuerpo, y ha sido combatido. Así como los mahometanos peleaban con el libro del Corán en una mano y la cimitarra en la otra, así los místicos españoles han luchado llevando por una parte el Evangelio y por otra la espada, al defenderlo contra el protestantismo en Flandes.

Ese misticismo, afirmación activa de la voluntad humana, confórmase bien con el carácter español, que es por excelencia individualista, á tal extremo que la raza española es entre las hijas de la gran raza latina la más individualista de todas. Y de eso mismo procede su actual decadencia, aparte de otras causas históricas. En otros tiempos, la energía individual podía abordar grandes empresas; por falta de medios de comunicación y otras circunstancias, cada pueblo estaba constituido por grupos de hombres entre los cuales la acción dependía del impulso de los caudillos. Ahora no son los pueblos individualistas los que triunfan. Triunfan hoy, que están formados por grandes conglomeraciones humanas, los pueblos colectivistas. Ya no valen tanto los genios como los rebaños. En tanto, el individualismo del pueblo español se ha denotado en todas sus grandes empresas, cual la conquista del Perú, realizada por Pizarro con trece hombres y unos cuantos más que acudieron á incorporárseles. Si en vez de trece hubieran sido trece mil, no habrían llegado á conquistar el Perú: se hubieran degollado los unos á los otros por el camino. Mien-

tras nuestros generales comandaban guerrilleros, la victoria iba con ellos. No así cuando combatían al frente de grandes ejércitos. Nuestros políticos, cuando son jefes de partido, realizan óptimas iniciativas. Cuando llegan al gobierno, sus actos pierden trascendencia. Por el exceso de individualismo, se comprende que las tendencias anárquicas, exaltadas, individualistas de por sí mismas, tengan mayor influencia en los pueblos latinos que en los pueblos sajones; en Italia, España y Francia más que en otras naciones europeas.

El misticismo en España fué inculcado por siete siglos de educación religiosa, en la guerra de la reconquista, de los católicos contra los sarracenos. Siete siglos en cuyo transcurso los libros de caballería eran libros de santos, á quienes se llamaba Caballeros de la ardiente espada, de la Fe, de la Estrella divina. La misma Santa Teresa, de quien hablaré luego, decía que en sus empresas religiosas era á manera de caballero á lo divino en favor del cielo. Así ese entusiasmo, á la vez místico y guerrero, irradia, por ejemplo, en el siglo XVI, presentándonos en constante antítesis, dentro del arte, al alma española, á la vez cándida y dramática, inocente y trágica.

La pintura religiosa, alta manifestación del misticismo, presenta su doble carácter: de un lado están Zurbarán, el Grecco, Rivera, sombríos, lúgubres, trágicos. En vano les pediríais risueños colores y celestes perspectivas. Son de hierro, sienten la inspiración artística con enérgica fiereza. En sus cuadros, de fondo negro como de tinieblas, veréis figuras pálidas de santos y de mártires, con los músculos ensangrentados y los tendones y nervios rotos y sanguinolentos. Son pintores de pesadilla, los pintores de ese misticismo trágico, en que culminó como representante heroico San Ignacio de Loyola. Y en contraste con ese misticismo, está el dulce Murillo, el pintor de los azules cielos, de la virgen envuelta en manto cerúleo, de los ángeles niños con ramos de flores, de la ternura y la inocencia cristianas, ese otro misticismo en que culminó como ardiente propagandista Santa Teresa de Jesús.

Y es de advertir que tanto en el misticismo trágico como en el cándido, el espíritu español pone un sello de realismo

ausente en el misticismo de otros pueblos, como lo veréis comparando, para no citar más, á Rafael con Murillo. Ese realismo es típico hasta en el amor místico de Santa Teresa de Jesús, que al derramar sus ideas sobre el papel, vehemente, apasionadamente, nos traza sus visiones celestiales con una corporización tal de las imágenes, en deliquios acompañados de espasmos á que no falta sino un acto para ser materiales en medio de su idealismo fogoso.

Estudiaré un momento el siglo XVI, como época de crisis para el cristianismo. La autoridad de los papas estaba quebrantada, la disciplina espiritual decaía, las almas cristianas perdían su confianza en Roma. Habían pasado papas cual los Borgias y como los Médicis, más benéficos como artistas, que sentían la influencia del Renacimiento. Y había en esa época de crisis del cristianismo dos almas igualmente religiosas que pensaban en contrarrestarla. Una vivía en el norte de Europa: era Martín Lutero; la otra en el sur, y era San Ignacio ó Iñigo de Loyola. Lutero quería la destrucción de los papas, para que el cristianismo se reconstruyera. San Ignacio pretendía la reconstrucción del cristianismo conservando á los papas, haciéndolos garantía y sostén eterno de las ideas católicas. Así de Lutero surgió el protestantismo y de Loyola el jesuitismo.

Loyola se inició siendo místico español, para serlo después francés y de otras naciones, donde actuó, cual Colón, nacido en Italia, resulta español por sus empresas. Tenía Ignacio un entusiasmo reconcentrado, férreo, pertinaz para llevar á cabo sus ideas. En toda su vida percíbese el origen militar de este guerrero de la Iglesia. Fué un hidalgo de Vizcaya, un soldado de Vasconia. Luchando en Pamplona contra los franceses, caía en el combate con las dos piernas rotas por un casco de metralla y fué conducido al castillo de Loyola.

Yo he estado en esa pequeña fortificación, en la casa del soldado fundador del jesuitismo y uno de los sostenes más firmes del catolicismo. Es una casa que parece una fortificación una especie de gran torre con gruesos muros. El mal gusto artístico de los jesuitas ha hecho desaparecer los adornos característicos en aquellas construcciones, recubriéndolas por

otros, más brillantes y llamativos. Siempre mueren devotos que dejan enormes cantidades para la casa de San Ignacio, y esas fortunas se invierten en recubrirlas con ornamentos del peor efecto. Los metales preciosos cubren la piedra, los mármoles la revisten como para servir de estorbo. Pero en el castillo queda permanentemente notoria una hendidura que lo atraviesa desde lo alto de los muros hasta sus cimientos.

Cuando el visitante pregunta por eso, le contestan: «Al abandonar San Ignacio su vida cortesana de hidalgo para hacerse soldado de la fe, el demonio resquebrajó el castillo con un formidable trueno que produjo esa hendidura...»

Loyola fué una voluntad que no reparaba en obstáculos. Una vez, herido, en cama, después de su curación, viendo que los cirujanos habían dejado sus piernas inútiles para la danza y no podría lucirse ni intentar aventuras en la corte, él hizo que, en aquella época, cuando no había anestésicos, y sufriría horribilmente, le rompieran de nuevo las piernas para que se las curasen mejor, de modo de no quedar cojo. Su convalecencia fué muy larga, pasaba los días tendido en el lecho, con las piernas entre cuerdas y tablas, contemplando por las estrechas ventanas de su castillo las lejanas colinas verdes, los campos cubiertos de manzanos y viñedos. No le bastaba recordar las hazañas de su juventud de soldado y cortesano. Ya ambicionaba más.

Y este hombre de espada, que había considerado los libros como impropios de ocupar á gentes de su alta clase social, sintió la necesidad de ilustrarse. Había leído libros de caballería. Relee el Amadís de Gaula y encuéntralo sin atractivo. Son sus hazañas parecidas á las hazañas reales que él ha conseguido. Y halla entonces otros libros que le interesan verdaderamente: las leyendas de los santos, de proezas, de sacrificio por conservar la Fe y sostenerla en países que no son católicos. Entonces piensa, con su espíritu de soldado y su generosidad de caballero, que esa es la única caballería y esas las únicas hazañas gloriosas. Y entonces se siente, desde luego, soldado de la Fe, del ideal religioso, en que los sacrificios alcanzan premios más grandes que las aventuras de los caballeros andantes. Pero, como ellos, necesita una dama, una alta señora para la ofrenda de sus conquistas, y con puro

amor enamoróse de la Virgen. Ella será su ideal, por ella batallará hasta morir. Mira por las ventanas del castillo las estrellas y parécenle lágrimas caídas de la señora de su alma; imagínase que allá, detrás del velo azul del firmamento, está la soberana, y alienta en redoblado brío y desea recobrar la salud para salir en campaña.

Apenas recobra su vigor, y sin más fortuna que una mala mula, emprende su camino, dirigiéndose hacia la costa del Mediterráneo, con la misma fe que años después guiaría por allí á navegantes como Colón, ansioso él también—el soldado Loyola—de llegar á Tierra Santa, para arrancar á los infieles el Santo Sepulcro, por medio de su espada.

De viaje á Cataluña, crúzase en el camino con un arriero morisco que decía mil y mil blasfemias de la Virgen. Ante este hecho queda sorprendido, olvida sus propósitos de paz y mansedumbre lentamente gestados y vacila si matar ó no al arriero. Entonces tranquilamente resuelve que si su mula abandonada sigue el camino tomado por el morismo lo mata; si por el contrario toma otro, le perdona la vida. Esta anécdota sin trascendencia alguna en sí, tiene su importancia por cuanto puede contribuir á definir el espíritu escrupuloso y casuístico de San Ignacio de Loyola.

Al llegar á Manresa el hidalgo español había cambiado por completo. Los cabellos en desorden, sus ropas sucias y roídas, los ojos fijos en lo alto, en actitud hipnótica, le daban el aspecto exótico y extravagante de un fakir marroquí. Los niños viéndolo transitar por las calles se reían de él y se burlaban.

En las calles de Marruecos he visto fakires, raros fakires, que me han recordado más de una vez al solitario de Manresa.

Sin comer por días y días, abstinencia que produjo en su organismo serios trastornos, de los que sufrió por el resto de su vida, tendido en el suelo, pálido, débil, pedía á Dios insistentemente, fervorosamente, que le diga cuál es el camino más directo y corto para llegar á la suprema perfección humana.

Por fin, después de mil noches pasadas en vela, en actitud extática, descubre el gran secreto; secreto que fué desde en-

tonces la fórmula incólume del jesuitismo: el hombre debe ser obediente. Proclama la virtud de la obediencia como único camino posible para llegar á la perfección humana y ganar las glorias imperecederas del cielo.

La obediencia, sí, pero la obediencia para los otros, para los débiles, para los afligidos, al mando de él.

Después de este descubrimiento — la compañía de Jesús — germen de su orden, emprende su viaje á Tierra Santa.

De los Santos Lugares vuelve otro; ve que el cristianismo no está allí, ve que el cristianismo está en Roma, y advierte que para luchar en defensa de sus ideales, á la par de los grandes pontífices, necesita él una ilustración que aún no posee.

Comprendió que ya en aquella época era necesario ser un hombre de estudios para luchar por el triunfo de la religión, que se hacía necesario estudiar, y tiene el valor de los sacrificios. Este hombre rudo va á sentarse en los bancos de las escuelas para estudiar y con una tenacidad y constancia admirables, con su férrea voluntad, conquista paso á paso el saber, y sigue y termina la carrera de sacerdote.

Loyola en los principios de su existencia es el prototipo de Don Quijote, que hace su primera salida sin dinero, confiándose así á la ventura, sin escudero, solo, por los campos de su fantasía, pero cuando de nuevo vuelve á la lucha y sale de nuevo, lleva de escudero á Sancho, y lleva ropa, y da á su servidor unos escudos para los gastos necesarios.

Así Loyola en su primera salida, desprecia el dinero y en su segunda se nutre de conocimientos útiles, reconoce que el dinero es una palanca necesaria y toma el que le dan.

En París se constituyó el primer núcleo de la nueva institución religiosa que tanto había de influir é influye aún en el mundo. Cinco fueron los primeros afiliados: Loyola, Láinez y Salmerón, célebres teólogos; Acevedo, educador; y el que después había de ser San Francisco Javier. Allí están los teólogos que habían de discutir en el Concilio de Trento, Acevedo, que luchara por el progreso fundando escuelas y el varón que después sería santo.

Su fuerza de voluntad y sus energías los lleva un día en las calles de Venecia á proclamar sus ideales, pero por des-

conocimiento del lenguaje, no se hacen entender, nadie los comprende y marchan á Roma para ofrecerse al papado y formar el comienzo de su ejército.

La historia no es ni puede ser como yo quisiera, sino como la hicieron los tiempos. Sin Loyola hubieran sido otros los destinos de la religión.

El catolicismo tiene un alma eminentemente española que infiltraron Láinez, Salmerón y Acevedo en el Concilio de Trento. Sin Loyola, Carlos V no hubiera hecho la guerra en Alemania, no hubiera hecho nada por la conquista de la fe.

Es tanta la influencia de Loyola y Santa Teresa, que hay una personalidad literaria que dice al hablar de ellos: esas dos figuras fueron la base del catolicismo en Europa y gracias á ellas no adelantó nada el protestantismo que se quedó desde entonces con sus alas rotas é imposibilitado en sus avances.

Para comprender bien á Santa Teresa de Jesús, hay que conocer Avila, la ciudad en donde vivió, y que tienta á los escritores y artistas. Uno de los vuestros, Enrique Larreta, en libro notable que me complazco en admirar, ha reflejado gran parte de la vida antigua de esta ciudad legendaria. Alzase Avila en una llanura ligeramente ondulada, inmensa, como la pampa argentina, océano de tierra que se besa con el océano del cielo en los amplios horizontes, sin que la línea oscura de una colina ó de una arboleda oculten esa conjunción grandiosa. En tal inmensidad, la distancia, en vez de disminuir los objetos, los agranda: un cordero, en la perspectiva, aparece un caballo, un caballo un elefante, un hombre, un gigante.

Esta fantasía óptica contribuye no poco en la imaginación para hacerla creer prodigios, y no deja de ser á la larga una buena escuela para santos. En vuestra pampa—á pesar de ello—no aparecen santos. Quizá cuando esté más poblada y tenga sociedad, y piense y sueñe, quizá en sus llanuras aparecerán santos y apóstoles de una nueva civilización, reveladores del porvenir.

Las llanuras inmediatas de Avila presentan otra particularidad: están sembradas de masas de basalto negro, como

esos bloques de las pirámides egipcias, y que nadie las creería obra de la naturaleza. Diríase al verlas que una familia de gigantes se ha entretenido en apedrearse con riscos. En su amontonamiento informe, semejan dragones espantosos, seres prehistóricos, rostros de monstruos que asustan al caminante con su mueca espantosa. Esas masas de piedra contribuyen al ambiente de leyenda, y así se comprende que aún hoy, Avila viva en un ambiente legendario. Es esta ciudad una de las pocas de España que conservan su recinto amurallado, circundándola 85 torres con almenas. El verdadero nombre de Avila es Avila de los Caballeros, y esas torres son de palacios señoriales, y véñse coronadas de grifos, de animales heráldicos, de emblemas nobiliarios. Cada palacio es una muralla, un poderoso bastión, que así cada hidalgo contribuía á la defensa de la ciudad. Su misma catedral parece una fortaleza, en donde los muros y hasta las torres están almenadas. Sus adornos inspiran la idea de la leyenda; leones de mármol, con cadenas, y grandes cachiporras, cual la de Hércules, pues Hércules fué quien, según la tradición, fundó esa ciudad.

Allí, en el siglo XVI, existía un hidalgo llamado Rodrigo de Ahumada, de ilustre nobleza y escasa renta. Su esposa, noble también, y muy devota, cuando no rezaba en la catedral ó hilaba en el amplio salón de su casa, alternaba los libros piadosos con los de caballería, y esto indica cuánto en esta ciudad estaban difundidas esas lecturas....

Un buen día, un hermano de Ahumada se sorprendió en la mitad de un camino, al divisar á dos pequeños que marchaban cogidos de la mano, y cuyo continente, á pesar de sus pobres vestidos, revelaba la nobleza de su familia. Avanzó al paso de su caballo y al cruzarse con ellos vió que eran sus sobrinos Teresa y Rodrigo, que iban... ¿A dónde? ¡A Marruecos, á la capital del rey moro! ¿Para qué? ¡Con la esperanza de que los sacrificaran por la gloria de Jesús!... Ello no resultaba tan raro en aquella época, cuando los grandes como los pequeños, se ilusionaban leyendo de continuo los libros de caballería. Los niños fueron conducidos por su tío, á la casa.

Teresa, aprendió á leer y á escribir, aprendió labores, y quedó aún en su infancia huérfana de madre. En sus libros,

la santa ha referido las dudas y vacilaciones que experimentó para abrazar el estado religioso. Bueno es advertir que nunca fué triste ni melancólica, sino de natural alegría y de alma expansiva.

En medio de su majestad evangélica y triunfal, de fundadora de orden religiosa y tan severa cual de los carmelitas—y las Carmelitas—Descalzas, obsérvanse siempre en ellas dos manifestaciones que recuerdan su infancia: es alegre sin chocarrería y chistosa con elegancia. A pesar de ser monja denota también sus preocupaciones aristocráticas, del abolengo. En algunas de sus cartas, en vez de Teresa de Jesús firma Teresa de Ahumada. En su primera juventud sintió las tentaciones del mundo, y cuenta en sus autobiografías cómo influyó en su ánimo una prima suya, afanosa de galas y cortejos, y cuánto simpatizó con uno de sus primos. Pero tales influencias fueron pasajeras. Su verdadera afición la llevó á entrar en el convento de la Encarnación, en Avila, donde los rigores de la vida conventual, las abstinencias y las disciplinas, aunadas á su edad temprana, la abaten en crisis que se ha pretendido explicar equivocadamente.

Usando la palabra que nos sirve para definir ciertas enfermedades que no conocemos, se ha dicho que Santa Teresa era una histérica. No es cierto; los doctos hombres que han investigado luego la vida de la monja, prueban que no es así. Prueban que no era una histérica cuando sufre sus crueles ataques en los que llega á morderse la lengua; no lo es, tampoco, cuando va por toda España, recorriendo sus polvorientas carreteras y llegando á todas las ciudades para fundar conventos.

No es una histérica la que como ella dice á las monjas: seámos mujeres varoniles y luchemos con fe y energía.

Influyó mucho en la vida de Santa Teresa, cierta visita que recibió estando en el convento de la Encarnación en Avila. Fué ésta la del que luego había de ser San Francisco de Borja, descendiente de los Borgias, caballero de la Corte de Carlos V, que un día al ver el cadáver de la emperatriz, que él adoró siempre idealmente, comprendió lo deleznable de la vida y se hizo sacerdote.

Esta visita y el contacto con los jesuitas que se habían

establecido en Avila hicieron que Teresa acrecentándose su tesón y fuerza de voluntad, acometiese la gran empresa con que siempre soñara.

Esta monja, de tan soñador espíritu, encontró estrecho su claustro, necesitaba salir de su encierro. Soñó con fundar una orden nueva, soñó que la orden de Carmelitas Calzadas á que pertenecía, no llenaba bien su cometido, quería instituir la de Carmelitas Descalzas y ser ella la fundadora de la orden.

Pero para acometer esta empresa precisábase dinero y ella carecía en absoluto de numerario. Entonces recibió un auxilio con el que jamás contara.

Un hermano suyo estaba en el Perú con destino oficial, había venido á ese rico imperio mandado por sus reyes como persona de confianza, y este hermano le mandó auxilios en metálico que le sirvieran para fundar el convento de San José en Avila. Esto fué á modo de lo que hoy llamamos en política una disidencia, produciendo en Avila un verdadero escándalo.

Recordemos aquellos tiempos en que sólo había templos, conventos y oraciones, en que no existía otra distracción que los quehaceres familiares, el rezo, la devoción, en que aún no habían aparecido los teatros, y comprenderemos lo que significaba la creación de un nuevo convento. Formáronse partidarios de uno y otro bando, su nombre empezó á conocerse en Avila, en Toledo, en Madrid, y poco á poco se fué conociendo por toda España.

Cuando hubo fundado el convento, soñó más; Santa Teresa, no era la monja del claustro: se explica su figura diciendo que fué don Quijote con toca, fué la dama errante.

Así como don Quijote no dormía pensando en los inocentes que necesitaban el auxilio de su brazo, Santa Teresa sólo vivía pensando en establecer templos y templos. Lo dice ella en sus escritos: «cada día que pasa los luteranos nos quitan un templo, yo quiero fundarlo para que no falte la casa de Dios».

Recorriendo siempre España, encuentra en sus excursiones un sacerdote aficionado á sus reglas y su orden que tiene algún dinero, unas «blanquillas» como ella dice, y funda, acompañada de otra monja el convento de Medina del Campo, entrando á la casa en que había de establecerse la nueva fun-

dación religiosa á deshoras de la noche, atravesando campos y calles medrosas y exponiéndose á una desgracia, pues que en sus alrededores vagaban los toros que habían de lidiarse en la corrida del día siguiente.

Y esta que fué llamada por un nuncio, la monja andariega, de una casucha hace un templo, su compañero coloca en un mal altar el sacramento y á la mañana siguiente los vecinos asombrados se encuentran con un nuevo convento. Convento en el que, como la misma Santa Teresa dice, podían las monjas oír el sacrificio de la misa sin salir de sus celdas y presenciándola por las rendijas y grietas de las viejas paredes y carcomidas puertas.

¡A qué seguir! Podría contaros muchas otras fundaciones hechas por la santa, con las que se demuestra su carácter quijotesco, pero sería repetir episodios y alargar demasiado esta conferencia.

Hay, sin embargo, algo que contaros y que ella dice en una de sus páginas, describiendo una noche en Salamanca, y que hace recordar á Guy de Maupasant.

Va, en efecto, una noche á Salamanca ocultamente, y llega á una casa solamente habitada por estudiantes. El dueño los arroja á la calle para dar posada á la santa y á una compañera de viaje, y quedan solas las monjas en aquel caserón, palacio antiguo, que hace pensar en cuentos de brujas. En esa página por ella escrita así lo dice.

Metiéronse las pobres mujeres en una habitación donde se habían tendido unos puñados de paja, llenas sus paredes de grietas y sus ventanales rotos, por los que entraba el viento silbando y bramando, haciendo pensar en apariciones de almas y fantasmas. Era la noche de Animas; todas las campanas de la ciudad doblaban hiriendo el espacio con sus melancólicos tañidos, llevando el pavor y el miedo á los ánimos más templados.

La monja compañera de Santa Teresa pensaba en los estudiantes, en que podían volver, en que quizás las echarían y así lo comunicaba á la Madre Teresa de Jesús; ésta la consolaba, la reducía con sus consejos y su fortaleza; pero tal era el pavor de aquella monja, que llega á decirle: «Y si yo me muriera, ¿qué harías vos con un cadáver toda la noche?»

Santa Teresa vuelve á sus consejos, y al fin le dice: «Durmamos, hermana, desechad esos temores y que Dios sea con nosotras».

Lo característico de todas estas idas y venidas por las carreteras y caminos de España, de esta monja, es su voluntad de hierro, su fuerza, esa fuerza innata en todas las mujeres, que les hace no tener ni conocer el miedo al ridículo; los hombres sentimos miedo por el ridículo, la mujer no. La mujer sólo teme el qué dirán, cuando pueden atacar á su prestigio de mujer honrada.

Muchas veces en la vida, lo que no dice el marido lo hace la mujer; pues bien, esa era la suerte de Santa Teresa, y por eso recorrió toda la península en aquella época en que los caminos los llenaban hombres de todas clases y, por cierto, no modelos de caballeros honrados y galantes.

Imagináos los conflictos que tendría que vencer, imagináos su santa inocencia y sus grandes deseos de fundar conventos y templos donde los hombres adoran á Dios, su amor puro y casto.

En cuanto á Santa Teresa, considerada en su estilo literario, no creáis que ella sea un modelo clásico. Tenía pocas letras. Una vez le escribía la priora de un convento, hablándole de asilos. Y la fundadora de la orden contestábale: «¿Qué es eso de asilos? Sea usía menos letrera y dedíquese á cosas convenientes». No fué en realidad una escritora; escribía lo que pensaba claro, però de cualquier manera, con una espontaneidad que recuerda á la de Ovidio, cuando, castigado porque hacía versos por el autor de sus días, le contestó en verso, sin querer, que no los haría más. Le ocurría como á Tolstoi, que siempre escribe para maldecir el arte y la literatura, y lo dice en forma admirable. Aborrecía á las mujeres literatas, y las obras que hizo fueron para sus monjas, para doña Luisa Mascareñas y para la duquesa de Alba. Nunca pensó que sus libros llegaran á imprimirse, y de ahí esa espontaneidad y naturalidad sumas de todos sus escritos, en la prosa como en la poesía. Por especiales circunstancias de la ciudad en que se educó Santa Teresa, y porque la evolución del castellano no se había perfeccionado todavía, su lenguaje, propio de Castilla la Vieja, es diverso al de los autores que residían en Castilla la

Nueva, como Cervantes, Lope, Quevedo y otros muchos. Santa Teresa, decía naide, lición, dispusición, cirimonia, traiga mesmo, siguro, haiga, palabras hoy no admitidas, pero que le eran en ciertas manera propias. Y le ocurría como al más grande de vuestros escritores, Sarmiento, que no tenía ortografía, pero sabía escribir. Ortografía tienen todos los maestros de escuela, pero no todos son escritores. Algo así ocurrió á Santa Teresa, dando motivo á que fray Luis de León se irritara por las correcciones que las hacían los editores, quitando á sus frases su expresiva sencillez. No era, pues, clásica. Escribió infinidad de cartas de lenguaje popular, no tabernario, sin duda, pero sí en el castellano rudimentario de los vecinos de Avila, y en esas cartas, cuando se dirigía á las monjas, hay plebeyismos cual las palabras que he citado, y frases ininteligibles como para hacerse entender bien. Pero en sus obras «Camino de Perfección», «Castillo Interior» y otras, su estro se arrebató, se enciende, vuela y resulta en su encantadora espontaneidad una inmensa artista.

Tiene toda la gracia de la salud moral en el primer libro que relatando su vida escribió, por mandato de su confesor. Las señoras de la corte pidieronle ese libro para conocerlo, y lo prestó ella á la duquesa de Alba y á doña Luisa Mascareñas. Esta lo leía sola; pero había en la corte una dama, la princesa de Evoli, delgada, menudita, fina, movediza, vivaz y graciosísima, que era á la manera de un vistoso colibrí, la única persona que desarrugaba el ceño de Felipe II, llevando como un rayo de sol á aquel carácter lóbrego como una caverna. Y esa señora, al ver que doña Luisa Mascareñas y la duquesa de Alba admiraban á la monja que escribía y que iba de ciudad en ciudad y de aldea en aldea fundando conventos, creyó deber imitar á esas otras damas de la nobleza y se hizo amiga de la fundadora, á quien perturbaba con sus revolteos de faldas y con la mirada brillantísima de sus ojos, que para mayor gracia eran uno azul y el otro negro. Deseó conocer la vida de la santa, que le dió su libro, y á las cuatro ó cinco páginas se cansó de la lectura, abandonándolo á los pajes, que se reían del manuscrito. La de Evoli sintió capricho por fundar algún convento ella también, y aunque á Santa Teresa le era poco simpática, accedió á que le ayudara á

fundar un convento de su orden en el pueblo de Pastrana. Murió el paciente marido de la de Evoli, llamado Ruy Gómez de Silva, y su viuda se entregó al mayor dolor y entró en el convento. Santa Teresa exclamó: «Monja la princesa, se acabó el convento». La de Evoli púsose ceniza en la cabeza el primer día y lloró desesperada; el segundo se lo pasó en el locutorio, y al tercero ya exigía que las monjas le hablaran puestas de rodillas, porque ella era de alta alcurnia.

Santa Teresa rompió sus relaciones con la de Evoli. Esta, en venganza, la denunció á la Inquisición, culpándola de actos heréticos, y así fué como la mujer más notable que ha tenido la Iglesia católica estuvo sufriendo bajo el poder inquisitorial no menos de nueve años, hasta que por fin reconocieron su inocencia. Había adquirido tanta fama como propagandista, que á tiempo de producirse la lucha entre las carmelitas calzadas y las descalzas, un nuncio, hablando de Santa Teresa, dijo que iba en devaneos por el mundo.

Otro gran amigo de la santa fué San Juan de la Cruz, poeta eminente del catolicismo.

Diré como lo conoció: quería la Madre Teresa hacer una fundación de hombres. Un día se presentaron á ella dos frailes. El uno era grande, alto, fornido, pudiera decirse que gigante de los frailes; el otro, por el contrario, chico y menudo, sonrosado, de rostro soñador. Era aquel fraile grande Eveti; el otro San Juan de la Cruz, y al comunicarles sus deseos, exclamó la santa: «Ya tengo fraile y medio».

Santa Teresa quería á Juan de la Cruz como madre amantísima, era mucho mayor que él; el fraile la adoraba con pasión férvida, ideal y divina. Y á tal punto, que cuando estaba perseguido y encerrado en los calabozos de la Inquisición de Toledo, recordaba siempre, en medio de sus tormentos, á su santa, y preguntaba si ella había sido también perseguida.

No creáis en esa Teresa que algunos os han presentado, no; Teresa era alegre, con la alegría sencilla del artista, del escritor que después de su trabajo desea expansión y recreo.

En San José de Avila se enseñan las castañuelas, panderos y otros instrumentos que ella se complacía en enseñar á tocar á sus compañeras de cláustro, en los ratos de ocio. Ella dijo que las almas santas necesitaban santas alegrías.

Santa Teresa, al hacerse una figura europea, na pasado por las descripciones de todos los artistas, especialmente de los franceses, que la hicieron una dama medioeval, de cara larga y pálida, de mirar triste, de manos de cera. No es verdad.

Yo estuve en la casa donde se crió la santa, he visto su báculo y, aunque no soy bajo, me queda sobrado. He visto una suela de sus sandalias, y es harto pequeña. Era lo que se llama en castellano una buena moza.

Tengo el retrato que hace de ella el padre Rivera, su contemporáneo, y en que parece verse á la santa: alta, agraciada, de ojos no grandes, pero tampoco pequeños, de sonrosado color y cabello castaño, algo rizado.

El padre Gracián, su confesor, añade que no fué fea y que el único retrato que se conserva de ella lo hizo á los 60 años, y por orden suya, un fraile pintor muy malo que había en un convento de Sevilla y que le llamaban fray Juan de las Miserias.

Y aquí una anécdota que demuestra bien á la mujer, aunque sea santa. Cuando Santa Teresa vió su retrato terminado, dijo á fray Juan: «Dios te perdone, hermano, lo que me has hecho sufrir para pintarme fea y legañosa». Y es que la mujer, como las bellas artes, deben siempre ser hermosas.

Voy á terminar. La fama de Teresa de Jesús se había difundido; ya sabéis lo que sucede á los que quieren sobrevivir. Las grandes figuras no se enteran de que decaen sus facultades, por eso veréis que los últimos días de los grandes hombres son días tristes. El mundo parece harto de su gloria. Después de muerto renace la gloria y el respeto.

Las mismas superiores vivían en continua batalla con esta vieja que se metía en todo y todo quería arreglarlo, y hasta se desataban en improperios. Un confesor la denunció nuevamente, aunque sin resultado, á la Inquisición. Entretanto, Teresa de Jesús, que en una caída se había roto un brazo y seguía, manca y todo, visitando unos y otros conventos, fué enviada, con una compañera, á Alba de Tormes. Durante el viaje sufrió frío, pasó veinticuatro horas sin comer, y al poco tiempo de llegar al convento, se murió. Así terminó su vida la que la Iglesia había de santificar llamando Santa Teresa de Jesús.

Dije ya lo que representa para el catolicismo San Ignacio.

Y diré lo que representa para la literatura Santa Teresa. Grandes literatas ha habido, pero las supera esta escritora, por no tener como ellas ni el artificio de la profesión ni el deseo de renombre. En la inteligencia de esta mujer, quizá la más grande inteligencia de mujer, todo es tan suyo como la vegetación de las montañas. Es inmortal Santa Teresa y se ha difundido su obra, inmortal también, pero que fué tan del momento, tan de la naturaleza, como el canto del ruiseñor, que no sabe si quiera si le oyen; como el aroma de la flor, que lo esparce sin advertir que encanta á quien lo aspira.

UNDÉCIMA CONFERENCIA

Zuloaga y Sorolla

Cuando un artista extranjero pasa los Pirineos y penetra en España, su mayor deseo consiste en llegar cuanto antes á Madrid, capital en la que, ciertamente, no hay mucho de notable que ver, pues sus más antiguos monumentos datan sólo del siglo XVIII. Sin embargo, si ese extranjero es artista, en vez de dirigirse á ver las hermosas campiñas de Galicia, los frondosos bosques de naranjos de Valencia, las grandes obras arquitectónicas como la Alhambra ó la Mezquita de Córdoba, ó la ciudad histórica como Zaragoza, marchará directamente á Madrid. Es que sabe que en la capital de España, al extremo del Paseo del Prado, existe un palacio enorme, de colosal edificación, dentro de cuya atmósfera, entibiada por la calefacción artificial, vive algo más que las figuras de un pueblo: las figuras de la humanidad. Es aquel edificio el Museo del Prado, panteón enorme en el que reside la vida, porque las figuras que allí hay viven la vida de la inmortalidad. La mezcla no puede ser mayor. Junto á las rosadas desnudeces de las figuras de la pagana mitología, se ven los retratos de frailes místicos y ascetas, cuyos rostros respiran una eterna oración; armaduras de caballeros, guerreros que combaten, naves que pelean. Si por cualquier cataclismo aquel museo desapareciera ó un incendio redujera

á pavesas sus hermosas obras de inimitable arte, la humanidad entera tendría que vestir el traje de los lutos rigurosos. Allí está el compendio y el resumen de dos siglos de renacimiento. Rafael, con su idealidad suave; Murillo, con su idealidad y con su romanticismo real; Van Dyck, con sus elegantes figuras; Rubens, que es en la pintura lo que Wagner en la música; Ribera, atormentado siempre; Rembrandt, con sus juegos de luz y de sombra; el Veronés, que puede decirse sin exagerar, que es el abuelo de Sorolla, y cientos de cientos de otras personas más, porque el catálogo es interminable. En estas conferencias, que no son sino ligeras manifestaciones, tenía que hablar, después de los poetas, de los pintores; de los pintores, que son también poetas del color. Entre estos pintores ocurre que, aunque muchos de ellos son españoles, por haber nacido en mi patria, pocos lo son en lo que á la obra producida se refiere. La pintura de Murillo, por ejemplo, fué puramente religiosa; Zurbarán no hizo sino pintar frailes, ascetas, milagros; Ribera pintaba con temor. En cambio, tres figuras se imponen en plano de primera fila: El Greco, Velázquez y Goya. Esta trilogía forma el objeto de mi presente conferencia.

Antes de la aparición del Greco, la pintura tenía en España el carácter rudimentario que constituye la característica de todo arte que empieza á desarrollarse. Los reyes se permitían el lujo de tener en sus palacios cuadros en los que había pintadas algunas divinidades mitológicas; pero aparte de estas excepciones, todo el resto de la pintura tenía en España un marcado carácter religioso.

Uno de los grandes defectos de la pintura en España es el que nunca fué privada, íntima, particular, exteriorizadora del hogar. Precisamente, uno de los encantos mayores de la pintura holandesa y de Flandes, es el de haber retratado la vida íntima y tranquila de la familia, que mediante aquellos cuadros puede reconstruir el historiador. La restauración del tranquilo hogar holandés resulta fácil, merced á estas telas en que se ve á la madre junto á la rueca de hilar, y al padre, bajo la luz de la cariñosa lámpara, leyendo los libros santos.

En España no existió la pintura del hogar, como no existió tampoco la pintura del hogar en Italia. Pero en esta última nación, los pintores se dedican á los sujetos en que tan fecunda es la mitología. En tres siglos, en España no se produjo otro desnudo que el de Venus, pintado para el dormitorio de un monarca. Fué el único desnudo, hasta que hizo Goya su Maja Desnuda.

Llegamos al momento en que aparece el Greco. Este pintor no es español, sino griego, como su apodo lo hace ver. Su nombre era el de Doménico Theotocopaulis, natural de Creta, y que fué un vagabundo en España. Su vida es oscura y no se sabe en qué forma ni á través de qué circunstancias llegó á Italia. En Italia estuvo en Venecia y fué discípulo del Ticiano; pero incompatible su carácter con el de determinado maestro ó escuela, y sabiendo que Felipe II necesitaba pintor para el decorado de El Escorial, marcha á España. Trabajó durante algún tiempo en El Escorial y desde allí marchó á Toledo.

Es necesario saber lo que era Toledo en aquel entonces; ciudad única que sólo podía compararse á Roma. Cuando el viajero llega á Roma, al contemplar las grandezas muertas se le ocurre que ellas no son sino páginas abiertas en un libro de piedra. Allí están la Roma romana, la de los Césares y de la República; la Roma medioeval, representada por templos góticos, palacios puntiagudos y, finalmente, la magna Roma del Renacimiento. Toledo es también un libro de hojas de piedra, una ciudad asentada sobre una eminencia de escasa vegetación, de la que dijo el académico francés Mauricio Barrés, que le hacía recordar el lomo pelado de una mula castellana.

Hay en Toledo dos grandes moles: el alcázar de Carlos V y la otra, una mole blanca, grandiosa, poética: la catedral de Toledo, simpática, conjunto y resumen de nuestra lucha de siete siglos por la reconquista. Aquella catedral tenía presupuestos y ministros y rentas propias, como si fuera un Estado dentro de otro Estado; y sus arzobispos guerreros, en más de una ocasión dejaron sus ricas vestiduras para ceñir la espada. La catedral es blanca, toda blanca, con la inocen-

cia de un villancico de Nochebuena, con inmensas naves y profundas capillas, en cuya humedad parece como que hubieran las lágrimas de todos los que durante cincuenta generaciones han ido allí en busca de consuelo.

El prestigio de Toledo es inmenso, y lo fué en las épocas pasadas por sus médicos árabes y por la sabiduría de sus doctores judíos. En Alemania, cuando se quiere pintar una escena desarrollada en ciudad de raras nigromancias, se elige á Toledo, porque Toledo es como el maravilloso Bagdad de las Mil y una noches. En Quito, cuando se quiere hablar del Bagdad de los orientales, se habla de Toledo, y el cual viven, hablando español rancio, los judíos expulsados de España. Y los sábados, cuando por su ley y por su religión nada pueden hacer, la familia se reúne en torno de la abuela pidiendo un cuento. Y la abuela, invariablemente, comienza así: «Erase un príncipe que vivía en Toledo...».

Este Toledo, la ciudad adornada de leyendas, desde la mañana hasta la noche denunciaba su vida fabril. Tintineaban los martillos sobre el hierro enrojecido; de sus talleres salían para todas las cortes de Europa, las espadas finas, delgadas como serpientes, que iban á pender de cintos cortesanos; y las espadas anchas, tajantes, fuertes que llevaban el sello famoso de las siete cruces ó del Perillo, que en manos de conquistadores cumplían con la leyenda que el armero había grabado sobre la hoja: «No me saques sin razón, ni me enfundes sin honor». Eran las espadas de las luchas.

En aquella ciudad, como bien lo observara Navacero, el embajador veneciano, faltaba un pintor. Tenía orfebres que hacían maravillas con su pincel; ofrece hoy como productos de aquella época, sus rejas de bronce que asombran al viajero, sus grandes ventanales de hierro forjado, sus muebles ricos de líneas delicadas que codician los arqueólogos; tenía á un Villaprando, un artista en la forja; á Berruguete, un gran escultor; pero las pinturas de sus retablos eran pobres, los cuadros de sus altares no respondían á las justas exigencias de aquel ambiente.

Fué en esa hora propicia que llegó el Greco. Toledo se

transformaba. Sus industrias florecían más y más. Era aquella época una mujer de inmensa voluntad y que había entrado en la ciudad aprovechando de una casa que para sus propósitos le donaran, fundaba un convento, sin intimidarse de que en una casa vecina á la que ella había hecho refugio de místicas, moraban ciertas mujerzuelas de mal vivir; antes al contrario, al saberlo aquel espíritu noble dijo: «Mejor, estando más cerca, nos será más fácil convertirlas». Aquella mujer se llamaba la madre Teresa de Jesús; y como si el destino hubiera querido reunir bajo un mismo cielo y dentro de un mismo escenario á un grupo de hombres que pesaron en la historia, por los barrios, á la hora de la tarde, un caballero no muy trajeado, ya cubierta su cabeza de canas, que tenía una mano lisiada, en un mesón conocido por el del Sevillano, escribía una novela ejemplar que se titula «La ilustre fregona», era don Miguel de Cervantes; por los alrededores, por los cigarrales, ya á determinadas horas del día, los toledanos se habían habituado á ver un fraile meditando, soñador, era Tirso de Molina. Y como si no bastaran una Madre Teresa de Jesús, un Miguel de Cervantes, un Tirso de Molina, para orgullecer á Toledo, contaba con otro gran huésped, con un jesuita de frente ancha, de vista penetrante que escudriñó en el pasado escribiendo una obra de méritos infinitos, ese jesuita tiene un nombre glorioso: don Juan de Mariana.

Y hay más, señores. Un día el Greco recibe en su taller la visita de un personaje que ha pasado á la posteridad como un arquetipo de caballero y como uno de los poetas épicos más puros é indiscutidos que ofrecen las literaturas. Nos queda un retrato debido al pincel del Greco. Es un joven de cuyo rostro denuncia nobleza, su frente está coronada por una corona de laureles, tiene en una de sus manos un libro. Ese libro es «La Araucana», señores; el caballero que acaba de llegar de América, se llama don Alonso de Ercilla.

El Greco, señores, es modernísimo; casi podría decir lo hemos visto todos nacer á pesar de que viviera hace siglos. Hace veinte años era un desconocido; la crítica moderna lo ha impuesto. Se le ha considerado por muchos como un loco. Abundan en Toledo las leyendas que así nos lo pintan y

hasta en el hospital Tavera se enseña un cuarto donde se afirma que este pintor pasó en él recluido durante cuatro años, dominado de la locura, haciendo cuadros extraños. Yo, por mi parte, no creo muchas de esas leyendas; pero debo confesar que admito sin esfuerzos de que el Greco no era un espíritu normal. Sus cuadros evidencian un desequilibrio mental; fué un gran pintor, pero le faltó esa serenidad, esa armonía de facultades que permite llegar hasta la cumbre del arte.

Como decía, el Greco durante tres siglos fué olvidado. El clacismo y el neoclacismo nada vieron en aquellas telas de figuras extrañas, colores vivos y rabiosos, de miembros retorcidos, en actitudes extravagantes; vino el romanticismo y ya no se desdeñó aquel artista raro; llega el neoromanticismo—los modernistas,—y como por encantamiento, el Greco se discute en revistas y libros, el Greco se convierte en un maestro, en un genio precursor.

Personalmente, señores, debo manifestar que no gusto mucho de este pintor, pero soy el primero en afirmar la originalidad intensa—factor indispensable para ser artista,—y la fuerza que se traducen de sus telas. En verdad me desconciertan sus procedimientos, algunas de sus modalidades. Por los cánones del arte, señores, la grandeza de una figura debe ser siete veces la de la cabeza: el greco rompe con ese cánón, sus figuras son doce y unas veces más grandes, parecen interminables, no concluyen nunca. El Greco tenía en poca estima el dibujo: el color, las tintas era lo principal. El colorido de las telas es vigoroso. Sus retratos, que son muchos, nos reproducen algunos caballeros de su época; las cabezas tienen la forma, como se ha observado con justicia, de una pera invertida; las manos son finas, exangües, las barbas ralas, los ojos reflejan una luz interior; parece que tuvieran alma, que quisieran animar el mundo externo. El Greco tiene un defecto. Se «amaneró», se habituó á esos rostros ascéticos, y todas sus telas parecen repetir un mismo tipo, un personaje semejante. El generalizó casos particulares, y de ahí que haya con su pincel calumniado á su época. Hoy está de moda y cuando en París, por ejemplo, se hace una exposición con sus telas,

los escritores franceses, que están dominados del empeño maldito de atribuir gratuitamente á España una serie infinita de horrores, frente á esos cuadros, se complacen en decir que esos ojos visionarios concentran todo el horror de una época de torturas y barbarie, época que, entre paréntesis, no existió nunca, que fué como todas, con los mismos vicios y las mismas virtudes de las que se ofrecen en la historia de cualquier nación europea.

Y tan es así, señores, que veinticinco años más tarde, Velázquez pinta al conde de Benavente, un noble lleno de vida y salud, y al conde-duque de Olivares, un señor que tenía cualquier cosa menos de fraile penitente, un politicastro de la espada, un tanto ladrón, respetable abuelo de ese cacicazgo político que es una rémora en mi país y de ese caudillismo que conocen ustedes, y á los que recurren esos espíritus que se hacen tiranos de barrio ó de localidad para usufructuar de las aventuras gubernativas. Y en veinticinco años no se modifican tan fundamentalmente las épocas hasta el contraste de dos caballeros pintados por el Greco y los caballeros pintados por Velázquez.

El Greco, señores, tenía en su sangre algo de Bizantino. Su mejor tela, «El entierro del conde de Orgaz», basado en una leyenda, por la que se decía que el señor de Orgaz, de la casa imperial de los Paleólogos de Oriente, en su vida había practicado con tanta asiduidad las virtudes, que mereció que bajaran del cielo San Nicolás y otros santos para ayudar á enterrar su cadáver. En ese cuadro hay que distinguir, diré, dos planes: el superior, en mi concepto defectuoso, donde el Greco da rienda suelta á su fantasía y pinta ángeles y santos extraños, curiosos, de dimensiones exageradas, y el inferior, donde más ajustado á la realidad, se impone con su personalidad de artista.

El Greco no tiene biografía. La leyenda ha deformado su existencia. Al morir dejó muchos discípulos y, entre ellos, su hijo Tristán, que siguieron fieles las huellas del maestro, dejando muchos cuadros que hoy hábiles especuladores venden á los yanquis á buen precio, como si fueran los legítimos, los codiciados. El Greco, señores, influyó en Velázquez, no

de un modo decisivo ni como un maestro, porque Velázquez tenía demasiado genio para continuar ó dejarse influenciar por alguien, influyó en el colorido. Es indudable que Velázquez, en la contemplación de sus cuadros, modificó su primera manera de pintar, usando poco del cambio de colores para la segunda y definitiva, que lo ha convertido en el maestro más grande de la pintura.

Si el arte es la más alta interpretación de la naturaleza, Velázquez es el primer pintor del mundo. Su vida es una vida tranquila, sin aventuras. Cuando pintaba era el maestro sin igual, cuando dejaba el pincel era el burgués que sólo se dedica al cuidado de los hijos. Los estudiantes alemanes dicen que el burgués—el filisteo, como ellos lo llaman,—es un hombre que nace, come, bebe, se casa, tiene hijos y se muere; agregadle á Velázquez: pintó, y tenéis al hombre.

Nació en Sevilla, y aquella ciudad, entonces en su apogeo comercial, mercado de las riquezas que llegaban del Nuevo Mundo, llena de aventureros, la ciudad de las rejas, de los amorios, de los lances caballerescos, parecía que en la mente de aquel niño de genio debía despertarle una imaginación asiática, espléndida, exuberante, pero no fué así. Velázquez es el pintor de mejor retina que se ha conocido, pero es también de una imaginación prohibitiva. Trabajó desde sus primeros años; su maestro Pacheco, que no titubeó en augurarle un gran porvenir, dióle su hija en matrimonio y procuró por todos los medios acercarlo á la corte. Sus esfuerzos se coronaron. Felipe IV, de quien os hablé en conferencias anteriores, le concede figure entre sus criados, con un sueldo de doce reales diarios. Un peso y medio, más ó menos, de nuestra moneda. Y Velázquez se traslada á la corte.

Se ha hablado mucho de la protección de los reyes y la iglesia á los artistas; son los artistas los que en realidad han protegido á los monarcas y á los papas. ¿Quién se preocuparía, señores, de conocer el rostro de Felipe IV si Velázquez no nos hubiera transmitido su retrato?

Velázquez, espíritu distinguido, tímido, tuvo en la corte que figurar en ese plano subalterno y en la lista de los bufones de los basberos, se consignaba su nombre. Ya ven,

señores, cómo ayudaba la monarquía á los artistas. Y Velázquez se vengó inmortalizando aquellas figuras grotescas que lo rodeaban.

Velazquez, entre otros muchos rasgos propios é inconfundibles, tiene el de un carácter amablemente irónico frente á la mitología. Y esto recuerda el hecho que todos los genios españoles son irónicos. Cervantes fué un gran irónico que con frase espléndida volcó en su libro toda la ironía que la andante caballería le sugería. Velázquez se burló igualmente de la mitología, con la fina ironía destilada por sus pinceles. Uno de sus cuadros, el de los Borrachos, ridiculiza á Baco, pintándolo no con la forma de la mitología, sino encarnado en un muchachón lleno de carne y de salud, sin otro simbolismo que una corona de pámpanos en torno de su frente. Está en compañía de borrachos alegres y contentos, en los que se adivina que, cuando llegue el momento de la embriaguez completa, no han de reñir. Cuando más, se darán besos y abrazos.

En el cuadro de las herrerías, pinta la fuga de la esposa de Vulcano con Marte, pero sin recurrir á los mitos. Vulcano es un buen herrero de los alrededores de Madrid y Marte, esta vez no es sino un apuesto militar de los tercios de Flandes. Es que Velázquez, ante todo, amó la naturaleza y no tuvo el atrevimiento de modificarla, ni siquiera con el pretexto de embellecerla. Así, su cuadro El Crucificado, es un cuadro lleno de arte y lleno de vida. Como se sabe, este cuadro donado por el rey á los monjes de San Plácido, tiene una leyenda en la que interviene una reclusa, llamada Margarita, de llamativa belleza. Además de este cuadro, donó el rey en cuestión un reloj que fué colocado en lo alto de la torre.

Velázquez no ocupó en la corte sino un puesto segundón. Fué así que cuando se trató de darle el hábito de caballero de Santiago y se procedió á la información necesaria entre los restantes caballeros de la orden, se hizo un curioso sumario como consecuencia del cual se demostró que Velázquez no pintaba ni por profesión ni por dinero, sino que hacía por mero pasatiempo sus cuadros que luego regalaba al rey. El

proceso existe en España y sus constancias rebosan más de un dato curioso.

Sin embargo, como gentilhomme subió algunos modestos escalones en la carrera cortesana. Fué así que, como mejor honor de toda su vida, además de la distinción del hábito de Caballero de Santiago, ocupó el puesto de constructor de palacio, teniendo que llevar la contabilidad de los sacos de yeso y otros detalles de la construcción. Cuando Felipe IV llevando á la infanta Margarita se trasladó á París, formó parte Velázquez de la comitiva real, llevando el título de maestro aposentador. Pero fué tanto el cúmulo de trabajos corridos mientras buscaba alojamiento para cada una de las personas de la comitiva, que contrajo una enfermedad, de cuyos resultados falleció á su regreso á Madrid.

Entre sus cuadros más notables figura igualmente el que lleva por título «La rendición de Breda», y es más vulgaramente conocido con la designación del cuadro de las lanzas. El de las Hilanderas no puede ser más notable. Es de una belleza real tan intensa, que provoca un deseo de permanecer no horas y horas, sino semanas y semanas frente á aquella tela en la que la idealización llega á un grado máximo. Pero, indiscutiblemente, la tela que lleva por título «Las Meninas», es el más notable.

Cuando á Teófilo Gautier se lo enseñaron, preguntó:

—Y bien, ¿dónde está el cuadro?

Porque efectivamente, allí no hay cuadro. El marco parece que fuese el marco de una ventana y todo lo demás, un pedazo de vida que se ve á través de una ventana. Es que en aquel cuadro se ve hasta el aire, porque Velázquez pintaba hasta el aire. La mayor parte de los pintores se distinguen por una cualidad: unos son buenos coloristas, buenos ejecutantes los otros. Pero Velázquez fué todo: colorista, dibujante, compositor, ejecutor.

Velázquez murió tranquilamente en su aposento. Después de muerto aquel hombre que obligó la gratitud de su rey, se siguió un pleito á su esposa porque faltaba en las rendiciones de cuentas de su esposo el recibo de algunos sacos de yeso. El pleito demostró las excelencias de la administración pú-

blica de aquellos tiempos, pues resultó que no sólo Velázquez no era deudor de nada, sino que el Estado era deudor á Velázquez.

Dos semanas después, porque sí, acaso por un intensísimo sentimiento de amor, su esposa falleció. Acaso no pudo en el mundo vivir sin su compañero y fué á continuar su tranquilo amor más allá de la vida. Lo cierto es que nunca se supo la causa de esta enfermedad mental.

El siglo XVIII en su decadencia ofrece para la pintura dos hombres: Mengs, el alemán, y Lucas Cordano, el napolitano. A mediados de esta centuria nace en Aragón un hombre destinado á la gloria: don Francisco de Goya y Lucientes.

Enemigo de las academias y de los maestros, á los que imputaba el delito de deformar las mentes juveniles, embruteciéndolas en copiar líneas y más líneas, en reproducir ojos en forma de almendras, narices moldeadas dentro de un tipo siempre igual, idéntico. Revolucionario de fondo, solía decir: «Cuando veo una persona y contemplo su cabellera no me dedico á contar cuántos cabellos sombrean su frente y considero ridículo exigir del pincel lo que mi vista no percibe ni le preocupa percibir». Y agregaba: «En la naturaleza no existen líneas, existen, sí, cuerpos planos que se adelantan y se mueven; en la naturaleza no existen colores, existen luces y sombras; me basta el blanco y el negro para hacer mis cuadros». Este teorizador atrevido tuvo una vida accidentada, novelesca. Si se le compara con Velázquez, éste semeja un maravilloso palacio del más puro renacimiento; Goya una montaña llena de accidentes, pero magestuosa, inmensa.

Hijo del pueblo, llevó al arte sus innovaciones y su rudeza primitiva. Tenía esa fealdad genial de Beethoven, sólo que en lugar de traslucir su rostro toda la melancolía que los retratos del autor de la Novena Sinfonía han popularizado, en Goya esa melancolía se circunscribe á la parte superior de su cara; sus labios, en cambio, estereotipan un desdén un algo sardónico, algo que desprecia y ríe. Goya, como todos los artistas, deseó conocer á Roma. Sin conocer los medios, huido de Aragón por haber intervenido en una riña de la que

saliera herido, se alista en una cuadrilla de toreros y de aldea en aldea va paseando sus nostalgias, sus sueños.

Tiempo más tarde, le vemos en Roma, donde obtiene con su primer cuadro «Anibal en los Alpes» un segundo premio, y figura en las actas como romano. No permaneció muchos meses en la ciudad eterna; de noche frecuentaba el barrio transberino provocando reyertas con los guapos y haciéndose amante de las bellezas más disputadas; intenta un día raptar una monja y bajo las amenazas de un proceso, huye gracias á la protección de poderosos amigos.

En Roma, Goya cultiva la amistad de David, el gran pintor francés, y juntos leen y comentan la Enciclopedia y estudian á Voltaire. Cuando Goya regresa á su patria nutrido de aquellas lecturas, profesa principios liberales que nunca lo abandonan. En España reanuda su existencia folletinesca; esgrimidor consumado, pasa sus tardes probando sus habilidades con los maestros; espíritu caballeresco, no puede transigir con la injusticia y un cierto día, viendo á un gallego aguador que maltrataba á un pobre jorobado, sale en defensa del débil, golpea al aguador hasta dejarlo casi muerto, y Goya es encerrado en la cárcel.

Goya es el padre de la caricatura. Sus «Caprichos» son dibujos que todo el mundo conoce y que todo el mundo admira. Parecen algunos, á simple vista, formados por líneas sin objeto. Si se los mira con detención, se penetra en su espíritu admirablemente explicado por las leyendas que el autor pone á cada uno de ellos, y uno aprecia en toda su grandeza á Goya. Tenemos, por ejemplo,—y citaré al acaso tres ó cuatro de sus caprichos,—aquel en que Goya dibuja un alcornoque—árbol que simboliza la imbecilidad,—vestido con una sotana y rodeado de mujeres en actitud de adoración, y la leyenda explicativa dice: «El poder de un sastre»; hay un otro en que presenta un hombre dormido y lleno el ambiente de figuras fantásticas, con estas palabras: «El sueño de la razón engendra mónstruos»; es un dibujo alusivo á la inquisición. En algunos dibujos Goya sintetiza su pensamiento filosófico. En un «Capricho» vemos un muerto que anda, un muerto que ha salido de su tumba para escribir un libro: Nada. Se cuen-

ta que un obispo al contemplarlo decía: Muy bien, muy bien, señor Goya, la vida es nada, «vanitas vanitatum».... Y que Goya lo interrumpió para manifestarle: No, no es eso, es un muerto que escribe: Más allá de la vida no hay nada.... No falta en sus Caprichos la nota aguda de crítica social. En un dibujo presenta un burro, calados los lentes, que recorre las páginas de un infolio recubierto de versos. La leyenda explica toda su idea. Dice: «La nobleza que se recrea en la contemplación de sus ascendientes».

Un día va Goya á entrar en Palacio, pero el centinela se lo impide, haciéndole notar que la corte se hallaba de luto y siendo sus medias blancas, no estaba encuadrado dentro de las circunstancias. Goya baja al cuerpo de guardia, toma un tintero, se entretiene en ennegrecer sus medias recubriéndolas de caricaturas de algunos de los personajes de palacio, entra luego al salón de los cortesanos provocando los más curiosos comentarios.

Goya pinta su época. Excéptico, no tiene inconveniente alguno en ser pintor de Carlos IV, de José Bonaparte, de la restauración. Su patriotismo no se ofende en servir á capitanes franceses. Enemigo de la guerra con sus «Desastres de la guerra», deja un alma antimilitarista y profundamente humana.

Tenía un carácter un tanto impulsivo. Una anécdota dirá al respecto todo lo que deseo decir. Al entrar Wellington vencedor en Madrid, varios personajes creyeron en la conveniencia de encargar á Goya retratar á aquel héroe que acababa de contribuir poderosamente á expulsar á los franceses de territorio español. Parece que Wellington no se mostraba contento de la obra vigorosamente naturalista de Goya. Este que era sordo y de suyo irritable, un día pidió al general Alba preguntara al lord su opinión sobre el cuadro, y en vista del gesto que adivinó de desagrado en Wellington, se apoderó prontamente de dos pistolas abandonadas sobre un escritorio y ofreciendo una al héroe inglés dijo: Dele una á ese tío y veremos quien tiene razón... Lord Wellington echó mano á la espada y á no ser por la interposición de los presentes es fácil adivinar el fin de aquella escena. El cuadro quedó in-

concluso. Es una obra de grandes méritos y que respira vida.

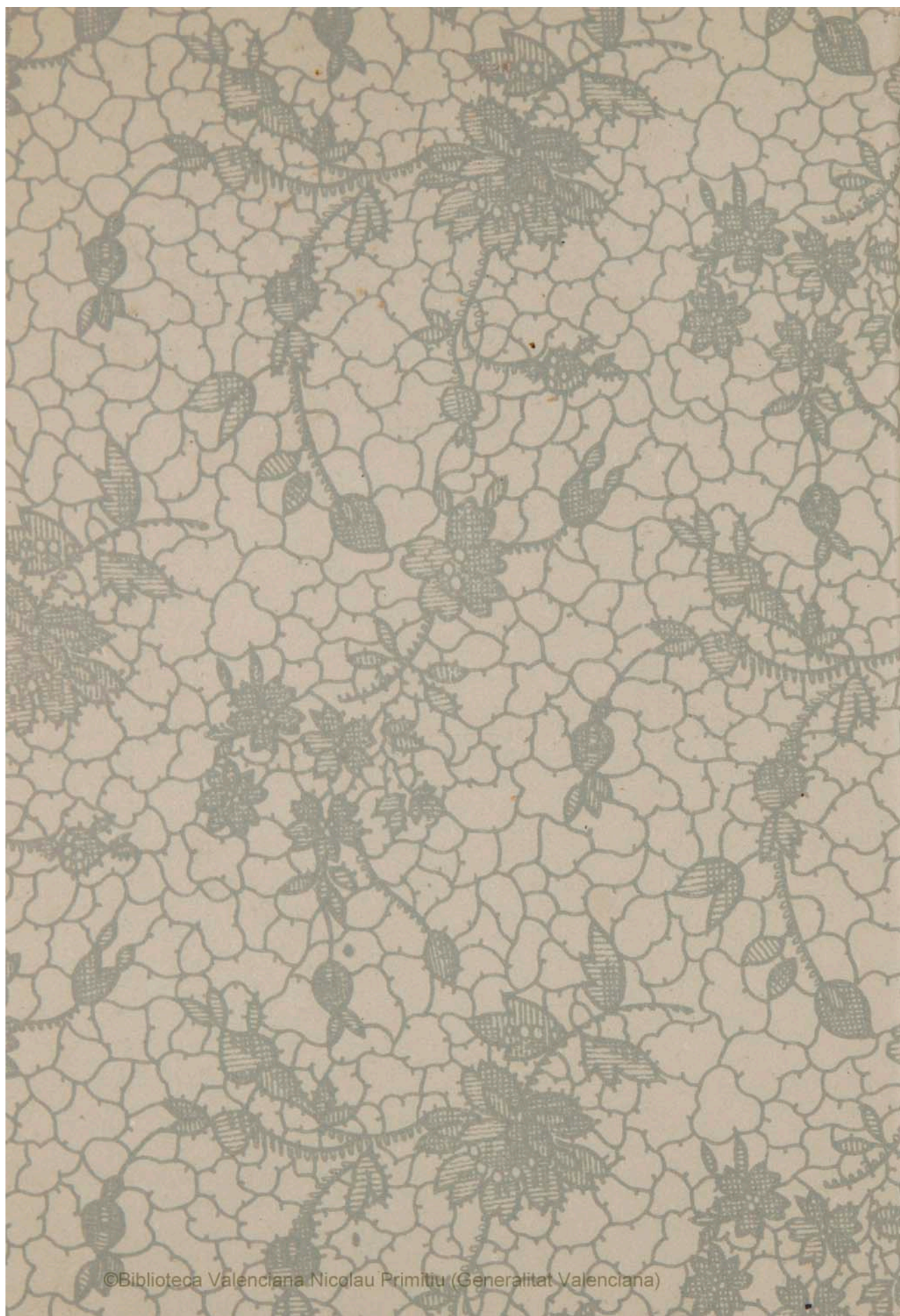
Goya dejó cuadros de un inmenso valor.

Muerto Goya, el arte español ofrece pintores como Vicente López, discípulo del gran maestro que acababa de morir en el extranjero; Rosado, Fortuny, un mago del color, Pradilla, que por más de veinte años honra nuestra historia como un maestro de la pintura. En la actualidad tenemos—la hora me obliga á concretarme á dos hombres,—un Zuloaga y un Sorolla. El primero es un gran pintor, pero, como el Greco, en sus telas presenta una España que no es la real, es una España de chulas, de guapos, de tipos á veces contrahechos, en cierto modo amanerada.

Sobre Sorolla diré poco. Me ligan con él lazos de fraternidad y se creerían mis elogios dictados por sentimiento y no por razón. Antes de ser novelista estudié un tiempo música, luego pintura, sin lograr, por distintas causas, perfeccionarme ni en uno ni en otro arte; no pasé de los comienzos. En el taller que frecuentaba, un chico débil, de voz atiplada, nos merecía á todos el darle sin regateos nuestra amistad. Lo llamábamos Sorollita.

Pasaron los años. Un día, mientras me paseaba por las playas de Valencia, recogiendo datos para lo que después fué mi novela «Flor de Mayo», haciendo caso omiso de las murmuraciones de los pescadores que me creían un empleado del fisco que tomaba notas para aumentar los impuestos, llamóme la atención el «retratero» como le decían aquellas gentes, un pintor que en pleno sol llenaba sus telas de colores y de luz. Nos reconocimos. Era Sorolla que acababa de fracasar ruidosamente en Madrid con un cuadro místico, extraño «El entierro de Cristo», era Sorolla, que á su retorno de Italia y después de una breve estadía en Asís, prosigió con su primera manera de pintar, tal vez sentida en la tierra de San Francisco, y definitivamente iba á reflejar la vida y coronarse de gloria. Su nombre hoy arranca los mejores juicios á la crítica. Muchas veces nos confiábamos nuestros sueños para el futuro. ¿Esos sueños se realizaron? Creo que no, señores; la ambición humana es como el tonel de las Danaides, no tiene fondo, nunca se satisface, siempre pretendemos más. Es la vida que sueña ascender hasta lo infinito.

6/II/66. -



Biblioteca  Valenciana



31000005829455

Biblioteca Valenciana

B